

RABINDRANATH TAGORE

RECUERDOS
DE MI VIDA

Traducción de
ALICIA MOLINA Y VEDIA

SANTIAGO RUEDA - EDITOR
BUENOS AIRES

I

MUSEO ÍNTIMO

IGNORO quién pinta las imágenes en la pantalla de nuestra memoria, pero sin duda alguna, sus cuadros son obras de arte. No reproduce maquinalmente todo lo que sucede. Toma y deja lo que le place, agranda o disminuye los acontecimientos: relega sin escrúpulo al segundo plano lo que estuvo en el primero, y pone a la vista lo que se ocultaba detrás; en una palabra, su obra es la de un pintor y no la de un historiador.

A medida que la sucesión de los acontecimientos se desarrolla en la superficie de nuestras vidas, una serie de cuadros surge en su profundidad. Entre una y otra serie hay correspondencia, pero no son idénticas, ni se confunden.

No tenemos tiempo de estudiar a fondo, en nuestro interior, ese taller de pintura. Un panel u otro atrae nuestras miradas mientras los restantes quedan en la sombra. ¿Quién podría decir qué se propone el pintor infatigable, cuándo se terminará su obra y a qué galería de cuadros está destinada?

Hace algunos años, interrogado sobre mi vida pasada, tuve ocasión de visitar ese museo íntimo, con la intención de escoger allí algunos datos para una autobiografía. Pero apenas se abrió la puerta, comprobé que los recuerdos de una vida no son su historia, sino la obra original de un artista oculto. El colorido vario de las telas no es debido

al juego de la luz exterior; emana del pintor mismo, surge de su corazón y tiene el reflejo de sus pasiones. Por eso mismo, estos cuadros serían descalificados como testigos.

Como quiera que sea, y por vano que resulte el empeño de sacar datos históricos de la galería de nuestros recuerdos, la contemplación de las imágenes que ellos contienen es atrayente, y su encanto me fascinó. La ruta de nuestro viaje, el abrigo en que hacemos alto al borde del camino, no constituyen cuadros en el momento de pasar por ellos; pero si al caer la noche, antes de encontrar descanso en la posada, echamos una mirada hacia atrás sobre las ciudades, los prados, los ríos, las colinas recorridos en la mañana de la vida, entonces, a la luz decreciente del día que se va, las cosas se presentan en conjunto pintoresco. Así las contemplé y fui cautivado por ellas.

¿Provenía solamente del apego a lo que me concierne, el interés que esas imágenes despertaban en mí? Seguramente, algo personal debía mezclarse en ese interés, pero no es menos cierto que esos cuadros tienen su valor artístico. Mi vida no contiene acontecimiento que merezca ser inmortalizado; pero, en un relato, la calidad del personaje puesto en escena no es lo único digno de conmemoración. La experiencia vivida por un ser humano, cuando es posible comunicarla a otros, tiene siempre importancia para sus semejantes. Si los cuadros pintados en mi memoria pueden reproducirse con palabras, no estarán fuera de lugar en la literatura.

Como materiales literarios presento, pues, estas imágenes tomadas de mis recuerdos. Ver en ellas un ensayo autobiográfico sería un error, porque para tal ensayo mis reminiscencias son tan incompletas como inútiles.

II

COMIENZO A INSTRUIRME

ÉRAMOS tres muchachitos a los que se quería educar juntos. Cuando a mis dos compañeros, que tenían dos años más que yo, se los puso bajo la autoridad de un preceptor, la instrucción comenzó también para mí. No recuerdo nada de lo que se me enseñó, pero algunas palabras resuenan en el fondo de mi memoria: "El aguacero crepita, la hoja palpita". Yo estaba anclado, después de la tempestuosa travesía del *Kara Khala* (primeros ejercicios de lectura), y sabía leer: "El aguacero crepita, la hoja palpita". Ésta fue para mí la primera línea del Poema del universo.

Cuando pienso en el placer que esas palabras me causaban, me doy cuenta del papel de la rima en poesía. Por la rima, la frase poética se detiene sin terminar; las palabras callan pero la música se prolonga; el oído y el espíritu continúan divirtiéndose con la rima y haciéndola resonar. De este modo, el aguacero continuó crepitando y la hoja palpitando, hasta hoy, en mi recuerdo.

He aquí otro recuerdo de esa tierna edad. Teníamos un viejo cajero, Kailash, considerado como miembro de la familia. De humor jovial, le gustaba dar bromas a jóvenes y viejos, sobre todo a los nuevos yernos, recién agregados al círculo familiar. Parece que llevó a ultratumba esa inclinación, pues después de su muerte, a mis hermanos mayo-

res se les ocurrió inaugurar, por medio de una tablita, un servicio postal con el otro mundo, y un día que la tablita garabateó el nombre de Kailash, lo interrogaron sobre la vida que llevaba allá arriba. "¡No sabréis ni una palabra —contestó—; sería demasiado cómodo aprender con tan poco trabajo, lo que me costó morir para saberlo!" Este Kailash, cuando yo era un muchachito, se complacía en maravillarme recitándome, con gran énfasis, una balada compuesta por él y cuyo héroe era yo. Versaba sobre una heroína esperada. El interés llegaba a ser extraordinario en la descripción de esta novia encantadora, que dominaba como una reina el cuadro que iluminaba. La enumeración de las joyas que la adornaban de pies a cabeza y los esplendores inauditos de los preparativos de la boda, habrían podido marear a cabezas menos jóvenes y más sólidas que la mía. Pero lo que cautivaba al pequeño oyente, lo que hacía surgir imágenes deliciosas ante sus ojos, era la rápida música de las rimas y el prestigio del ritmo seductor.

Tales fueron los dos primeros goces literarios de mi vida. El tercero fué la línea clásica de nuestras canciones de infancia: "La lluvia cae tiqui-tac. La marea remonta el río".

Otro recuerdo se me presenta: el de los comienzos de mi vida escolar. Un día, vi que mi hermano mayor salía para la escuela con Satya, el hijo de mi hermana también mayor que yo. Juzgándome incapaz, se me dejaba atrás. Yo nunca había andado en coche, ni siquiera había salido nunca de la casa I.

¹ La residencia de la familia Tagore es un conjunto de edificios de tres pisos, que se ha ido agrandando a medida que crecía la numerosa familia que lo habita. Los cuerpos principales están contruidos en cuadriláteros alrededor de varios patios o jardines interiores, dominio especial de las mujeres y los niños. Las fachadas exteriores de los edificios están adornadas con columnatas, mientras que en las interiores se extienden, en cada piso, estrechas galerías o verandas, que dan acceso a las filas de cuartos.

(Todas las notas contenidas en este libro pertenecen al traductor de la versión inglesa. N. del E.).

Cuando Satya volvió, desbordando el relato brillante de sus aventuras de viaje, sentí que me era imposible quedarme en casa. Nuestro preceptor se apresuró a disipar mis ilusiones con un sonoro hofetón, acompañado de estas palabras: "Lloras ahora por ir a la escuela: llorarás un día mucho más por no ir". He olvidado el nombre, la cara y el carácter del preceptor, pero la impresión de sus palabras y su cachetada ha durado. Nunca he oído profecía más verídica.

De este modo, mis llantos me abrieron prematuramente las puertas del "Seminario oriental". De lo que allí se enseñaba no guardo la menor idea, pero recuerdo uno de los castigos que se nos infligían: el alumno incapaz de recitar su lección debía ponerse de pie sobre un banco, con los brazos extendidos y sobre la palma de las manos cierto número de pizarras apiladas, que debía mantener en equilibrio durante un tiempo dado. Tal vez los psicólogos nos digan hasta qué punto esta penalidad puede conducir a una mejor comprensión de las cosas.

Bien pronto empezaban, pues, mis experiencias de escolar. Al mismo tiempo comenzaba mi iniciación en la literatura, por medio de los libros en boga entre nuestros servidores. Les gustaba particularmente, en aquel entonces, una traducción bengalí de los aforismos de Chanakya y el Ramayana, de Krittivasa. Recuerdo uno de esos momentos de lectura. Aquel día, con tiempo nublado, jugaba yo en la galería exterior que da a la calle, cuando Satya, queriendo asustarme, no sé por qué, se puso a gritar de pronto: "¡Un gendarme, un gendarme!" Mi idea de las atribuciones de un agente de policía era muy vaga, pero estaba seguro de que tan pronto como caía en sus manos un individuo acusado de algún crimen, era tragado y desaparecía como el infeliz apresado por las mandíbulas de un cocodrilo. No sabiendo cómo un inocente chico podía escapar a esa suerte espantosa, me lancé a toda carrera hacia los departamentos que daban al patio, mientras me corrían por

la espalda estremecimientos de terror al pensar que era perseguido. Irrumpiendo en la habitación donde estaba mi madre, le anuncié el peligro inminente. Ella no pareció conmoverse mucho. Sin embargo, juzgando imprudente volver al exterior, me acomodé en el umbral de la puerta con un volumen del Ramayana, ejemplar de hojas gastadas, con encuadernación jaspeada, propiedad de una tía vieja. A derecha e izquierda se extendía la galería que rodeaba el cuadrángulo interior, débilmente iluminado por la media luz de una tarde nublada. Mi tía abuela, al pasar a mi lado, me vió bañado en lágrimas, llorando sobre uno de los episodios conmovedores del relato, y, quitándome el libro de las manos, se lo llevó.

III

ADENTRO Y AFUERA

EL lujo era casi desconocido en los días de mi infancia. Se llevaba generalmente un género de vida mucho más sencillo que el de hoy. Por otra parte, los niños de nuestra casa ignoraban el tormento de una vigilancia excesiva. Si algunos educadores se complacen en ella, es indudable que sus pupilos sólo experimentan intenso fastidio.

Estábamos bajo la autoridad de los sirvientes y éstos, para economizarse trabajo, nos privaban casi por completo de la libertad de movernos. Pero, en cambio, la ausencia de caricias importunas era una compensación de ese régimen, y no se nos hartaba con lisonjas ni con lindos trajes.

En nuestros alimentos no había refinamiento alguno. Una lista de los objetos que componían nuestro guardarropa provocaría la carcajada de un muchacho de hoy. Antes de los diez años no usábamos zapatos ni medias. Cuando hacía frío llevábamos una segunda túnica de algodón, puesta sobre la primera, y eso era todo. Sin embargo, nunca tuvimos el sentimiento de estar privados de algo. Sólo se nos ocurría quejarnos cuando Nyjamat, el viejo sastre, olvidaba poner un bolsillo en nuestra túnica. Sin duda, no existe en todo el mundo un muchachito tan pobre que no tenga con qué llenar sus bolsillos; y, gracias a Dios, el tesoro contenido

en esos receptáculos es casi el mismo, cualquiera sea la posición que ocupen en el mundo los padres de su propietario.

Cada uno de nosotros poseía un par de zapatillas, que por lo general no estaban en contacto con nuestros pies. Lanzadas vivamente al aire y recogidas antes de tocar tierra, no dejaban de tener una función que las ponía a prueba, aunque sin relación con su primitivo destino.

Nuestros mayores se mantenían a distancia respetable de nosotros. Sus vestidos, su mesa, sus recreaciones eran distintos de los nuestros; aunque no participábamos de ellos teníamos una idea de cómo eran. Hoy los niños están en relaciones familiares con los adultos. Éstos son muy accesibles, como lo es, por lo demás, todo lo que un niño puede desear. Para nosotros nada era fácil de conseguir. Más de un objeto usual nos parecía una rareza, y vivíamos constantemente con la esperanza de adquirir algún día, cuando fuésemos "grandes", muchas cosas que un porvenir lejano nos tenía reservadas. En consecuencia, las cosas que se nos concedían nos producían un placer inaudito. No dejábamos perder ni una partícula de ellas; nada era desperdiciado. Hoy, el hijo de familia acomodada pellizca sin ganas algunas migajas de lo que se le ofrece; desdeña el resto.

Nuestros días transcurrían en los pabellones habitados por el personal doméstico, el ángulo sudeste de los departamentos exteriores. Uno de nuestros sirvientes, llamado Shyam, mozo mofletudo, de tez negra y cabellera ensortijada, me colocaba en un punto elegido del piso y trazaba a mi alrededor un círculo con tiza, y luego, levantando el dedo y adoptando un aire solemne, me advertía sobre los peligros a que me expondría al trasponer ese círculo. Nunca supe bien si el peligro era de orden material o moral, pero no me impresionaba menos, pues había leído en el Ramayana el relato de las tribulaciones que asaltaron a Sita, cuando hubo franqueado el círculo trazado por Laksmann; no podía, pues, ser escéptico. Justamente delante de la ven-

tana de ese cuarto había un estanque, al que se bajaba por una escalera de mampostería. Al borde del estanque, al oeste, un mangle inmenso; al sur, una franja de cocoteros. Encerrado en mi círculo, cerca de la ventana, pasaba horas contemplando ese cuadro por los intersticios de la persiana, como se mira sin cansarse un libro de estampas. Desde la mañana temprano, nuestros vecinos venían uno tras otro a bañarse en el estanque. Yo sabía a qué hora llegaría cada uno de ellos. Todos los detalles de su *toilette* me eran familiares. Uno, tapándose los oídos con los dedos, completaba siempre el mismo número de zambullidas, y luego se iba. Otro, sin arriesgarse a meterse del todo en el agua, exprimía sobre su cabeza una toalla mojada. Un tercero, con un movimiento rápido de ambos brazos, barría primero la superficie del agua a su alrededor, y se lanzaba a ella de cabeza. Había uno que, sin preliminares, saltaba desde lo alto de la escalera; otro, al contrario, bajaba lentamente los escalones, murmurando las oraciones matinales. Uno, siempre aprisa, salía del agua lo más pronto posible; en tanto que otro tomaba su baño muy despacio, se friccionaba todos los miembros, cambiaba su vestido mojado por otro seco, cuyos pliegues ajustaba cuidadosamente, y se iba a dar una o dos vueltas por el jardín, cortando flores, para volver a su casa radiante, con el bienestar de su cuerpo refrescado. Aquello duraba hasta mediodía; después, el desierto lugar permanecía silencioso. Sólo quedaban los patos, nadando aquí y allá, persiguiendo las limazas de agua, o alisándose las plumas durante todo el día. Cuando la soledad reinaba en el estanque, mi atención se dirigía a las sombras movedizas proyectadas por el gran mangle. Varias de sus raíces aéreas, que bajaban a lo largo del tronco, se habían enmarañado y formaban al pie del árbol un enorme nudo. Este singular enlazamiento de raíces me parecía lleno de misterios, como un lugar de ensueño, escapado a las leyes ordinarias, vestigio de un mundo extraño desaparecido. Lo que me parecía ver

allí, no sabría decirlo en lenguaje inteligible. En ese mangle pensaba cuando escribí estas líneas:

¡Oh mangle secular, con raíces enmarañadas suspendidas de tus ramas; de pie día y noche en tu inmovilidad, como un asceta absorto en sus penitencias!, ¿te acuerdas del niño cuya imaginación se complacía en jugar con tus sombras?

El mangle ¡ay! ya no existe; el trozo de agua, espejo de este príncipe de los bosques, ha desaparecido como él; muchos de los que se bañaban allí han seguido las sombras del árbol gigantesco hacia la región del olvido. Y el niño, llegado a la edad madura, sigue con la vista las claridades y las sombras que alternan sobre la complejidad de las raíces que él mismo ha proyectado a su alrededor...

Nos estaba prohibido salir del recinto de nuestra morada, y hasta el penetrar en ciertos aposentos de la casa. De la naturaleza, sólo podíamos captar algunas noticias a través de nuestras barricadas. A lo lejos, inaccesible, se extendía ese espacio sin límites, el Afuera, del que, de tanto en tanto —penetrando por intersticios—, me llegaban reflejos, ruidos y perfumes. Ese Afuera parecía hacerme señas, invitarme a ir a jugar con él. Pero él era libre, y yo estaba encerrado; ningún encuentro entre nosotros era posible. Por lo mismo, la atracción era más punzante.

Hoy, ningún círculo de tiza me rodea, y sin embargo, me siento todavía dentro de un cerco. La distancia es siempre mucha; el Afuera, siempre inalcanzable. Y a menudo me repito las estrofas de este poema, compuesto más tarde:

El pájaro cautivo está en la jaula, y el libre pájaro en el bosque. Ambos se encuentran, en el momento que la suerte quiere.

Ven, amor mío —dice el libre pájaro—. Volemos juntos a los bosques.

Oh, quédate conmigo —ruega el preso—; permanecemos en esta jaula, juntos.

Entre barrotes —dice el ave de los bosques—, ya no hay espacio para abrir las alas.

Pero ¡ay! —suspira el prisionero—, no hallaré en el cielo donde posarme.

El parapeto de nuestros techos de azotea era entonces más alto que yo. Cuando hube crecido algo más y la tiranía de los sirvientes se relajó un poco, cuando a su entrada en la familia una joven esposa me honró con su atención y me escogió por compañero de sus ocios, subí a veces a la azotea a mediodía. A esa hora, los habitantes de la casa ya habían almorzado y una pausa interrumpía los trabajos domésticos. La siesta extendía su quietud en los departamentos interiores. Las ropas de baño, en el parapeto, se secaban al sol; las cornejas picoteaban los restos amontonados en un rincón del patio. En esos intervalos de soledad, el pájaro cautivo, por los intersticios del parapeto, entraba en relación con el libre pájaro.

De pie, contemplo... primero la fila de cocoteros que bordea el jardín interior. A través de su franja, percibo el cercado de Singhi, con su conjunto de casuchas¹ y su cisterna. En el ángulo de la cisterna, la quesería de nuestra lechera Fara. Más lejos, entre las copas de los árboles, las formas varias, de alturas desiguales, de los techos en terraza de Calcuta, que reflejan la blancura encogecedora del sol de mediodía, se extienden hasta perderse de vista en el horizonte gris-azulado del cielo de Oriente. De estos edificios, los más alejados, en cuya silueta se destacan las escaleras cubiertas que conducen al techo, parece que me hacen señas y que con el dedo levantado me llaman la atención sobre

¹ Esos "bustis", o cercados llenos de cobertizos destartados, que subsisten junto a palacios, son todavía una de las anomalías de Calcuta.

los misterios contenidos en su interior. Como un mendigo que pide limosna en el umbral de un palacio y se imagina maravillas imposibles en las habitaciones cerradas para él, me figuro una abundancia de delicias y de libertad en esas moradas desconocidas.

Desde las profundidades del cielo radiante de sol ardiente, el grito de un milano llega a mi oído. De la callejuela vecina al cercado de Singhi, a lo largo de las casas soñolientas por la siesta, se eleva el pregón cantarino del vendedor de brazaletes: "chai, choori, chai"... y todo mi ser se lanza fuera de mi mundo cotidiano.

Mi padre no estaba casi nunca en casa. Durante sus frecuentes viajes, su departamento en el tercer piso permanecía, en general, cerrado. Deslizando la mano entre las tablillas de la persiana, descorrí el cerrojo y logré abrir la puerta, para ir a pasar la tarde tendido en un sofá, en el fondo del cuarto situado al sur. El departamento siempre cerrado y esta entrada clandestina daban a mi escapada un perfume de misterio; además, el vasto espacio vacío de la terraza del lado sur, inundado de sol, me hacía soñar despierto. Tenían también otro atractivo esos cuartos. El servicio de aguas corrientes acababa de instalarse en Calcuta y, en el entusiasmo de su inauguración triunfal, se había provisto de él hasta a los barrios hindúes. Durante esa edad de oro, el agua subía al tercer piso y al departamento de mi padre. Abriendo la llave de la ducha, tomé, con el corazón jubiloso, un insólito baño, no tanto por el placer de refrescarme, como por soltar rienda a mi fantasía. La alternativa del placer causado por este acto de emancipación y el miedo de ser sorprendido en flagrante delito, concurría, con la ducha de agua municipal, a traspasarme de deliciosos estremecimientos.

Era, creo, la imposibilidad de todo contacto de afuera lo que confería tanto prestigio a esas raras ocasiones de aventura. Cuando se dispone de la excesiva abundancia de una

cosa cualquiera, el espíritu cansado ya no se cuida de ella, y olvida que para el éxito de una fiesta, la participación de lo íntimo es más necesaria que las contribuciones externas. Esta verdad debe aprenderla el hombre en su infancia, cuando sus posesiones son escasas y de poco valor, y asimismo suficientes para hacerlo feliz. En efecto, el niño que tiene una cantidad inmoderada de juguetes está privado de la verdadera alegría del juego.

Nuestro jardín interior no merecía el nombre de jardín. No había allí más que un limonero, algunos ciruelos de distintas especies y una fila de cocoteros. En el centro se hallaba un espacio circular pavimentado, por cuyas grietas habían surgido las hierbas locas y sus penachos se elevaban triunfalmente. Tan sólo las plantas floridas que no querían morir por el abandono continuaban llenando los deberes de su especie, sin necesidad de riego alguno por el jardinero. En el rincón del norte había un cobertizo destinado a mondar el arroz, y adonde los habitantes solían ir a cumplir los quehaceres domésticos. Ese tinglado, verdadero vestigio de la antigua vida rural, capituló después, sin gloria, y se hundió en el olvido.

Pero estoy convencido de que el jardín del Edén no estaba decorado más ricamente que el nuestro, pues ese paraíso, y su propietario Adán, estaban desnudos el uno como el otro, y no precisaban ornamentos. Sólo más tarde, cuando el hombre hubo gustado el fruto del árbol del conocimiento —y todavía no ha terminado de digerirlo—, experimentó la necesidad, cada vez mayor, de adornos y embellecimientos. Nuestro jardín interior era mi paraíso; él me bastaba. Desde los primeros días del otoño, corría a él apenas despertado, al despuntar la aurora. El olor de la hierba y de las hojas húmedas de rocío venía a mi encuentro, y la mañana, con su sol fresco y brillante, me miraba desde lo alto del muro, al este, por encima de los penachos temblantes de las palmas de los cocoteros.

Al norte de la casa se extendía un trozo de terreno baldío, llamado entonces el *golabari* (troje). Este nombre hace pensar que antiguamente se conservaba allí el trigo cosechado en el año, cuando la ciudad y la campiña aún se parecían como hermano y hermana de corta edad. Hoy, el aire de familia ya no se ve. Ese *golabari* era mi lugar predilecto para una escapada, cuando una ocasión feliz me la permitía. No iba allí para jugar; el lugar tenía una especie de atracción, debida tal vez a que era desierto, apartado, sin relación con las habitaciones, inútil, y nadie había plantado nada allí. Por eso, creo, ofrecía libre carrera a la imaginación de un niño. Cuando lograba escapar a la vigilancia de mis cuidadores y llegar al *golabari*, me sentía recompensado con un día de ocio.

Nuestra casa ocultaba todavía, al parecer, un lugar maravilloso que nunca pude descubrir. Una muchachita de mi edad lo llamaba el "palacio del rey". "Vengo de él", decía a veces; pero nunca encontró el momento propicio para conducirme. Según decía, era un cuarto magnífico, lleno de juguetes extraordinarios y estaba muy cerca, en el primero o segundo piso. La única dificultad estribaba en que nadie podía llegar hasta él. Muchas veces pregunté a mi camarada: "Dime solamente, ¿ese palacio, está en la casa o afuera?" "Está en la casa misma", afirmaba ella. Yo quedaba confundido. ¿No conocía todas las piezas de la casa? En cuanto al "rey", ni siquiera se me ocurría averiguar quién podía ser. La sala maravillosa permaneció inhallable, pero lo cierto es que nuestra casa contenía el palacio de un rey.

Así, cuando me traslado a los días de mi infancia, veo allí, sobre todo, el misterio que para mí llenaba la vida y el mundo. Por todas partes, un secreto inconcebible parecía oculto y uno se preguntaba día a día: ¿Cuándo ¡oh!, cuándo lo hallaremos? Parecía que la naturaleza tuviese alguna

cosa en su mano cerrada, y nos dijera sonriendo: ¿Qué es lo que tengo aquí?

Me acuerdo de una semilla de manzana que yo había plantado y cuidaba afanosamente en un rincón de la galería, regándola todos los días. La idea de que esa semilla podía germinar y volverse un árbol me tenía en un estado de maravilla palpitante. Todavía hoy las semillas de manzano acostumbran germinar, pero el sentimiento de lo maravilloso ha cesado de acompañarlas. La culpa no es de las semillas, sino nuestra.

Una vez se nos ocurrió quitar algunas piedras de la rocalla de uno de nuestros primos, para hacernos otra rocalla más pequeña. Cuidamos con tal exceso de solicitud las plantas sembradas en los intersticios, que sólo un milagro de persistencia vegetativa les permitió resistir algún tiempo, antes de su fin prematuro. Las palabras no pueden expresar la alegría y la admiración que esa montaña en miniatura nos brindó. Estábamos seguros de que nuestros mayores las compartirían. Pero el día en que quisimos mostrarles nuestra maravilla, rocalla, piedras y plantas desaparecieron del rincón de nuestro cuarto. Esa dura lección nos enseñó que el piso de una sala de estudio no es buen fundamento para erigir una montaña; pero el peso de todas las piedras que quitaron cayó sobre nuestros corazones, al ver que un abismo separaba nuestras fantasías de lo que querían las personas mayores.

¡Con qué intensidad sentíamos entonces palpar la vida del mundo! La tierra, el agua, los follajes, el cielo, todo nos hablaba, nada quería permanecer ignorado. A veces experimentábamos el pesar punzante de no conocer más que la superficie de la tierra y no saber nada de su interior. Hacíamos planes para descubrir alguna cosa bajo el polvo. ¡Si al menos pudiésemos —pensábamos— hundir en un agujero cañas de bambú, una al extremo de otra, para penetrar, tal vez, en la profundidad! Durante las fiestas anuales

del Magh se plantaban filas de postes destinados a servir de candelabros. El primer día se cavaban los agujeros. Los muchachitos observan siempre con ardiente interés los preparativos de una fiesta, pero el cavar los pozos tenía para mí una atracción particular. Había asistido varias veces a ese trabajo; jamás había resultado nada extraordinario, nada que justificase la curiosidad de un príncipe o de un caballero; sin embargo, en cada oportunidad tenía el sentimiento de que se levantaba la tapa de un lugar de misterios. Los años pasaban, sin que ese esfuerzo adicional se intentara. ¿Cómo las "personas grandes" —pensaba yo—, ellas que pueden hacer todo lo que quieren, se contentan con esos pequeños agujeros? Si nosotros, los niños, fuésemos escuchados, el secreto del interior de la tierra no quedaría ignorado por mucho tiempo.

También nos preguntábamos qué podría haber en el fondo de la bóveda celeste. Cuando nuestro Pandit, comentando una de las lecciones de nuestro libro elemental de ciencia, nos afirmó que el cielo azul no es una cubierta sólida, quedamos confundidos. Poned una escalera encima de otra, dijo el maestro, y subid indefinidamente: no llegaréis jamás a tocar con la cabeza un cielo raso. Yo seguía dudando. Pero ¿si se añadieran más y más escaleras?, preguntaba yo. Cuando se me certificó que eso de nada serviría, quedé aterrado. Sin duda, me dije después de madura reflexión, nadie piensa eso, salvo los maestros de escuela.

IV

SIERVOCRACIA

EN los anales de la India, el reino de la dinastía de los esclavos no es un período de feliz memoria. Análogamente, en mi propia vida, el reino de los sirvientes no ha dejado ningún recuerdo amable ni glorioso. Había a menudo cambio de monarca, pero el código de prohibiciones y penalidades que se nos imponía no variaba en nada. No hacíamos reflexiones filosóficas de ninguna clase, bajo ese régimen. Nuestra columna vertebral soportaba los golpes lo mejor que podía, y admitíamos como ley del universo, que los grandes otorgaran sufrimientos y los pequeños los soportasen. He necesitado mucho tiempo para comprobar lo contrario, a saber, que los grandes son quienes sufren y los chicos los que hacen sufrir.

La virtud y el vicio tienen aspecto distinto según el punto de vista en que uno se coloque. El cazador acusa al pájaro que, por su grito de alarma, hace que la caza levante el vuelo antes del tiro de escopeta. Igualmente, cuando nosotros dábamos alaridos bajo los golpes, ese modo de defensa disgustaba a nuestros perseguidores. Para ponerle fin, recuerdo que nos hundían sobre la cabeza grandes cántaros vacíos que se usaban para la provisión de agua. Evidentemente, nuestros gritos tenían que disgustar a sus causantes, porque los exponían al riesgo de consecuencias desagradables.

Me pregunto por qué esas personas de servicio nos im-

ponían tan crueles tratamientos. Es imposible admitir que nuestra conducta fuese tan vituperable como para privarnos de todo derecho a la humana benevolencia. Pero he aquí, creo, la verdadera razón: todo el peso de nuestras existencias recaía sobre esas personas. Y ese peso, en su totalidad, es mucha carga que llevar, hasta para los seres más allegados y más amantes. Todo es sencillo cuando se deja a los niños ser niños, recrearse y jugar a sus anchas, y satisfacer su curiosidad. Pero cuando se quiere confinarlos, inmovilizarlos, contrariar sus diversiones, se presentan problemas insolubles. Entonces, el fardo del niño, llevado por él mismo con tanta facilidad, aplasta los hombros de sus guardianes, como el peso del caballo de la fábula, que se empeñaban en llevar a cuestas en lugar de dejarlo trotar sobre sus patas.

De esos tiranos de mi infancia he olvidado todo, menos las cachetadas y puñetazos. Uno solo me dejó otros recuerdos.

Se llamaba Iswar. Era un antiguo maestro de escuela de aldea, elegante, cuidadoso de su persona, de maneras dignas y tranquilo. La tierra era siempre demasiado sucia para él, nunca se creía bastante lavado para estar limpio. Luchaba incesantemente contra la crónica suciedad de todas las cosas. Cuando sacaba agua, lanzaba su balde como una flecha en el estanque, para llegar a profundidades incontaminadas. Al bañarse, primero quitaba el polvo de la superficie del agua, para sumergirse velozmente, a fin —parecía— de sorprender el agua inmaculada. Al caminar, mantenía el brazo en ángulo recto con el cuerpo, evitando —pensábamos nosotros— el contacto de sus propios vestidos. Todo su aire delataba el perpetuo esfuerzo por preservarse de las impurezas que podían insinuarse por vías mal guardadas, sobre la tierra, en el agua, en el aire y bajo los pasos de los seres humanos. Inconmensurable era la hondura de su gravedad. Con la cabeza ligeramente inclinada, articulaba cuidadosamente, con voz profunda, palabras escogidas. Esa

dicción literaria alimentaba, sin que él supiese, el buen humor de los mayores de nuestra casa; algunos de sus dichos se conservan en el repertorio divertido de nuestra familia, pero dudo que hoy parecieran tan cómicos como entonces, pues el lenguaje literario y el habla usual, antes tan alejados entre sí como el cielo de la tierra, hoy se acercan cada vez más.

Este magíster había descubierto el modo de tenernos tranquilos durante la velada. Nos reunía alrededor de una vieja lámpara de aceite con el vidrio rajado, para oírlo leer las historias del Ramayana y del Mahabharata. Algunos otros sirvientes se agregaban al auditorio. La lámpara proyectaba grandes sombras hasta las vigas del techo, y mientras las pequeñas lagartijas domésticas atrapaban mosquitos en las paredes, y afuera, en la galería, los murciélagos se entregaban a danzas de derviches, escuchábamos en silencio con la boca abierta. Me acuerdo de una noche en que llegamos a la historia de Kusha y de Lava, cuando los dos valientes jovencitos estuvieron a punto de inferir una ofensa irreparable a la fama de sus padres y sus tíos. El silencio por la expectativa, en aquel cuarto escasamente alumbrado, se hizo punzante. Era tarde, el limitado tiempo de vela que se nos concedía se acercaba a su fin y el desenlace tardaba. En ese momento crítico, el viejo servidor de mi padre, Kishori, vino en auxilio y acabó con paso acelerado el relato del episodio, conforme a la versión galopante de Dasuraya. El encanto del dulce y tranquilo poema de Kritti-vasa y el ritmo de sus versos de catorce sílabas se desvanecieron bruscamente y se nos precipitó en un torrente de rimas y aliteraciones ¹.

A veces, esas lecturas originaban discusiones doctas, que terminaban con el veredicto de la alta erudición de Iswar. En efecto, aunque era simple sirviente de niños y ocupaba

¹ Existen innumerables versiones del Ramayana en las lenguas hindúes.

un lugar muy modesto en la jerarquía familiar, acontecía a veces que su superioridad, como la del viejo abuelo Bhisma del Mahabharata, se imponía a los menores, colocados por encima de él en la escala social.

Aquel grave y majestuoso sirviente tenía una debilidad que mencionaré en honor a la verdad histórica: tomaba opio. Este hábito produce un apetito morboso por los alimentos muy nutritivos. Por eso, cuando nos traía nuestros vasos de leche por la mañana, las fuerzas de atracción venían a menudo a las de resistencia; y si dejábamos ver la más leve repugnancia por ese alimento, ninguna preocupación de su responsabilidad por nuestra salud lo impulsaba a insistir. Tenía una apreciación muy restringida de nuestra facultad de absorber. Cuando nos sentábamos a la mesa, al atardecer, se encontraba en ella una provisión de *luchis*¹ apilados en una bandeja redonda de madera. Iswar dejaba caer algunos sobre cada plato, desde muy alto, como gracia inmerecida, acordada a disgusto por una Providencia ahorrativa. Después venía la pregunta: ¿queríamos más? Yo sabía qué respuesta sería mejor recibida, por lo que no me animaba a contrariarlo reclamando otra porción.

Se confiaba a Iswar algún dinero para hacernos una ligera colación a la tarde. Por la mañana, se informaba de lo que deseábamos para la merienda. Como no ignorábamos que lo menos costoso sería lo mejor acogido por él, elegíamos por lo general un poco de arroz hervido, o bien una porción indigesta de maníes usados. Iswar, manifiestamente, no era tan puntilloso respecto a nuestro régimen alimenticio, como en lo concerniente a las conveniencias de prosodia.

¹ Especie de torta sin azúcar, que se come como pan con las gomidas.

V

LA ESCUELA NORMAL

MIENTRAS frecuentaba el Seminario Oriental, encontré el modo de elevarme por sobre la ínfima condición de escolar, fundando una escuela en un rincón de nuestra galería. Los barrotes de la balaustrada eran mis alumnos. Con un bastón en la mano, sentado frente a ellos, desempeñaba el papel de maestro de escuela. Yo sabía qué barrotes eran los buenos alumnos y cuáles eran los malos; hasta distinguía los dóciles de los intratables, los inteligentes de los limitados. Los escolares reacios tuvieron que sufrir tantos bastonazos, que habrían deseado entregar su alma, si no hubiesen sido de madera. Y cuanto más cruzados estaban por las señales de mi bastón, más excitaban mi disgusto, a tal extremo, que ya no sabía qué inventar para castigarlos. Hoy ya no queda ni uno solo para denunciar aquella mi espantosa tiranía, sobre la pobre clase muda. Mis escolares de madera han cedido su lugar a balaustres de fundición, y ningún miembro de la joven generación emprendió el aprendizaje según mi método. Ni tampoco nunca hubieran podido suscitar la misma exasperación.

Más tarde he podido comprobar, muchas veces, que de todo lo que un instructor puede enseñar, nada se transmite tan fácilmente como su modo de ser. Sin esfuerzo alguno, había asimilado yo la impaciencia, los arrebatos, la parcialidad, los modos injustos de mis maestros, en tanto que nin-

guna otra cosa de su enseñanza me habían comunicado. Me consuelo un poco al pensar que entonces no estaba en mi poder ejercitar esas disposiciones bárbaras frente a criaturas sensibles, pero por diferentes que fueran mis escolares de madera a los de nuestro Seminario, no es menos cierto que mi mentalidad con respecto a ellos, era idéntica a la de nuestros profesores.

No pude haber frecuentado mucho tiempo el Seminario Oriental, pues era todavía de tierna edad cuando entré en la Escuela Normal. El único rasgo saliente que de ella conserva mi memoria es que, antes de comenzar la clase, los alumnos se alineaban en la galería, para ejecutar una especie de canto o salmodia con palabras rimadas. Este ejercicio se destinaba, probablemente, a introducir un poco de alegría en la rutina cotidiana. Desgraciadamente, las palabras cantadas eran inglesas y la melodía no nos resultaba menos extraña, de suerte que no teníamos la menor idea de lo que podía significar aquel encanto. Y la monotonía, vacía de sentido, de esa práctica, no tenía otro efecto que distraernos. Esto, por lo demás, no alteraba en nada la satisfacción de las autoridades escolares que habían establecido tal uso: no se les ocurría averiguar el resultado de su intención benévola, y se habrían enterado con indignación de que los alumnos no se sentían tan encantados como era debido. Se contentaron con tomar ese ejercicio, palabras y música, del libro inglés cuya adopción se recomendaba. El lenguaje en que ese texto inglés podría servir de ejemplo a algún filósofo se transformaba en nuestros labios.

Mientras los recuerdos de la Escuela Normal emergen de la niebla de mi memoria, no llego a descubrirle ningún detalle grato. Si hubiese podido vincularme con otros escolares, los disgustos de una enseñanza fastidiosa me habrían parecido, sin duda, menos insoportables. Pero era tal la grosería de las maneras y los hábitos de la mayor parte de

esos muchachos que se me hizo imposible tener relaciones de camaradería. En los intervalos de las lecciones, me refugiaba en el primer piso, y allí, sentado frente a una ventana desde donde se veía la calle, mataba el tiempo contando: un año, dos años, tres años... ¿cuántos habrá que pasar de este modo? El único maestro que recuerdo usaba un lenguaje tan abyecto, que, bajo el imperio del desprecio que me inspiraba, me prometí no responder jamás a las preguntas que me hiciera. Permanecía, pues, sentado, con la boca cerrada, en el último banco de la clase, y mientras los otros alumnos estaban en el trabajo, yo me ocupaba solitariamente de buscar la solución de muchos problemas. Por ejemplo, me preguntaba: ¿Cómo se podría vencer a enemigos en una batalla, sin emplear ningún arma? (En este instante, esa preocupación se me presenta acompañada del murmullo de voces de una clase de escolares). Si yo pudiera, me decía, adiestrar un número suficiente de perros, o de tigres y otras fieras, y alinearlos en varias filas en el campo de batalla, sería un comienzo excelente. En seguida daríamos rienda suelta a nuestro valor personal, el que acabaría por poner en derrota al enemigo. Esta ingeniosa y simple estrategia se desarrollaba en mi imaginación con tanta verosimilitud, que no me quedaba duda sobre su triunfo. Así, antes de haber aprendido por experiencia lo que es el trabajo, encontraba yo combinaciones inéditas para lograr objetivos imaginarios. Pero, desde que el trabajo entró en mi vida, sé que lo arduo es arduo, y lo que es difícil sigue siendo difícil: descubrimiento menos tranquilizador, sin duda, pero más sano, que el arte de eludir los esfuerzos por caminos oblicuos.

Después de un año de esta vida escolar, rendimos examen, en bengalí, ante el Pandit Madhusan Vashaspati. Obtuve el mayor número de buenas notas de toda la clase. El maestro se quejó a las autoridades escolares, asegurando

que se me había hecho objeto de un favor inmerecido. Se me sometió, en consecuencia, a un segundo examen, en presencia del director en jefe. Volví a conquistar uno de los grados más elevados.

VI

VERSIFICACIÓN

TENDRIA yo ocho años. Jyoti, el hijo de una sobrina de mi padre, era algo mayor. Comenzaba a iniciarse en la literatura inglesa y recitaba con ímpetu *Hamlet*. ¿Cómo pudo ocurrírsele hacer escribir versos a un niño como yo? No puedo concebirlo. Una tarde me hizo ir a su cuarto y me propuso que ensayara componer un verso; después me explicó la construcción del verso *paya*, de catorce sílabas.

Nunca había visto yo más que poemas impresos, en libros sin ninguna tachadura, sin un signo de vacilación, sin nada que revelara la debilidad humana. La idea de que por algún esfuerzo pudiese yo ser capaz de producir poesía no hubiera podido presentárseme.

Una vez sorprendieron a un ladrón en nuestra casa. Devorado de curiosidad, aunque temblando de miedo, me aventuré hasta el lugar, para echarle una mirada. ¡Era un hombre como los otros! Viendo que el portero lo maltrataba bastante rudamente, sentí gran piedad. Así fué mi primera experiencia de la poesía. Puse en hilera algunas palabras que se me ocurrieron, y cuando descubrí que formaban un verso *paya*, todas mis ilusiones sobre la gloria poética se desvanecieron.

Y ahora, cuando veo maltratar a la pobre poesía, siento lástima, como aquella vez ante el ladrón. ¡Cuántas veces me he sentido así desdichado, al no poder detener a manos

impacientes, que ardían en el deseo del asalto! Los ladrones no son maltratados más cruelmente, ni con mayor frecuencia.

Una vez vencido mi primer temor respetuoso, ya no hubo manera de retenerme. Gracias a la complacencia de uno de los empleados de la casa, pude procurarme un cuaderno de papel azul. Lo reglé trazando líneas con lápiz, no muy regularmente espaciadas, y en él me puse a escribir versos, con mi gruesa escritura infantil.

Como un joven cervatillo que va dando topetazos por doquiera, con las nacientes astas, comencé a importunar a todos los que me rodeaban, con mis ensayos de poesía. Y todavía más que yo, mi hermano mayor, tan orgulloso de mi talento en cierne, que recorría la casa todo el día en busca de oyentes.

Un día que él y yo salíamos de las oficinas de la planta baja, después de una expedición coronada de éxito, ante empleados de la propiedad, encontramos al redactor en jefe del *Journal National*, Nabagopal Mitter, que entraba en la casa. Mi hermano se le acercó resueltamente: “¡Escuche, Nabagopal Babu! ¿No quiere oír un poema compuesto por Rabi?” Y en el acto la lectura comenzó. Mis obras no eran todavía voluminosas. El poeta podía llevar todas sus efusiones en el bolsillo. Yo era el autor, el impresor y el editor a la vez. Y mi hermano, mi único colega, era el empresario de publicidad. Había compuesto yo algunos versos sobre el Loto, que recité sin más trámite, allí mismo, al pie de la escalera, a Nabagopal Babu, con una voz timbrada al diapason de mi entusiasmo.

“Eso está bien —me dijo sonriendo—, pero ¿qué significa *dwirepha*?”¹

No sé cómo había llegado ese término a mi conocimiento. El vocablo usual hubiera respondido igualmente a las exigencias métricas del verso. Pero, de todo el poema, era esa

¹ *Dwirepha*, término inusitado, sinónimo de abeja.

palabra lo que yo prefería. No cabía duda que nuestros cajeros se habrían impresionado con ella. ¡Y he ahí que Nabagopal Babu no le hacía caso! ¡Hasta se había sonreído! Debía de ser, seguramente, un hombre de poco entendimiento. No volvería yo nunca a leerle poesías.

Bastantes años se han añadido a mi edad, desde entonces, y mi criterio sobre la comprensión de un oyente, o su no comprensión, no ha mejorado...

En vano se sonrió Nabagopal Babu: la palabra *dwirepha*, como una abeja ebria de su propia miel, quedó pegada en su lugar.

VII

DIVERSAS ENSEÑANZAS

UNO de los maestros de la Escuela Normal venía a darnos lecciones en casa. De cuerpo flaco, seco de rostro, era como una caña de bambú revestida de un cuerpo. Tenía una voz penetrante. Sus lecciones se realizaban por la mañana, de seis a nueve y media, y nuestras lecturas, bajo su dirección, recorrían una escala graduada, a partir de los manuales de ciencia y literatura elementales, hasta la epopeya de Meg-nadvadha.

Además, el tercero de mis hermanos ardía en deseos de participarnos sus conocimientos de todo género, así que teníamos mucho más trabajo en casa del que constituía el programa escolar. Debíamos levantarnos antes del alba, hacer primero algunos ejercicios físicos, y en seguida ponernos rápidamente las túnicas, para ir a los cursos de literatura, de matemáticas, de geografía y de historia. Al regreso de la escuela, nos esperaban nuestros profesores de gimnasia y de dibujo. A la noche, Aghore Babu venía a darnos lecciones de inglés. No estábamos libres hasta después de las nueve.

El domingo por la mañana, Vishnu nos enseñaba a cantar. Después, casi todos los domingos, Sitanath Dutta venía a hacernos demostraciones de física. Sentía yo vivo interés por sus experimentos, maravillándome de verlo, por ejemplo, mostrar el fenómeno de la ebullición, poniendo al fuego,

en una probeta, agua mezclada con aserrín. Yo seguía con la vista las corrientes de agua calentada que subían a la superficie, y las de agua fría que bajaban, hasta que el agua hervía. Igualmente, aprendí que el agua era una parte constitutiva de la leche, de la que podía separarse por ebullición, lo que volvía más espesa la leche. Cuando Sitanath Dutta no aparecía, el domingo no era tal para nosotros.

Un estudiante de medicina venía a ciertas horas para iniciarnos en huesos del cuerpo humano, con ayuda de un esqueleto suspendido en la sala de estudio. Y el Pandit Heramba Tatwaratna encontraba todavía, en nuestras jornadas, horas para instruirnos en las reglas de la gramática sánscrita. No sé lo que nos parecía más impronunciable, si el nombre de los huesos o los *sutras* del gramático. Creo que los segundos se llevaban la palma.

No emprendimos el estudio del inglés hasta haber hecho sensibles progresos en la instrucción general, en bengalí. Aghore Babu, nuestro profesor de inglés, que seguía los cursos de la Escuela de Medicina, no podía venir sino de noche.

Se celebra el descubrimiento del fuego como una de las más grandes adquisiciones del género humano. No quisiera contradecir tal aserto, pero me es imposible no encontrar que los pajaritos son muy felices porque sus padres no saben encender lámparas a la noche. Les dan sus lecciones de lenguas por la mañana temprano, y habréis notado con qué alegría las toman. ¡No olvidemos, sin embargo, que no están obligados a aprender inglés!

Nuestro profesor gozaba de una salud tan resistente, que los votos conjurados de sus tres alumnos eran impotentes para conseguir su ausencia un solo día. Solamente una vez tuvo que guardar cama, por una herida en el cráneo, ocasionada en una pelea entre los estudiantes hindúes y los eurasiáticos¹, en la que una silla le pegó en la cabeza. Fué

¹ Eurasiáticos son los hijos de matrimonios entre hindúes y europeos.

un accidente lamentable; pero no pudimos considerarlo como una desgracia personal, y la convalecencia nos pareció de una rapidez inconcebible.

Es de noche. Llueve a torrentes. En nuestra alameda el agua sube a la rodilla. El estanque ha inundado el jardín y las copas de los árboles Bael aparecen al nivel del agua. Todo nuestro ser, en esta noche deliciosa de aguacero, exhala el más vivo contento, como la flor de *Kadamba* cuando esparce su picante perfume. ¡La hora de llegada del maestro ha pasado hace muchos minutos! ¡Pero todavía no se está seguro!... Estamos bajo la galería, desde donde se domina la alameda¹, con la mirada tensa, fija, ansiosa. De pronto, nuestro corazón recibe un gran golpe. El paraguas negro, bien conocido, ha doblado por la esquina y se adelanta con aire triunfal, a despecho de la intemperie. ¿No será algún otro? ... ¡Ah, no! ¡Podría ser que hubiese en el mundo otro hombre tan obstinado, pero en nuestra pequeña alameda, nunca!

No querría dar a entender que Aghore Babu fuese un hombre duro. No nos gobernaba con una vara de hierro. Sus mismas amonestaciones no equivalían a reprimendas. Pero, cualesquiera que pudiesen haber sido sus méritos, su hora era tardía y su tema ¡el inglés! Hasta un ángel podría ser tomado por un mensajero de Yama² si, llegando a una casa de pequeños bengalíes, al final de una larga jornada de escuela, encendiera una mísera lamparilla para enseñarles el inglés.

¡Qué bien me acuerdo del día en que, para hacernos sentir todo el encanto de la lengua inglesa, se le ocurrió declamarnos con unción algunas líneas de un libro! El efecto producido fué inesperado. Nos atacó una risa tan loca, que se vió obligado a despedirnos. Debió de darse cuenta, aque-

¹ La alameda mencionada conduce de la vía pública a los jardines que rodean la casa.

² El dios de la muerte.

lla noche, de la aridez de la tarea a su cargo, y vió, sin duda, que se precisarían años para hacernos coincidir con su punto de vista.

Aghore Babu se esforzaba, a veces, por introducir una brisa exterior, como diversión, en medio de la árida monotonía de nuestra sala de estudio. Un día sacó de su bolsillo un paquete y nos dijo: "Les voy a mostrar una maravillosa obra maestra del Creador". En seguida, desenvolviendo el paquete, sacó una laringe humana y se puso a explicarnos su funcionamiento. Me parece sentir todavía el choque que tuve al ver esa laringe. Creía yo que la palabra procedía del hombre entero; no me imaginaba que la voz pudiera ser examinada aparte del conjunto. Por admirable que pueda ser la disposición de ese mecanismo parcial, lo es siempre menos que el hombre entero. Sin duda, no fué en esos términos como advertí mi repugnancia, y el maestro se equivocaba al creer que sus alumnos podían compartir el entusiasmo que ponía en su demostración.

Otro día nos hizo visitar la sala de disección de la Escuela de Medicina. El cuerpo de una mujer vieja estaba extendido sobre una mesa. Eso no me hizo demasiada impresión; pero una pierna amputada yacía en el suelo, y su vista me trastornó completamente. Aislado, ese fragmento humano me pareció horrible, y esa pierna negra, privada de toda significación, me persiguió durante muchos días.

Después de los dos manuales de lectura inglesa de Peary Sarkar, abordamos el de McCulloch. Al final de los días, nuestros miembros estaban cansados y nuestros espíritus aspiraban al sueño. El libro negro era voluminoso y lleno de palabras rudas, los temas tratados también podían tener encanto, pues en aquel tiempo, Saraswati¹ todavía no había puesto en evidencia su ternura maternal. Los libros para niños no estaban llenos de láminas como los de hoy. A la

¹ La diosa del saber.

entrada de los capítulos de McCulloch se erguía, como una fila de centinelas, una lista de palabras con las sílabas separadas, erizadas de acentos, como bayonetas que cortaban el paso. ¡Cuántas veces atacué en vano esos batallones en fila!

Nuestro maestro trataba de picar nuestro amor propio refiriendo las hazañas de algún otro brillante alumno, pero todo ello no disipaba la oscuridad inherente al volumen negro.

La Providencia, compasiva, ha instilado una virtud soporífera en todas las cosas fastidiosas. Apenas comenzada la lección de inglés, nuestros párpados se ponían pesados. Dar algunos pasos por la galería, un poco de agua fresca en la cara, eran paliativos de eficacia momentánea. Si, por feliz casualidad, el mayor de mis hermanos llegaba a pasar y comprobaba nuestro tormento, quedábamos libres por el resto de la noche. En el instante mismo, nuestra somnolencia desaparecía.

VIII

PRIMERA RESIDENCIA FUERA DE LA CIUDAD

UNA vez que estalló una epidemia en Calcuta y comenzó a hacer estragos, una parte de nuestra numerosa familia fué a buscar asilo en la villa de Chhatu Babu, al borde del Ganges, y nosotros fuimos de la partida.

Era mi primer viaje. Las orillas del río me acogieron como lo habría hecho un amigo conocido en una existencia precedente. Allí, frente a los alojamientos de los sirvientes, se extendía un bosquecito de guayabos. Pasaba mis días bajo la galería sombreada por esos árboles, siguiendo con la vista por entre los troncos, la corriente del vasto río. Cada mañana, al despertar, el día parecía ofrecérseme como una carta llena de felices noticias, que yo descubriría abriendo el sobre de doradas franjas.

Temeroso de perder un instante, me vestía con diligencia y me instalaba afuera, en mi silla. Todos los días subía la marea y bajaba después, en el Ganges. Numerosos barcos pasaban, de aspecto diferente. La sombra de los grandes árboles se movía de oeste a este, y sobre la otra orilla, por encima de la franja de troncos que bordeaban lo alto del bosque, se esparcía en el poniente la ola de oro de la vida por las desgarraduras de las nubes. Ciertos días eran nublados desde la mañana. Los bosques parecían negros; regueros de sombra pasaban por el río. Después, de pronto, la lluvia se precipitaba, violenta, ruidosa, oscureciendo el horizonte. La

línea indistinta de la otra ribera se desvanecía en las lágrimas; el río se inflaba en hinchazones contenidas y el viento húmedo corría impetuoso en lo alto del follaje, por encima de nuestras cabezas. Escapado del seno de los muros, de las vigas y los techos, me sentía como venido al mundo por segunda vez. En contacto con el aire libre, creía ver caer el vestido de costumbres mezquinas que recubre la vida cotidiana. Por cierto, el jarabe de melazas que tomaba por almuerzo con *luchis* fríos, debía ser en todo semejante a la ambrosía de que se abreva *Indra*¹ en su cielo. La inmortalidad, en efecto, no está en el néctar sino en quien la gusta. Y por eso, los que buscan la inmortalidad no la encuentran.

Detrás de la casa había un cercado, ceñido de muros, con un estanque al que conducían escaleras, desde una plataforma destinada a los bañistas. Al lado se elevaba un árbol enorme, un jambolán y todo alrededor árboles frutales plantados en espeso bosquecillo, en medio de los cuales el estanque parecía ocultarse. La belleza velada de este jardincito privado estaba llena de encanto, por contraste con la extensión espaciosa del río, visto desde la otra fachada. Me encontraba como una esposa, reposando en la intimidad de la siesta, sobre la colcha de colores vivos, bordada por su mano, y murmurando en voz baja los secretos de su corazón. Pasaba yo muchas horas bajo ese jambolán, soñando en el temible reino de los *Jakshas*², que tal vez se ocultaba en las profundidades del estanque.

Hubiera querido ver una aldea bengalí, sus grupos de cabañas y de pabellones, sus campos, sus mercados, sus callejuelas, sus baños, su vida; en una palabra, tal como me la imaginaba. Había una muy cerca del muro de nuestro jardín, pero no teníamos permiso para ir a ella. Salidos de una prisión, no estábamos, con todo, en libertad. Antes era

¹ *Indra* es el *Júpiter pluvius* de la mitología hindú.

² El rey de los *Jakshas* es el *Plutón* de la mitología hindú.

una jaula; ahora era una alcándara, pero la cadena estaba siempre allí.

Una mañana, dos de nuestros mayores salieron para dar una vuelta por la aldea. No pude contenerme ya, y deslizándome sin que me vieran, los seguí a cierta distancia. Costeando el camino sombreado, festoneado por cercos espesos de plantas espinosas, me deleitaba viendo una cosa tras otra, cuando de pronto mis mayores notaron mi presencia.

—¡Vete pronto, vete! ¡Vuelve a casa en seguida! —me gritaron indignados.

Descalzo, sin bufanda o ropa sobre mi túnica, no estaba vestido convenientemente para salir. ¿Era culpa mía, si no tenía medias, ni útiles de *toilette* ni nada superfluo en cuanto a vestidos? Me volví, no solamente decepcionado de mi tentativa, sino sin la menor probabilidad de tener más éxito otra vez, ni de obtener jamás el permiso deseado.

Sin embargo, si el mundo de Afuera me estaba prohibido de ese lado, por el otro se extendía la vista del Ganges, que me libraba de la esclavitud. Allí mi imaginación podía embarcarse, cuando le placía, en los barcos que navegaban alegremente, y partir con ellos para los países innominados en la geografía.

Cuarenta años han transcurrido y nunca he vuelto a ver esa villa del jardín sombreado de *chamṣak*. La misma vieja casa y los mismos viejos árboles deben de encontrarse allí todavía; pero sé bien que ya no serían los mismos para mí, pues ¿de dónde tomaría ahora ese sentimiento maravilloso de frescura que hacía su encanto?

Regresamos a la casa de Jorasanko, en la ciudad. Y mis días volvieron a ser, otra vez, bocados ofrecidos a las abiertas fauces de la Escuela Normal.

IX

ME EJERCITO EN LA POESÍA

Como el nido de ciertos insectos, mi cuaderno azul se llenó pronto de líneas oblicuas, erizadas, y de los rasgos espesos o tenues de mi garabateo. Los dedos impacientes del pequeño escritor, no tardaron en ajar las páginas, cuyos franjeados bordes abarquillados acabaron por recurrirse como garras, para retener mejor su precioso contenido. Finalmente, el río *Baitarani*¹ se llevó el cuaderno, en sus olas, hacia un olvido misericordioso; la experiencia de un pasaje por las prensas de imprenta le fué economizada, y así escapó al peligro de un nacimiento en nuestro valle de lágrimas.

No puedo lisonjearme de haber asistido como espectador impasible a los progresos de mi reputación de poeta. Sakhari Babu, que, sin ser uno de los maestros de nuestra clase se había hecho amigo mío, me mandó llamar un día y me preguntó: "¿Es cierto que escribes poesía?" No dije que no, y desde ese día, el maestro me propuso, de cuando en cuando, completar una estrofa de la que me daba las primeras líneas.

Otro profesor de nuestra escuela, Govinda Babu, era un hombrecito de color muy moreno, corpulento en sus trajes negros, y que, revestido de la dignidad de director, se senta-

¹ *Corresponde al Leteo.*

ba ante sus registros, en una oficina del segundo piso, temido de todos, pues era el juez dispensador de la vara.

Una vez, con anterioridad, había huído hasta donde él estaba, para escapar a cinco o seis que me perseguían, de más edad que yo. Solamente mis lágrimas pudieron dar testimonio en mi favor, pero gané la causa, y desde entonces Govinda Babu me conservó un rincón tierno en su corazón. Llamado por él un día, en el recreo, fuí con miedo y temblando, pero fué para oír la misma pregunta: "¿Usted escribe versos?" Habiéndolo admitido sin vacilar, recibí por tarea componer allí mismo un poema sobre no sé qué precepto de alta moral. Semejante orden de parte de ese maestro implicaba una condescendencia, cuyo alcance sólo sus antiguos alumnos podían apreciar. Acabado el poema, cuando lo puse en sus manos, me llevó él en persona a la clase más elevada, y colocándome ante los alumnos: "¡Recite!", me ordenó. Recité con voz estentórea. Lo mejor que puede decirse de este poema moral, es que se apresuró a extrañarse. Su efecto sobre la clase no fué nada alentador. Ningún sentimiento de estima hacia el autor despertó en el auditorio. La mayor parte quedaron convencidos de que no lo había compuesto yo. Hasta uno ofreció mostrar el libro de donde lo había copiado. Nadie insistió en ver ese libro, pues es demasiado fastidioso oír la demostración de lo que se está dispuesto a creer ante una simple afirmación. Sin embargo, al fin de cuentas, se vió crecer peligrosamente el número de los candidatos a la gloria poética, pero sin que sus métodos revelaran relación alguna con las vías de la moralidad.

Hoy no es nada asombroso ver a un jovencito que hace versos. El prestigio de la poesía ha desaparecido. En el tiempo de que hablo, las mujeres, muy raras, que se ensayaban en la versificación, eran consideradas milagros del Creador, mientras que ahora, si se oye decir que una joven no escribe nunca versos, se guarda prudente duda. El arte

poético empieza a brotar bastante antes de la clase superior de la escuela. Ningún Govinda Babu moderno prestaría la menor atención a proezas poéticas como las que acabo de relatar.

X

SRIKANTHA BABU

TUVE entonces un oyente como no tendré otro jamás; un oyente dotado de una capacidad de aprobación tan enorme, que lo habría desacreditado para siempre, ante los directores de nuestras revistas, para la función de crítico literario.

Era un viejo. Se parecía a un fruto de mango perfectamente maduro. Ni una fibra coriácea, ni un solo rasgo de acidez se encontraba en todo su ser. Sobre su delicado rostro recién afeitado se redondeaba un cráneo enteramente calvo. No incomodaba a sus encías la presencia del menor vestigio de dientes, y de sus grandes ojos sonrientes radiaba un contentamiento perpetuo y sin límites.

Educado en la antigua escuela persa, no comprendía una palabra de inglés. En su lado izquierdo pendía un *hubble-hubble*, un *sitar*¹ reposaba en sus rodillas, y de su garganta volaban melodías inagotables.

En ninguna parte había necesidad de introducir formalmente a Srikantha Babu, pues nadie hubiera podido resistirse al encanto de su corazón genial. Él nos llevó una vez al gran taller de un fotógrafo inglés, para hacernos retratar en su compañía. Supo cautivar tan bien al fotógrafo, contándole cándidamente, en una mezcla de indostano y bengalí, que era pobre pero que ardía en el deseo de poseer esa foto-

¹ Instrumento de música.

grafía, que su interlocutor, sonriendo, le concedió un precio especial. Y era tal la ingenuidad infantil de Srikantha Babu y su inconsciencia de todo asomo de indiscreción, que, en aquel establecimiento correcto y rígido a la inglesa, ese regateo estuvo lejos de parecer una incongruencia. También lo acompañaba yo, a veces, a casa de un misionero europeo. Allí, con su música y cantos, sus gentilezas para con la hijita del misionero y su admiración por el delicado pie, finamente calzado, de la dueña de casa, llevaba él más jovialidad y entusiasmo que cualquier otro visitante. Con su modo candoroso, cualquier otro habría podido parecer inoportuno, en tanto que él agradaba a todo el mundo; su ingenuidad y buen humor se comunicaban a los que lo rodeaban.

Srikantha Babu era insensible a la descortesía e impermeable a la misma insolencia. Por aquel entonces, un cantor de cierta reputación era huésped de nuestra familia. Cuando había bebido más de lo razonable, se permitía burlarse de los cantos del pobre Srikantha Babu, en un lenguaje de los menos escogidos. Éste lo dejaba hablar, con tolerancia impasible, sin intentar la menor réplica. Cuando, al fin, la incorregible grosería de aquel hombre hizo que se lo despidiese, Srikantha Babu intercedió vivamente en su favor. "No era él —repetía insistentemente—, era el licor."

No podía ver sufrir a nadie, ni oír hablar de sufrimientos. Si a alguno de nuestros compañeros se le antojaba atormentarlo un poco, a Srikantha Babu le bastaba con leer en voz alta algunos pasajes del *Exilio de Sita*, de Vidyasagar. El pobre oyente, profundamente turbado, levantaba entonces ambas manos, en señal de protesta, y suplicaba que cesase la lectura.

Aquel anciano era al mismo tiempo amigo de mi padre, de mis hermanos mayores y nuestro. Era de la misma edad que todos nosotros. Como cualquier guijarro lanzado a un estanque basta para que broten ondas, así la menor incita-

ción lo hacía vibrar en transportes de alegría. Yo había compuesto un himno que trataba de las pruebas y tribulaciones de este mundo. Srikantha Babu se convenció inmediatamente de que mi padre se encantaría con aquella perla de poesía religiosa, y en un impulso de entusiasmo se ofreció para mostrársela. Por fortuna, yo estaba ausente en ese momento, pero supe en seguida que mi padre se había divertido mucho, al ver que su hijo menor estaba ya informado de las vicisitudes de la existencia, como para hacer versos sobre ellas. ¡Seguramente nuestro director, Govinda Babu, habría manifestado más aprecio por ese esfuerzo literario mío, sobre tan grave asunto!

Para el canto, era yo el discípulo favorito de Srikantha Babu. Me había enseñado una melodía sobre estas palabras: "¡Más Vraja¹ para mí!", y me llevaba a todos los cuartos de la casa para cantarlo a todos y a cada uno. Yo cantaba, él tocaba el acompañamiento en su *sitar*, y cuando llegábamos al retornado, hacía coro, repitiéndolo con una sonrisa y con signos de cabeza a los oyentes, queriendo estimularlos para una apreciación más entusiasta.

Sentía él por mi padre una admiración religiosa. Un himno adaptado a uno de los cantos terminaba con estas palabras: "Pues él es el corazón de nuestros corazones". Cuando Srikantha Babu cantaba este himno a mi padre, se exaltaba tanto que se salía de su asiento, y golpeando con fuerza en su *sitar*, en lugar de las palabras: "Pues él es el corazón de nuestros corazones", lo cantaba en variante, elevando la mano hacia la cara de mi padre: "Pues usted es el corazón de nuestros corazones".

Cuando el anciano visitó por última vez a mi padre, éste, enfermo, vivía en Chinsurah, en una villa a orillas del Ganges. Srikantha Babu, mortalmente herido por su última enfermedad, ya no podía levantarse sin apoyo, ni abrir los

¹ Vraja, el terreno de juego de Krishna.

ojos sin levantarse los párpados con los dedos. En ese estado, y con ayuda de su hija, hizo el viaje desde su casa de Birbhom a Chinsurah. Penosamente se inclinó hasta el suelo, para quitar el polvo de los pies de mi padre, y después volvió a su casa en Chinsurah donde, a los pocos días, exhaló el último suspiro. Supe después, por su hija, que había partido para su juventud eterna cantando: "¡Qué dulce es tu misericordia, oh Señor!"

XI

TERMINAN NUESTROS ESTUDIOS EN BENGALÍ

ESTÁBAMOS entonces en la penúltima clase de la escuela, en casa habíamos progresado mucho más rápidamente, llegando al final del libro de física popular de Akshay Datta, y terminando de leer, también, la epopeya de Megnadvadha. Se nos enseñaba la física sin demostración alguna y el conocimiento adquirido era puramente libresco. En realidad, el tiempo así empleado había sido perdido, más perdido que si lo hubiéramos pasado sin hacer nada. El Megnadvadha tampoco nos había procurado gusto, pues no podemos gustar una comida, por exquisita que sea, si nos la arrojan a la cara. Leer una epopeya como ejercicio para aprender una lengua, es tan insensato como afeitarse con una espada: triste oficio para la espada y mal servicio para el mentón. Un poema debe ser leído emocionalmente. Si se lo aborda con el estorbo de una gramática y de un diccionario, no hay que esperar los favores de la divina Saraswati. Pero nuestra carrera en la Escuela Normal terminó abruptamente. He aquí de qué manera:

Como uno de los maestros expresara el deseo de tomar en préstamo, en nuestra biblioteca, la biografía de mi abuelo escrita por Mitra, Satya, mi sobrino y compañero de clase, se animó hasta el punto de ofrecerse como intermediario para pedir ese libro a mi padre. Pero, después de considerarlo, juzgó poco conveniente presentar ese pedido en nuestro idioma

acostumbrado, el bengalí familiar; se le ocurrió componer una frase en bengalí arcaico y recitarla con docta precisión. Mi padre, al oírlo, debió de pensar que nuestros estudios en esta lengua se habían extralimitado un poco y corrían riesgo de caer en el exceso, pues a la mañana siguiente, cuando estaba dispuesta nuestra mesa como de costumbre, en la galería que mira al sur, el pizarrón suspendido de un clavo y todo en su lugar para la lección de Nilkamal Babu, fuimos llamados a presencia de mi padre, en su departamento del piso superior. "Ya no necesitan ustedes —se nos anunció— tomar más lecciones en bengalí". Ante estas palabras, bailamos, in mente, de alegría. Nilkamal Babu nos esperaba abajo, con los libros abiertos sobre la mesa, apretándose, sin duda, para hacernos recomenzar el Megnadvadha de un extremo a otro. Pero, según se dice, las pequeñas rutinas de la existencia en el momento de la muerte, pierden toda apariencia de realidad; en ese instante de éxtasis, todas las cosas, desde nuestro maestro hasta el clavo del pizarrón, todo se nos presentó como un miraje que se desvanece. No quedaba más que una preocupación: ¿cómo dar la noticia a Nilkamal de un modo bastante decoroso? Conseguimos hacerlo con apropiada cortesía, mientras que desde lo alto del pizarrón las figuras geométricas nos contemplaban asombradas y los versos blancos del Megnadvadha nos dirigían una triste mirada. "Es posible —dijo nuestro Pandit al despedirse de nosotros— que bajo el imperio del deber haya sido yo a veces severo con vosotros. Olvidadlo. Más tarde, apreciaréis el valor de lo que os he enseñado."

En efecto, después aprendí a estimarlo. Gracias a esa enseñanza en nuestra propia lengua, nuestros espíritus se despertaron. Debe adquirirse la instrucción como toma el cuerpo los alimentos. Si desde el primer bocado se siente apetito, el estómago empieza a funcionar antes de estar cargado, y los jugos digestivos tienen libre carrera. Sucede lo contrario cuando un pequeño bengalí toma las lecciones en

inglés. El primer bocado le disloca la mandíbula, y su boca se rebela porque se la violenta. Y cuando, más tarde, reconoce que ese primer trozo no era una piedra sino, al contrario, un bombón asimilable, ya tiene la mitad de la vida a sus espaldas. Cuando balbuceaba y titubeaba sobre la gramática, su organismo quedaba hambriento, y cuando percibe su gusto, el apetito ha desaparecido. Si el espíritu no entra en actividad desde el principio, una parte de sus facultades queda torpe para siempre. Entre los que nos rodeaban, reinaba entonces la manía de la enseñanza dada en inglés. El tercero de nuestros hermanos tuvo la valentía de hacernos seguir los estudios en nuestra propia lengua. A él, en el cielo, va mi agradecimiento.

XII

EL "PROFESOR"

SALIENDO de la Escuela Normal, se nos puso en una institución eurasiana, la Academia de Bengala. Creímos acrecentada nuestra dignidad, y por lo menos en el primer grado de la libertad. Fué, en efecto, más libertad —y nada más— lo que nos dió esa academia. Nunca comprendimos lo que allí se nos enseñó, ni tampoco hicimos esfuerzo alguno por retenerlo. Por lo demás, nadie pareció ofenderse ante nuestra indiferencia.

Los compañeros eran poco agradables, pero no repulsivos; era un alivio. Se escribían con tiza en una mano la palabra "Burro" y nos la aplicaban a la espalda con un golpe, gritando: "¡hello!"; o bien nos daban un puñetazo en la espalda, y miraban inocentemente en otra dirección. O aplastaban una banana en nuestra cabellera, y se esquivaban, rápidos, sin que los viésemos. Sin embargo, habíamos pasado de un pantano a tierra firme; se nos fastidiaba, ya no se nos ensuciaba. Esa escuela tuvo para mí otra ventaja: nadie, en ella, acariciaba la temeraria esperanza de hacer progresar a los alumnos en el saber. Era un modesto instituto pobremente dotado, y a los ojos de sus autoridades, nosotros teníamos el mérito supremo de pagar la cuota escolar regularmente. Ganamos así el no tropezar ni en los escollos de la gramática latina. La compasión no tuvo nada que ver

en eso, sino que los maestros estaban prevenidos por la dirección.

Muy descansada y bien inofensiva, esa escuela era, sin embargo, una escuela. Sus tristes salas, de paredes rudas como gendarmes; el edificio, más parecido a un gran palomar que a una casa: ni decoración, ni cuadros, ni la menor tentativa de ganar el corazón de los escolares. El hecho de que las mentalidades jóvenes están compuestas, en su mayor parte, de inclinaciones y repugnancias, era totalmente ignorado. Todo nuestro ser se sentía deprimido al franquear la puerta del estrecho patio en cuadrángulo. Y adquirimos el hábito crónico de hacer la rabona.

Para ello habíamos encontrado un cómplice en el preceptor persa de mi hermano mayor, un hombre de edad mediana, que no tenía más que la piel sobre los huesos, como si se hubiera extendido pergamino sobre su esqueleto, sin relleno alguno de carne ni de sangre. Lo llamábamos Munshi. Sin duda, poseía convenientemente la lengua persa y hablaba bastante bien el inglés, pero no era esa la dirección que tomaban sus ambiciones. Estimaba que sus proezas en el manejo deportivo del bastón sólo eran igualadas por sus talentos de cantor. De pie, en medio del patio de nuestra casa, se entregaba a maravillosas series de pases con el bastón, sin más adversario que su sombra. Evidentemente, la sombra nunca salía con la suya; cuando él, para concluir, la golpeaba en la cabeza con una sonrisa de triunfo, lanzando un potente grito, ella se aplastaba humildemente a lo largo, a sus pies. Cuando cantaba, su voz, de timbre nasal y discordante, se elevaba en una mezcla de chillido ronco y de queja, que se hubiera podido creer que salía del mundo de los aparecidos. Nuestro maestro de canto, Vishnu, lo apostrofaba a veces, en tono burlón, diciendo: 'Cuidado, Munshi; nos va a quitar el pan de la boca, si continúa'. A lo que Munshi sólo respondía con una sonrisa de desdén. Se ve, pues, que el hombre era accesible a las argumentaciones elocuentes. Y así,

cuando queríamos, podíamos persuadirlo para que escribiera a las autoridades escolares un pedido de exención en nuestro favor. La dirección no se tomaba el trabajo de comprobar el justificativo, sabiendo que desde el punto de vista docente, obtendríamos el mismo resultado con nuestra presencia o nuestra ausencia.

Tengo hoy una escuela, y mis muchachos son tan inclinados como lo éramos nosotros, a inventar mil travesuras. Cuando alguno de los profesores, indebidamente fatigado por la turbulencia de los educandos, propone aplicar penalidades proporcionadas, mis propios delitos de escolar se yerguen en fila ante mí y me miran sonrientes.

Veo muy bien que el error consiste en juzgar a los escolares según criterios que se aplican a los adultos, olvidando que un niño es vivo y móvil como el agua que corre. No hay que inquietarse por las menudas fechorías de un arroyo en su curso: la corriente misma será el mejor correctivo. El peligro estaría en el estancamiento. Por consiguiente, es el maestro, más que el alumno, quien debe cuidarse de los yerros.

Teníamos una sala de refectorio aparte para los jóvenes brahmanes, a fin de que pudieran conformarse a los usos prescritos a su casta. Allí hicimos relación con algunos alumnos, todos de más edad que nosotros. Uno de ellos merece mención. Su especialidad era el arte del mago. Hasta había publicado un librito, en cuya cubierta aparecía impreso el nombre del autor, acompañado del título de "profesor". Y como yo no había conocido nunca un escolar cuyo nombre estuviese impreso en un libro, mi respeto por aquel "profesor" era profundo. ¿Cómo suponer que en las líneas rectas e impecables de un libro impreso pudiera deslizarse algo que fuese dudoso? ¿Es poca cosa ver las palabras de uno mismo reproducidas por una imprenta? ¿La audacia de ofrecerse así, sin velo ni vergüenza, al mundo entero, no impone respeto y crédito? Una vez había obtenido yo, de

no sé qué impresor, los caracteres que componen mi nombre. Fué una experiencia memorable ponerles tinta, apoyarlos en el papel y ver mi nombre impreso.

Solíamos ofrecer un lugar en nuestro coche a ese camarada-escritor. A ello siguió un intercambio de visitas. Aquel muchacho era un hábil intérprete de piezas teatrales. Con su concurso construimos un escenario en nuestro campo de juegos, utilizando papel pintado, tendido en marcos de bambú. Pero una interdicción perentoria, procedente del tercer piso, impidió todo intento de representación.

En represalia se representó poco después una pieza cómica sin necesidad de teatro alguno. Su autor, ya conocido por el lector de estas páginas, no era otro que mi sobrino Satya. Quien hoy contemple sus ademanes tranquilos y mesurados se escandalizaría al saber de qué travesuras era inventor entonces. Tenía yo doce o trece años cuando me hizo la jugada de que voy a hablar.

Nuestro amigo el mago nos había hablado de las extrañas propiedades ocultas de ciertas cosas; me atormentaba el deseo de comprobarlas. Pero los materiales necesarios eran siempre muy raros; no se los podía conseguir sin el concurso de Simbad el Marino. Una vez, sin embargo, al "profesor" se le escapó la mención de algo accesible. ¿Se creará que una semilla, mojada veintiuna veces en el jugo de cierto cacto, puede germinar, florecer y dar fruto en el espacio de una hora? Sin atreverme a dudar de la afirmación de un "profesor" cuyo nombre aparecía impreso en un libro, decidí intentar el experimento. Obtuve de nuestro jardinero una buena cantidad del jugo lechoso requerido, y un domingo, después del mediodía, fui a nuestro retiro, en el rincón de la terraza, sobre el techo, para inaugurar la demostración con un carozo de mango. Absorto por entero en el ritual prescrito, mojando y sacando alternadamente el carozo, proseguía la tentativa. El lector de edad asentada no preguntará el resultado... Pero mientras yo estaba así ocupado, Satya,

en otro rincón de la terraza, había hecho germinar y florecer otra planta de su creación, que debía dar frutos asombrosos.

Noté, poco después, que el "profesor" parecía esquivarme. Estaba molesto, intimidado en mi presencia. Un día, de improviso, nos pidió que saltáramos desde un banco de la sala de estudio, cada cual a su turno. Quería, dijo, observar las diferencias de estilo en esa actitud. En un profesor de magia, semejante curiosidad no pudo menos que sorprendernos. Cada uno dió el salto y yo lo hice a mi vez. El mago murmuró "hum", sacudiendo la cabeza; y a pesar de nuestras instancias se negó a dar explicaciones. Poco después, nos anunció que uno de sus amigos deseaba conocernos, y se ofreció a llevarnos a casa de ese amigo. Nadie de nuestra casa hizo objeción, y fuimos allá. Los numerosos invitados, manifestando viva curiosidad, expresaron el deseo de oírme cantar, y yo no rehusé hacerlo. Dada mi edad, no podía mugir como un toro. "¡Qué dulce voz!", exclamaron a porfía todos los asistentes. Se nos sirvió refrescos y todos nos miraban comer. Tímido por naturaleza, poco habituado a compañías numerosas, y la costumbre tomada bajo la tutela de Iswar, hicieron que comiese muy frugalmente. Los invitados, con nuevas exclamaciones, señalaban la delicadeza de mi apetito. En el quinto acto de la comedia, recibí del "profesor" algunas misivas extrañamente calurosas... que dejaron traslucir el secreto de la situación. Dejemos aquí caer el telón.

Satya me confesó después que, durante mi experimento de magia con el carozo de mango, él había conseguido hacer creer al "profesor" que se me hacía llevar ropa de varón para procurarme una educación superior, pero que mi traje era un disfraz. A quien tuviere curiosidad de saber más, le explicaré que se admite que una niña salta adelantando el pie derecho. Y eso fué lo que hice, al saltar en la sala de estudio. ¡Qué lejos había estado yo, en ese momento, de sospechar el paso falso que acababa de dar!

XIII

MI PADRE

Poco después de mi nacimiento, mi padre empezó a viajar continuamente. Puedo decir que, durante mi primera infancia, yo apenas lo conocía. De vez en cuando llegaba de improviso, acompañado de sirvientes extranjeros, a los que yo sentía curiosidad por conocer; por ejemplo, un joven sirviente del Punjab, llamado Lenu, que fué acogido entre nosotros con consideraciones dignas del mismísimo Ranjit Singh. ¡No solamente era un extranjero, sino un nativo del Punjab! ¿Cómo no iba a cautivarnos? Mirábamos a la gente del Punjab con el mismo respeto religioso que nos merecían Bhima y Arjuna, los héroes del Mahabharata. Era un pueblo de guerreros, y si a veces había sido vencido en los combates, no dudábamos de que el enemigo tuvo la culpa. Era una gloria recibir a un Penjabi en nuestra casa.

Mi cuñada tenía un modelo en miniatura de un barco de guerra, protegido por una campana de vidrio. Cuando se daba cuerda al mecanismo, el navío se balanceaba en cadencia sobre las olas de seda, pintadas de azul, a los sonos de una caja de música. A fuerza de instancias, obtuve a veces que esa maravilla me fuera confiada, para que Lenu la admirase.

Encerrados en casa, como pájaros en jaula, nos fascinaba el encanto de todo lo que venía de lejos. Era eso lo que daba tanto prestigio a Lenu, y también a Gabriel, un judío con

un casacón bordado, que venía a vender esencias y aceites perfumados. Los nativos de Kabul, igualmente, con su alta estatura, sus grandes pantalones polvorientos, su mochila y su bagaje atado con hilo grueso, cautivaban mi imaginación. Así era que, en los momentos de las visitas de mi padre, nos contentábamos con ir a ver su séquito y sus sirvientes, sin llegar a su presencia.

Una vez, durante una estadía de mi padre en el Himalaya, el fantasma del gobierno británico —una invasión de los rusos— fué objeto de los temores del público. Una dama bienintencionada, amiga de mi madre, le representó el peligro como inminente y se lo describió con la vivacidad de una imaginación fecunda. ¿Quién podía decir si de los pasos del Alto Tibet no iba a bajar un ejército ruso sobre nosotros y a barrernos como la espantosa cola de un cometa? Mi madre se alarmó seriamente. Al no lograr que los miembros adultos de la familia compartieran su emoción, buscó la simpatía de su hijito. “¿Qué te parece, escribir a tu padre respecto a los rusos?”, me propuso. La carta mensajera de las inquietudes maternas era la primera que escribía yo a mi padre. No sabiendo cómo empezar ni cómo concluir una carta, pedí consejo a Mahananda, encargado de la correspondencia en la oficina de la casa. Gracias a esa ayuda, el estilo fué probablemente correcto, pero los sentimientos expresados debían de oler un poco a moho, como el aire de la oficina.

Fuí honrado con una respuesta. Mi padre me pedía que no tuviese miedo. Si los rusos llegaban él mismo los echaría. Esta promesa no pareció aliviar los terrores de mi madre, pero a mí me liberó de toda timidez hacia mi padre. Deseé en seguida escribirle todos los días, y no cesaba de importunar a Mahananda con tal motivo. Al no poder desembarazarse de mí, me preparó borradores para copiar. Pero yo ignoraba que había que franquear las cartas. Una vez en manos de Mahananda, pensaba yo, llegaban a destino sin

más formalidad. Inútil es decir que, como Mahananda era mucho menos cándido que yo, esas cartas nunca llegaron a los montes Himalaya.

Cuando después de largas ausencias, mi padre volvía a su casa por algunos días, la casa se llenaba con la importancia de su presencia. Veíamos a nuestros mayores, revestidos de sus *chogas*, arrojar el *betel* que estaban masticando o ir a su departamento con paso medurado y rostro serio. Todo el mundo parecía alerta. Mi madre, para estar segura de que nada saldría mal, vigilaba en persona la cocina. El viejo mayordomo Kinu, de guardia en la puerta de mi padre, con su librea blanca y su turbante, nos recomendaba no hacer ruido en la galería, a la hora de la siesta. Pasábamos en puntas de pie, sin atrevernos a echar una mirada en el departamento. Una vez mi padre vino a casa para darnos, a los tres, la investidura del hilo sagrado. Con ayuda de un sabio vedantista había reencontrado el rito védico instituido para esa ceremonia. Durante días enteros, sentados en la sala de las oraciones con Becharam Babu, se nos enseñó a cantar, con el acento requerido, los textos de los Upanishads, arreglados por mi padre bajo el nombre de “Brahma Dharma”. Después, con las cabezas afeitadas y anillos de oro en las orejas, nosotros, tres brahmanes en ciernes, fuimos enviados a una parte del piso superior, para un retiro de tres días.

Fué muy divertido. Los anillos de oro eran excelentes puntos de ataque para tirarnos mutuamente de las orejas. Hicimos el descubrimiento de un tamborcito en un cuarto, y desde que veíamos a un sirviente en el piso inferior, tocábamos llamada vivamente. El que pasaba levantaba sorprendido los ojos, y en seguida los desviaba precipitadamente¹.

En suma, no podíamos pretender que esos días de retiro se pasaran en meditaciones ascéticas.

No estoy menos persuadido de que muchachos del todo

¹ Está prohibido a los no brahmanes poner los ojos en el neófito, durante su preparación para la investidura del hilo sagrado.

semejantes a nosotros no eran raros en las antiguas ermitas. Y si algún antiguo documento refiere que el pequeño Saradwata o Sarngarava¹, de 10 a 12 años de edad, pasaban días enteros ofreciendo oblacones y cantando *mantras*, no estamos obligados a creerlo ciegamente, pues el libro de la naturaleza de la Infancia es un documento todavía más antiguo y de una autenticidad más incontestable.

Una vez consagrados brahmanes, me puse a recitar con fervor el *Guayatry*, texto sagrado prescrito a los brahmanes para la realización del yo. El texto no es de los 'que un niño de esa edad pueda comprender en todo su alcance. Recuerdo mis esfuerzos por extender los límites de mi conciencia, pronunciando la invocación inicial: "¡Tierra, firmamento, cielos!" Sería difícil precisar lo que sentía y pensaba yo entonces. Pero, seguramente, la función más alta de la inteligencia no es asir con claridad el sentido de las palabras. El objeto principal de la enseñanza no es interpretar términos, sino llamar a la puerta del espíritu.

Un niño, interrogado sobre lo que experimenta cuando se llama así a su puerta, responderá tal vez una tontería, pues lo que sucede en él es más grande que lo que podría expresar. Esto es lo que ignoran las personas que se fían de un examen, para medir los resultados de cualquier enseñanza.

Recuerdo bastantes cosas que yo no comprendía, y que, sin embargo, me conmovían profundamente. Una vez, por ejemplo, sobre el techo en terraza de nuestra villa, al borde del Ganges, al producirse un repentino amontonamiento de nubes, mi hermano mayor recitó en alta voz algunas estrofas del *Mensajero de las nubes* de Kalidasa. Yo no sabía una palabra de sánscrito, pero esa declamación extática, en ritmo sonoro, me satisfizo plenamente. En otra ocasión, mucho

¹ Dos novicios en la ermita del sabio Kanva, mencionados en el drama sánscrito Sakuntala.

antes de ser capaz de leer en inglés, cayó en mis manos una edición ilustrada de la novela de Dickens *Old Curiosity Shop*. La leí toda, aunque nueve palabras de cada diez me eran desconocidas. Con ayuda de las ideas que pude asir, tejí un hilo coloreado al que refería las láminas. Una mesa examinadora me habría puesto cero, pero la lectura de ese libro no me resultó inútil. Otra vez, acompañaba a mi padre, en viaje por el Ganges, en su barco de paseo. Entre los libros que él tenía, se encontraba un viejo ejemplar de la *Gita Govinda* de Jayadeva. Los versos no estaban impresos cada uno en línea separada, sino uno a continuación del otro, como en prosa. Sin haber aprendido sánscrito, bastantes palabras me eran familiares, por el hecho de mi conocimiento del bengalí. No podría decir cuántas veces releí esa *Gita Govinda*. Me acuerdo todavía de una línea:

La noche que transcurrió en la cabaña aislada en medio del bosque.

Estas palabras esparcían una atmósfera de vaga belleza en mi espíritu. Esta sola palabra sánscrita *Nibihritanikunjagriham*, que significa la cabaña aislada en el bosque, bastaba para satisfacerme.

Me ocurrió descubrir por mí mismo la métrica complicada de Jayadeva, cuyas divisiones desaparecían en la forma prosaica en que estaba impreso el libro. Este descubrimiento me causó un gran arrebató de placer. Sin duda, no comprendí completamente el pensamiento del autor. Sería apenas exacto pretender que haya comprendido algo. Pero la sonoridad de las palabras y la música de la prosodia llenaron mi espíritu de imágenes de una belleza maravillosa, en las que me deleitaba, al punto de decidirme a copiar todo el libro para no separarme de él.

Sucedió lo mismo, un poco después, leyendo *El nacimiento del dios de la guerra*, de Kalidasa. Un verso de este

poema me conmovió extrañamente, aunque las únicas palabras cuyo sentido capté fueron:

La brisa levantaba la espuma de las aguas que caían del Mandakini sagrado y agitaba el follaje del deodar.

Estas palabras me llenaban de la nostalgia de saber algo más. Pero cuando un Pandit me explicó las dos líneas siguientes:

La brisa desgarró las plumas del pavo real sobre la cabeza del cazador,

la pobreza de la idea me decepcionó. Había sido mejor servido por mi imaginación, para completar la estrofa.

Quien pueda trasladarse a sus años jóvenes convendrá en que sus reales adquisiciones no fueron proporcionadas a su grado de comprensión. Nuestros kathakas (bardos o narradores) lo saben muy bien. Sus relatos contienen siempre cantidad de palabras sánscritas y de dichos oscuros, que no están destinados a que los comprendan sus auditorios populares: que simplemente evocan sugerencias. No se debe hacer caso de semejantes sugerencias, cuando se estiman los provechos y las pérdidas de una educación. Ciertas personas insisten, para hacer ese balance, en comprobar lo que el niño puede repetir del texto de una lección aprendida. Pero el niño, y los que como él no tienen todavía más que informaciones elementales, viven en un paraíso donde se puede llegar al conocimiento sin comprender exactamente cada paso que se da. Cuando se pierde ese paraíso, llega el día nefasto en que es indispensable comprender todo. La ruta real es la que conduce al saber, sin pasar por el triste camino del razonamiento. Una vez que esta ruta se obstruye, los regateos de este mundo pueden muy bien seguir,

pero el vasto mar y las cimas de las montañas ya no son accesibles.

Por eso, lo repito, aunque yo fuese incapaz, a esa edad, de comprender el sentido del *Guayatry*, había en mí algo que no necesitaba comprenderlo enteramente. Un día, sentado en el suelo de cemento de nuestra sala de estudio, mientras meditaba ese texto, mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué? No lo sabía. Si se me hubiera apremiado con preguntas, tal vez habría dado razones extrañas al *Guayatry*. Resulta, de todo esto, que lo que ocurre en las zonas profundas de nuestra conciencia, no siempre puede ser controlado por nuestras facultades superficiales.

XIV

UN VIAJE CON MI PADRE

DESPUÉS de la ceremonia del hilo sagrado, mi cabeza rapada me causó ansiedades. Aunque mis camaradas eurasiáticos demostrasen algún favor a la vaca, carecían notoriamente del respeto al brahmán¹.

Ya podía yo esperar que nuestras cabezas desnudas fuesen acribilladas a pullas, sin hablar de otros proyectiles. Mientras pensaba con angustia, un día, en estas perspectivas, fui llamado a presencia de mi padre. ¿Qué me parecería ir con él al Himalaya?, me preguntó. ¡Dejar la Academia de Bengala! ¡Partir para el Himalaya! ¿Qué diría yo? ¡Oh! ¡No poder rasgar el aire con un grito de alegría, para expresar mi arrebató!

El día de la partida, mi padre, según su costumbre, reunió a toda su familia en la sala de las oraciones, para un servicio religioso. Después de haberme inclinado ante mis mayores, para quitar el polvo de sus pies, subí al coche con mi padre. Por primera vez en mi vida, llevaba un traje completo confeccionado expresamente para mí. Mi padre había elegido el modelo y el color. Una boina de terciopelo bordado de oro completaba mi arreglo. La llevaba en la mano, lleno de dudas sobre el efecto que produciría en mi cabeza pelada. Cuando me senté en el coche, mi padre

¹ La vaca y el brahmán son las palabras de orden de la ortodoxia hindú moderna.

insistió para que me la pusiera y tuve que ponérmela. Cuando él volvió la cabeza, me la quitó; cada vez que encontraba su mirada tenía que ponérmela nuevamente.

Mi padre era minucioso en sus disposiciones. No le gustaba dejar nada en el aire y no toleraba la negligencia ni el desorden. Sus relaciones con los demás, y las de ellos con él, estaban regladas por un código bien definido. Era diferente, en esto, de la mayor parte de sus conciudadanos. Un poco de abandono no tenía consecuencias entre nosotros; pero con él, nuestros actos y gestos tenían que ser objeto de cuidadosa atención. No era tanto el grado de decoro lo que le preocupaba, sino que no se quedara por debajo de cierto ideal de conducta.

Mi padre tenía también el poder de representarse, netamente, cada detalle de las cosas cuya ejecución ordenaba. Para una reunión de ceremonia, a la que no podía asistir en persona, disponía mentalmente cada cosa en el lugar conveniente, asignando a cada miembro de la familia su papel, e indicando el lugar que había de ofrecerse a cada convidado. Nada se le escapaba. Terminada la ceremonia, pedía a cada uno su informe, y así obtenía una impresión de conjunto. Lo mismo, mientras yo lo acompañaba en su viaje, aunque evitaba intervenir en mis ideas sobre el modo de divertirme, no dejaba nada librado al azar, en lo referente a la conducta que me estaba prescrita en todo lo demás.

Hicimos alto, primeramente, en Bolpur. Poco antes, Satya había vivido allí con sus padres. Ningún niño debidamente informado de las cosas de su tiempo habría creído en los relatos que nos hizo a su vuelta. Pero no teníamos modo de aprender a distinguir lo posible de lo imposible. El Mahabharata y el Ramayana no nos preparaban de ningún modo para ello, y no teníamos esos libros con láminas que instruyen a los niños sobre todo lo que pasa a su alrededor. Sólo al chocar contra ellas tomamos conocimiento de las cosas de este mundo.

Satya contaba que, para una persona inexperimentada, subir a un vagón de ferrocarril era una cosa de las más peligrosas. Un resbalón, y todo estaba concluido. Además, había que agarrarse del asiento con todas las fuerzas; si no, el sacudión, al arrancar, no se sabía a dónde lo podía lanzar a uno. Por eso, yo temblaba al subir al tren. Cuando vi que entrábamos muy fácilmente en nuestro compartimiento, me dije: ¡Ahora vendrá lo peor! Pero cuando el convoy se puso en marcha de un modo suave, me sentí amargamente decepcionado.

El tren avanzaba con rapidez. Los extensos campos, bordeados de cercos de un verde azulado, y las aldeas encaramadas en los árboles, se deslizaban ante nuestra vista como un río de imágenes que huían. Era tarde cuando llegamos a Bolpur. Al entrar en el palanquín cerré los ojos, para guardar intacta, para el día siguiente, la visión de lo que seguiría. Vistas incompletas en el crepúsculo, pensaba yo, alterarían la frescura de mis impresiones. Al despertarme, cuando apuntaba el día, mi corazón a la expectativa latía de emoción. Salí. Satya nos había contado que en Bolpur había una cosa única en el mundo: un sendero que conducía del cuerpo principal de la casa al ala habitada por los sirvientes, y era tan completamente abrigado que, aunque no tenía techo, ni una gota de lluvia ni un rayo de sol penetraban en él. Me puse en seguida a buscar ese sendero. No causará asombro saber que no lo pude encontrar.

Como había vivido siempre en la ciudad, en mi vida había visto un arrozal. Por otra parte, había leído algún relato donde se mencionada al pequeño guardián de un rebaño, y guardaba de aquel pastorcito una imagen fantástica. Satya decía que en Bolpur la casa estaba rodeada de arrozales, y que en ellos, durante todo el día, uno se entretenía en recoger arroz, hacerlo cocer, y regalarse con los pastorcitos. Miré a mi alrededor. ¿Dónde estaban los arrozales en esa dilatada llanura inculta? ¿Y los pastorcitos? Tal vez los

hubiera, pero ¿cómo distinguirlos de los otros muchachitos? Sin embargo, no me puse a lamentar lo que no podía ver. Lo que veía me bastaba ampliamente.

Aquí, ningún dominio de los sirvientes. Ningún círculo en mi derredor, salvo el del horizonte azul, trazado por la diosa del lugar. En ese espacio podía moverme a mis anchas.

Aunque yo no era más que un niño, mi padre no imponía restricción a mis paseos. En los huecos del terreno arenoso, la lluvia había formado barrancos y esculpido colinas pequeñitas de grava roja y de cascotes de toda forma, y entre ellas corrían menudos arroyuelos. Era una geografía liliputiense. Recogí en mi túnica curiosos fragmentos de piedras y llevé a mi padre mi colección. Nunca desdeñó mis trabajos. Al contrario, lo entusiasmaban.

—¡Magnífico! —exclamó—. ¿Dónde encontraste todo esto?

—Hay millares y millares —expliqué—. ¡Podría traer todos los días otro tanto!

—Sería muy lindo —dijo mi padre—. ¿Por qué no recubrir con ellos mi montañita, para decorarla?

Se había ensayado, en casa, cavar un estanque en el jardín. El agua faltó, hubo que renunciar a la empresa y la tierra quedó amontonada en un montículo. Sobre esa elevación le gustaba sentarse a mi padre, para su oración de la mañana, cuando el sol se levantaba en el horizonte, sobre la llanura extendida hacia el oriente. Era ése el pequeño otero cuya decoración me proponía.

Me afligí bastante, al dejar Bolpur, por no poder llevar mi provisión de piedras. Aun hoy me cuesta comprender que el solo hecho de haber reunido ciertos objetos no me confiera sobre ellos un derecho de propiedad absoluto. Si la suerte, entonces, hubiera colmado mis votos, si hubiese podido llevar mis guijarros, para arrastrarlos por todas partes conmigo, no sentiría en este momento ganas de reír.

En un barranco descubrí un hueco lleno de agua de

manantial, que desbordaba en un arroyo, donde los pececitos se divertían remontando la corriente.

—¡He encontrado una fuente lindísima! —dije a mi padre—. ¿No podríamos tomar de ella el agua para nuestra mesa y nuestro baño?

—Excelente idea —exclamó en seguida, compartiendo mi entusiasmo, y dió orden de sacar de allí nuestra provisión de agua.

No me cansaba de rodar por montes y por valles, en ese mundo en miniatura, que parecía verse en el extremo grueso de un antejo. Yo era un explorador Livingston. Los datileros enanos, los mezquinos ciruelos salvajes, las pequeñas eugenias achaparradas, todo estaba en proporción con las minúsculas cadenas de montañas, con el arroyuelo y los pececitos que en él había encontrado.

Sin duda para enseñarme a ser previsor, mi padre me confiaba algún dinero, pidiéndome que le rindiera cuenta. Me encargó, también, que diera cuerda a su precioso reloj de oro, para inspirarme el sentimiento de la responsabilidad, aun al precio de algún daño. Cuando salíamos juntos, por la mañana, me encargaba dar limosna a los mendigos que encontrábamos. Nunca, al cabo del día, pude darle cuenta exacta. Una vez, mi balance excedió la suma que me había dado.

—Tengo que tomarte de cajero —observó mi padre—; parece que el dinero tuviera el arte de aumentar en tus manos.

En cuanto al bello reloj, le di cuerda con tanto celo, que pronto hubo que enviarlo al relojero, en Calcuta.

Esto me recuerda el tiempo en que estuve encargado de la gerencia de la propiedad familiar, y obligado a presentar mensualmente a mi padre un estado de la contabilidad, pues su vista debilitada le impedía examinar por sí mismo las planillas. Yo debía leer primero el total de cada rubro, y cuando a mi padre le llamaba la atención una u otra

cifra, pedía explicaciones. Si yo trataba de pasar por alto cualquier detalle, o de callar alguna cosa que podía disgustarlo, jamás lo conseguía. Esos primeros días del mes eran siempre momentos temidos.

Como acabo de decir, mi padre tenía presente todo: cifras, arreglos, ceremonias, adquisiciones nuevas o cambios operados en sus bienes. Sin haber visitado la sala de oraciones, recién construída en Bolpur, la conocía en sus menores detalles, por los relatos de los que acababan de estar en ella. Su memoria era prodigiosa; cuando un hecho se había inscrito en ella, no se borraba más.

Mi padre había marcado, en un volumen del *Bhagavad Gita*, sus pasajes predilectos. Me pidió que se los copiara, con la traducción. En la casa yo era un chico y nada más; pero cuando me vi honrado con tan importantes funciones sentí toda la gloria de mi nueva situación.

Para aquel entonces, mi famoso cuaderno azul había desaparecido, y un volumen encuadernado, para notas cotidianas, lo había sucedido. Me aplicaba a dar a mis ensayos poéticos la dignidad de un ropaje decente, por consideración no sólo a los poemas, sino al poeta que quería ser ante mis propios ojos. Cuando me puse a escribir versos en Bolpur, me complacía en hacerlo tendido bajo un joven cocotero, actitud que me parecía verdaderamente poética. De ese modo, acostado sobre cascotes limpios, al calor ardiente del mediodía, compuse una balada sobre la *Derrota del rey Prithwi*, desbordante de un espíritu marcial que, con todo, no la salvó de una muerte prematura. El volumen encuadernado siguió las huellas de su hermano, el cuaderno azul, y como él, desapareció sin dejar su domicilio.

Cuando salimos de Bolpur, hicimos breves altos en Sahabgahj, Dinapore, Allahabad y Cawnpore, y llegamos, por fin, a Amritsar.

Un incidente de viaje se grabó en mi memoria. El tren se había detenido en una importante estación, y el guarda

entró para perforar los boletos. Me examinó curiosamente, como si tuviera alguna duda que no se atrevía a expresar; después salió y volvió con un compañero. Por fin, apareció en persona el jefe de estación. Miró mi boleto de medio pasaje, y preguntó:

—¿Este jovencito no tiene más de doce años?

—No — dijo mi padre.

Yo tenía once años, pero parecía de más edad.

—Debe usted pagar pasaje entero por él — declaró el jefe de estación.

Los ojos de mi padre relampaguearon. Sin decir palabra, sacó un billete de banco y lo tendió al empleado. Cuando quisieron devolverle el sobrante lo rechazó desdeñosamente, mientras el jefe de estación quedaba confundido ante la forma en que había sido acogida su duda.

El templo de oro de Amritsar se me presentó como un sueño. A menudo, por la mañana, acompañaba a mi padre a ese santuario de los Sikhs, en medio del lago. Sin cesar resonaban en él cantos sagrados. Sentado entre la multitud de los adoradores, mi padre unía a veces su voz a los himnos de alabanza. Viendo a ese extranjero asociarse así a sus devociones, se producía en todos una cordialidad entusiasta y regresábamos cargados de regalos de azúcar cande y otras golosinas.

Un día, mi padre invitó a uno de los coristas a visitarnos, y obtuvo que nos hiciera oír algunos de sus cantos. Sin duda, aquel hombre se fué más que satisfecho de la recompensa que recibió, pues tuvimos que tomar severas medidas para defendernos, tan insistente fué el ejército de los cantores que amenazaba invadirnos. Como nuestra casa se mostró inexpugnable, idearon tendernos redes en la calle. Cuando salíamos de paseo, por la mañana, veíamos a cada instante aparecer un tambura¹ echado en bandolera sobre una espalda.

¹ Instrumento que da el diapason para entonar un canto.

Esta aparición era para nosotros lo que para la caza volátil la vista del fusil del cazador. Nos volvimos tan prudentes que, desde muy lejos, el sonido del tambura nos ponía en fuga, y nunca más caímos en la red.

Hacia el anochecer, mi padre acostumbraba sentarse en la galería, frente al jardín. Y me invitaba entonces a que cantara. Veo todavía aquella escena. La luna ha salido; a través de los árboles, sus rayos caen sobre el piso de la galería. Con una melodía de Behaga, canto:

*¡Oh, compañero de los instantes más sombríos de la
[vida!...*

Mi padre, con la cabeza inclinada y las manos juntas, escucha con atención intensa.

He dicho cómo lo divertió oír a Srikantha Babu declamar mi primera poesía religiosa. Pero llegó el día en que obtuve la recompensa. En una de las fiestas populares de *Magh*, se cantaron varios himnos compuestos por mí, uno de los cuales empezaba diciendo:

*El ojo no puede verte, a Ti que eres la pupila de
[todos nuestros ojos...*

Mi padre, que estaba en cama en Chinsurah, nos mandó llamar, a mi hermano y a mí, y pidiendo a mi hermano que me acompañara en el armonio, me hizo cantar todos mis himnos, uno tras otro, y algunos dos veces seguidas. Cuando terminé, dijo: "Si el rey conociera la lengua de nuestro país y pudiera apreciar su literatura, recompensaría, sin duda, al poeta. Puesto que no es así, creo que me corresponde a mí hacerlo". Y me tendió un cheque.

Para el regreso de nuestro viaje, mi padre había traído libros de estudio para mí. Escogió primero una vida de Franklin, pensando que esa lectura me agradaría como un libro de cuentos, y sería a la vez cautivante e instructiva. Pronto

vió que se había equivocado. Benjamín Franklin era demasiado hombre de negocios. Su moralidad calculada chocó a mi padre por su estrechez, a tal punto que, a veces, su indignación ante esa prudencia tan sin elevación, se expresaba en términos muy vivos.

Hasta entonces, salvo algunas reglas de gramática memorizadas, no había tenido que vérmelas con el sánscrito. Mi padre me dió de pronto el segundo libro de lecturas sánscritas, haciéndome aprender gradualmente las declinaciones. El amplio conocimiento que tenía yo del bengalí me fué muy útil¹.

Mi padre me alentó desde el principio para que intentara composiciones en sánscrito. Con ayuda del vocabulario adquirido en el libro de lecturas, me arriesgué audazmente a forjar grandes palabras compuestas, enriquecidas a profusión de emes y de eses resonantes. Esto convertía aquella lengua de los dioses en una amalgama infernal. Pero mi padre no se burló nunca de mi temeridad.

Tenía también la astronomía popular de Proctor, que mi padre me explicaba en lenguaje elemental, y que yo resumía en seguida en bengalí.

Entre los libros comprados por mi padre para su propio uso estaba la obra de Gibbon: *Roma*, en 10 ó 12 volúmenes. Esos libros excitaron mi curiosidad, pero me parecieron terriblemente secos. No soy más que un chico, pensaba yo, y naturalmente, tengo que leer muchos libros porque me lo ordenan, pero, ¿cómo una persona grande, que no elige más que lo que le gusta, puede infligirse semejante lectura?

¹ Un gran número de las palabras del bengalí literario están tomadas, sin variación, del sánscrito.

XV

EN LOS MONTES HIMALAYA

DESPUÉS de un mes de estada en Amritsar, partimos, a mediados de abril, para las colinas de Dalhousie. Era tan ardiente mi deseo de ir a las montañas, que los últimos días en Amritsar me parecieron interminables.

Las faldas en forma de terrazas, que atravesamos en *jhampan*, parecían estar en llamas, con el esplendor de las floraciones primaverales. Todas las mañanas partíamos después de un desayuno de leche y pan, y antes de ponerse el sol, llegábamos al *bungalow* siguiente, donde hallábamos abrigo para la noche. Mis ojos, en todo el día, no reposaban un minuto, temiendo que se les escapara el menor detalle. Cuando, en un recodo del camino, el bosque se hacía más denso en una garganta, de entre la sombra de los grandes árboles surgía una menuda cascada, semejante a una niña que brincase a los pies de venerables ermitaños meditabundos, y parloteando al saltar sobre las negras rocas cubiertas de musgo, los portadores del *jhampan* depositaban su carga para descansar. ¡Ah!, ¿por qué —gritaba mi corazón sediento—, por qué era necesario seguir el viaje? ¡Si pudiéramos quedarnos aquí para siempre!

Tal es la gran ventaja de las visiones primeras. El espíritu no prevé que vendrán muchas otras semejantes. Cuando, más tarde, nuestra facultad calculadora está prevenida, se dedica, ante todo, a economizar la atención, y sólo aban-

dona esa avaricia para valorar las cosas que le parecen excepcionales. Por ello, en las calles de Calcuta suelo figurarme que soy un viajero extraño, y sólo entonces descubro cosas que merecen verse y que pasaban inadvertidas ante mis ojos desatentos. Es el hambre de ver realmente algo lo que lleva a las personas a viajar por países extranjeros.

Mi padre me confiaba la custodia de la cajita donde guardaba el dinero. No tenía ningún motivo para creer que fuese yo el guardián más seguro de las sumas considerables que había allí para nuestros gastos de viaje. Por cierto, se habría sentido más seguro, sabiéndolas en las manos de Kishori. Debo suponer que quería crearme el sentido de la responsabilidad. Un día, en el *bungalow* en que parábamos, olvidé devolverle la caja y la dejé sobre una mesa, lo que me valió una reprimenda.

Al terminar cada jornada de viaje, mi padre hacía sacar asientos a la puerta del *bungalow* y en ellos nos instalábamos. En el crepúsculo, las estrellas se encendían, maravillosas en la transparencia del aire de montaña, y mi padre me mostraba las constelaciones, o me hacía el honor de un pequeño discurso de astronomía.

En Bakrota ocupamos una casa situada en la cumbre de la colina más alta. Aunque estábamos cerca del mes de mayo, hacía todavía mucho frío, tanto frío que, del lado de la sombra, el hielo no se había fundido. Un poco más abajo de nuestra casa, se extendía un espacio boscoso, cubierto de inmensos deodares. Con mi bastón herrado me aventuré solo en ese bosque solitario. Los árboles reales se elevaban, como otros tantos gigantes, sobre su espesa sombra; ¡qué vidas inconmensurables habían vivido en el curso de los siglos! ¡Y yo, muchachito nacido ayer, me permitía andar en torno de sus troncos! Creía percibir una presencia enorme, como la de un saurio de las primeras edades de la tierra, criatura fantástica cuyas escamas eran las manchas de luz

y sombra que jaspeaban todo el contorno de los montecitos verdes.

Mi cuarto ocupaba uno de los extremos de la casa. Desde mi cama, por las ventanas sin cortinas, divisaba los lejanos picos nevados, lucientes bajo el claror de las estrellas. A veces, dormido a medias, no sé a qué hora, veía pasar a mi padre, envuelto en un chal rojo, y con una lámpara encendida. Iba a la galería cerrada con vidrieras, donde se sentaba para sus devociones. Después de otro lapso de sueño, lo encontraba a mi cabecera: venía a despertarme antes del alba. Era la hora fijada para aprender de memoria las declinaciones sánscritas. ¡Despertar cruelmente invernal, fuera de la tibieza cariciosa de las sábanas! A la salida del sol, mi padre, después de su oraciones, tomaba conmigo la leche del desayuno; después, mientras yo permanecía de pie a su lado, entraba todavía en comunión con Dios, por el canto de los Upanishads. Salíamos luego para el paseo. Pero ¿cómo seguir sus pasos? Aun otro, de más edad que yo, pronto se hubiera quedado atrás. Al cabo de un momento renunciaba a seguirlo y me volvía a casa, trepando por un atajo.

Al regreso de mi padre, una hora de lección de inglés; después de las diez, un baño helado. Era inútil suplicar a los sirvientes que lo templaran, agregándole siquiera un balde de agua caliente. Para alentarme, mi padre me hablaba de los baños de agua glacial que tomaba en sus años juveniles.

Otra penitencia era beber leche. A mi padre le gustaba la leche y podía tomar grandes cantidades. A mí, fuese por falta de toda disposición hereditaria al respecto, o por los tenaces hábitos infantiles de que he hablado, me era extraña toda apetencia de leche. Por desgracia, la tomábamos juntos. Mi único recurso era la misericordia de los sirvientes. A su compasión —o a su debilidad— agradecía tener mi vaso lleno de espuma hasta la mitad.

Después de la comida de mediodía, las lecciones recomenzaban. Pero era demasiado para un ser de carne y hueso. Mi sueño matinal interrumpido se tomaba el desquite y así sucumbía yo a una somnolencia invencible. Pero si mi padre, compadeciéndose, me liberaba, el sueño desaparecía en el acto, ¡y ya me encontraba en camino para la montaña!

Con mi bastón en la mano, trepaba a menudo bastante lejos, de una a otra eminencia. Mi padre no hacía objeción alguna. Hasta el fin de su vida, pude observar que nunca ponía obstáculo a nuestra independencia. Muchas veces, he dicho o hecho cosas que contrariaban a la vez su gusto y su opinión. Hubiera podido detenerme con una palabra; prefería esperar que el impulso para detenerme llegase de lo interior de mí mismo. Nuestra aceptación pasiva de lo conveniente o correcto no era bastante para satisfacerlo. Quería que amásemos de corazón lo verdadero, y sabía muy bien que una concesión sin amor es vana. Sabía también que si uno se aparta de la verdad, puede volver a encontrar el camino, mientras que la aceptación forzada y ciega levanta en el corazón una barrera, que le cierra el paso para volver a él.

En mi primera infancia, concebí una vez la fantasía de un viaje por la gran ruta de Peshavar, en una carreta tirada por bueyes. Nadie aprobó esta idea, en efecto muy dudosa, desde el punto de vista práctico. Pero cuando la participé a mi padre opinó que era una idea espléndida. ¡Viajar en ferrocarril, qué mediocridad! En seguida se puso a contar sus marchas accidentadas a pie y a caballo: ni una palabra de los riesgos, de peligro ni de incomodidades.

Mucho más tarde, cuando me nombraron secretario de la Adi-Brahmo-Samaj, fuí una vez a casa de mi padre, a su residencia de Park Street, para decirle que yo no aprobaba la regla por la cual solamente los brahmanes estaban autorizados para celebrar el servicio religioso mientras las

otras castas quedaban excluidas de ese privilegio. Mi padre, sin vacilar, me dió permiso para que lo cambiara, si estaba en mi mano hacerlo. Investido de esa autorización, pronto vi que me faltaba poder para realizar la reforma. Había señalado la imperfección, pero no pude crear la organización perfecta. En efecto, ¿dónde hallar a los hombres? ¿Con qué sortilegio atraer a las personas competentes? Después de demoler, ¿cómo construir? Hasta encontrar los hombres capaces, un sistema imperfecto es preferible a la falta de sistema. Esto fué, sin duda, lo que pensó mi padre en la ocasión, pero ni por un momento trató de desanimarme, mostrándome la dificultad. Del mismo modo que me dejaba vagar por las montañas a mi gusto, me dejaba libre para escoger el camino en busca de la verdad. No se asustaba de verme descarriado, ni se alarmaba ante la idea de que podía encontrar sufrimientos en mi ruta. Él tenía en la mano una bandera, no un azote.

A menudo le hablaba yo de nuestra casa. Cuando me llegaba de allí una carta, me apresuraba a mostrársela. Creo que fué la forma de participarle más de una cosa que de otro modo no habría sabido nunca. Él me leía también las cartas que recibía de mis hermanos mayores, y me enseñaba así cómo debería yo, a mi vez, escribirles, pues no desdeñaba ni la forma ni las reglas de cortesía.

Una vez, el segundo de mis hermanos se quejaba en una carta, con fraseología adornada de sánscrito, de estar sobrecargado hasta morir y atado por el cuello al poste del deber. Mi padre me preguntó cómo interpretaba eso. Habiendo oído mi explicación, él me opuso otra. Mi presunción me llevó a obstinarme y a discutir con él. Otro me habría hecho callar con una reprimenda; mi padre me escuchó pacientemente, y se tomó el trabajo de justificar a mis ojos su punto de vista.

Solía contarme rasgos divertidos, anécdotas cómicas de la juventud dorada de su tiempo. Parece que entonces ha-

bía jóvenes elegantes, de tal delicadeza, que las orlas bordadas de las más finas muselinas de Dacca eran demasiado rudas para su piel. Entonces, por un tiempo, el último grito de la moda fué llevar bufandas de muselina con las orlas arrancadas.

Fué también el primero que me contó la historia del lechero acusado de bautizar la leche. Cuantos más inspectores enviaba uno de sus clientes, para vigilar el ordeño, más azul se volvía el líquido. Por fin, el cliente decidió intervenir personalmente, y el lechero le declaró que si enviaba más inspectores, la leche sólo serviría para criar peces.

Así, después de haber pasado algunos meses con mi padre, fuí enviado de nuevo a casa, con Kishori por escolta.

XVI

MI REGRESO

MI partida había roto las cadenas del régimen severo a que había estado sometido. Al regresar, me vi promovido a nuevas prerrogativas. Cuando me tenían cerca, se olvidaban de mí, por el hecho mismo de esa proximidad. Después de mi ausencia, atraje de nuevo la atención.

Ya en el trayecto tuve el anticipo de una consideración inusitada. Viajando solo, seguido de un sirviente, desbordante de salud y de ímpetu, con mi boina bordada de oro que despertaba la curiosidad, fuí objeto de muestras de atención de parte de todos los ingleses que encontrábamos.

Mi llegada no fué solamente el regreso de un viaje, sino el regreso del exilio, del exilio que me había relegado al barrio de los sirvientes. Para entonces obtuve el lugar que me correspondía en los departamentos interiores. Cuando los miembros de la familia se reunían en el cuarto de mi madre, yo ocupaba en el círculo un asiento de honor. Y la más joven de las esposas de la casa comenzó a dispensarme tesoros de afecto y de atención.

Al niño muy pequeño le son prodigados los cuidados amantes de una mujer sin que los pida, y pues le son tan necesarios como el aire y la luz, los recibe sin sentirse agradecido. Cuando crece, hasta desea emanciparse de esos lazos de solicitud femenina. Pero quien ha estado privado de esos cuidados durante sus primeros años, es una criaturita ver-

daderamente desheredada. Tal había sido mi suerte. Así, cuando después de mi educación en el cuartel de los sirvientes me vi de pronto objeto de un afecto femenino de los más tiernos, no pude permanecer insensible.

Antes, cuando los departamentos eran un país lejano para mí, mi imaginación hacía de ellos un paraíso. El *zenana*, que se considera como un lugar de reclusión, era a mis ojos el asilo mismo de la libertad. Allí, ni escuela ni Pandit. Nadie estaba obligado a hacer lo que no le gustaba. A esos ocios se añadía el encanto de cierto misterio. Uno jugaba, trabajaba a su voluntad, sin tener que dar cuenta de sus hechos y hazañas.

Mi hermanita menor, por ejemplo, aunque asistía con nosotros a la clase de Nilkamal Pandit, podía saber sus lecciones bien o mal, sin que resultase diferencia visible en la actitud del maestro hacia ella. A las diez, cuando nosotros los varones debíamos apurarnos a almorzar para estar prontos para la escuela, ella, despreocupada, con la cola de su vestido bullendo tras ella, se retiraba hacia los departamentos interiores, seguida por nuestras miradas de envidia.

Y cuando la nueva esposa, adornada con su collar de oro, hizo su entrada en nuestra casa, el misterio de los departamentos interiores se acrecentó con un nuevo prestigio. Ella, venida de afuera, y convertida en una de nosotros, ella, la desconocida y sin embargo tan próxima, ejercía sobre mí el encanto de una irresistible atracción. Yo ardía por conquistar su simpatía. Pero cuando, después de bastantes combinaciones, conseguía aproximarme a ella, mi hermanita menor se apresuraba a atropellarme diciendo: "¿Qué vienes a hacer aquí, muchacho? ¡Vete afuera en seguida!" El desaliento, agravado de humillación, me causaba un amargo agravio.

Por las puertas-vidrieras de sus cuartos se entreveía toda clase de curiosos objetos, "bibelots" de porcelana o de vidrio, brillantemente coloreados o decorados con arte. Ni siquiera

se nos juzgaba dignos de tocarlos; menos aún tomar prestado alguno de ellos para divertirnos. Esos objetos maravillosos y raros contribuían a realzar para nosotros el prestigio de los departamentos interiores.

Así, con repetidas repulsas, se me tenía a distancia. Lo mismo que el mundo de afuera, ese mundo del interior quedaba inaccesible para mí. Sólo fugitivas noticias me llegaban de él.

Terminadas las lecciones de Aghore Babu, a las nueve de la noche, me retiro.

Una lámpara colgante alumbraba débilmente el largo corredor que conduce de los departamentos externos a los internos. En el extremo de ese pasaje, se dobla hacia cuatro o cinco escalones donde la luz no llega. Por allí, bajo a la galería que reina alrededor del cuadrángulo interior, en el primer piso. Un haz de rayos de luna cae del cielo de oriente en el ángulo oeste de la galería, dejando todo el resto en sombra. En ese rincón alumbrado están reunidos los sirvientes; agachados y en círculo, retuercen restos de algodón para hacer mechas de lámpara, mientras charlan a media voz de cosas de sus aldeas. Más de un cuadro como éste ha quedado grabado en mi memoria.

Después de comer, ablución de los pies y de las manos, en la galería, antes de acostarme en mi gran cama. Entonces una de las sirvientas, Tinkari o Sankari, viene a sentarse a mi cabecera, y canta dulcemente la historia de un príncipe que viaja por una llanura solitaria. Terminado el canto, queda en silencio el cuarto. De cara a la pared, miro las manchas blancas y negras del revoque, desprendido aquí y allá, que vagamente se distinguen en la sombra. Imágenes fantásticas surgen, mientras caigo en somnolencia y me duermo. En mitad de la noche, a veces me despierta a medias el pregón del viejo Swadrup, el sereno, que ronda de galería en galería.

Pero he aquí el advenimiento de un nuevo orden de

cosas. Me veo objeto de esa acogida tan largo tiempo codiciada. Lo que hubiera debido sucederme día tras día, en todo tiempo, me es otorgado súbitamente, a la vez, con lo anterior acumulado. Imposible negar que esto me trastornó.

El pequeño viajero desbordaba con la narración de sus aventuras. A cada repetición, el relato se hacía más libre, hasta que al fin dejó de cuadrar con los hechos. Una historia se gasta, como cualquier otra cosa, y la gloria del narrador se ve disminuída. De modo que es preciso agregar nuevos colores de tiempo en tiempo, para reavivar la frescura.

A mi regreso de las montañas me convertí en el orador principal de las reuniones que mi madre realizaba de noche, al aire libre, en la azotea.

La tentación de adquirir celebridad a los ojos de una madre es tan irresistible, como fácil su adquisición. Así, cuando en la Escuela Normal aprendí que el sol es centenas y miles de veces más grande que la tierra, me apresuré a comunicar esa información a mi madre. Ella podía ver ahí la prueba de que lo que parece pequeño oculta a veces magnitudes considerables. Igualmente le recitaba fragmentos de poesías, citadas en nuestra gramática bengalí como ejemplos de retórica o de prosodia. Ahora, exponía en esas reuniones de la noche las migajas de astronomía recogidas del libro de Proctor.

Kishori, el sirviente de mi padre, había formado parte, algún tiempo, de un conjunto de declamadores populares, que recitaban versiones de Darasathi de nuestros poetas épicos. Cuando estábamos juntos en la montaña, me decía a menudo: "¡Oh, mi hermanito ¹, si hubieras sido miembro de nuestro conjunto, qué sesiones espléndidas habríamos podido tener!" Estas palabras me hacían imaginar la vida

¹ Los sirvientes llaman a su patrón y a su patrona, padre y madre, y a los hijos de éstos, hermanos y hermanas.

encantadora de un músico ambulante, yendo de lugar en lugar, cantando y recitando en todas partes, a lo largo del viaje. Kishori me había enseñado algunas canciones de su repertorio, y esos cantos tuvieron todavía más éxito que mis discursos sobre la fotosfera del sol o sobre las lunas de Saturno.

Pero lo que me daba más prestigio a los ojos de mi madre era que hubiese yo leído, con mi padre, el texto original del Ramayana, la obra de Maharshi Valmiki mismo, en su prosodia sánscrita. (Los habitantes de nuestros cuartos interiores debían, en efecto, contentarse con la versión de ese poema en bengalí, por Krittivasa.) "Léeme alguna cosa de él, te lo ruego", exclamó con alegría, cuando le participé la proeza. Mis lecturas de Valmiki se habían limitado a algunos fragmentos, citados en mi libro de lecturas sánscritas, y aun esos mismos fragmentos no los dominaba del todo. Rastreando en mi memoria, noté que lo que creía saber se había hecho confuso. No tuve el coraje de decir: "Lo he olvidado", a mi madre, que esperaba maravillada y dichosa la prueba de mis magníficos talentos. En mi lectura surgieron graves divergencias entre la intención de Valmiki y mis interpretaciones. Ese sabio de tierno corazón, desde su celeste asiento debe de haberle perdonado al chico su temeridad, causada por su sed de los elogios maternos; pero Madhusudan ¹, el que abate el orgullo, habrá sido menos indulgente.

No pudiendo contener su admiración por mi hazaña extraordinaria, mi madre sintió la necesidad de participarla a todos. "Tienes que leer eso a Dwijendra" (mi hermano mayor), dijo.

"No faltaría más", pensé yo, y alegué todas las excusas imaginables para disuadirla. Mi madre no quiso oír nada.

¹ Nombre de Vishnú bajo su aspecto de vencedor del demonio del orgullo, Madhu.

Mandó a buscar a Dwijendra, y en cuanto entró le dijo: "¡Ven a oír a Rabi leer el Ramayana de Valmiki! Es magnífico".

¡No había escapatoria!... Pero Madhusudan, apiadado, se contentó con infligirme un pregusto de su poder destructor. Mi hermano, sin duda interrumpido en algún trabajo literario predilecto, no mostró ningún deseo de oírme traducir del sánscrito al bengalí. Apenas había leído yo algunos versos, dijo: "Muy bien", y nos dejó.

Después de mi promoción a los departamentos interiores, me fué aún más difícil volver a la vida escolar. Recurrí a mil subterfugios para escapar a la Academia de Bengala. Se hizo entonces, sin mayor éxito, la tentativa de colocarme en San Javier. Después de algunos esfuerzos espasmódicos, mis hermanos mayores resolvieron no esperar nada de mí. Cesaron hasta de reprenderme. "Todos esperábamos—dijo un día mi hermana mayor— que cuando Rabi fuese grande, llegaría a ser alguien. Nos ha decepcionado enormemente."

Yo veía muy bien que, en el círculo de la familia, mi valor estaba en baja. Pero no podía resignarme a quedar encadenado a ese molino escolar, desprovisto de belleza y de vida y que me parecía una horrible combinación de hospital y cárcel.

Me queda, sin embargo, un recuerdo precioso de San Javier: el de sus profesores. No quiero decir que fuesen todos de igual excelencia. En los maestros de mi clase, por ejemplo, no podía yo descubrir ningún rasgo de distinción espiritual; no me parecían superiores, en nada, al término medio de los maestros de escuela: máquinas de enseñar. El mecanismo escolar dispone ya de por sí de un poder implacable; pero cuando se le adapta, como muelas de piedra, un sistema de prácticas religiosas exteriores, es capaz de aplastar totalmente el corazón de la juventud. Tal era el caso de San Javier. Con todo, lo repito, uno de los recuerdos

que de él conservo me hace ver la imagen de sus maestros bajo un aspecto ideal: es el recuerdo del Padre Peranda. Este religioso rara vez tenía algo que ver con nosotros. Si no me equivoco, sólo una vez reemplazó, momentáneamente, a un maestro de nuestra clase. Era español. Cuando hablaba en inglés, parecía molesto por su pronunciación algo defectuosa. Quizá por eso, los alumnos no le hacían caso. Yo creía ver que aquella desatención le era penosa; sin embargo, la soportaba con dulzura día tras día. Mi corazón, no sé por qué, le tomó simpatía. Su rostro carecía de belleza, pero todo su aspecto ejercía sobre mí una atracción singular. Cada vez que lo miraba, su alma parecía orar. Una paz profunda lo penetraba por dentro y por fuera.

Teníamos una media hora para poner al día nuestros cuadernos. A menudo, con la pluma en la mano, estaba distraído y mis pensamientos se volvían errantes. Un día que el Padre Peranda vigilaba la clase, yendo y viniendo detrás de nuestros bancos, debió observar que mi pluma estaba inmóvil. Deteniéndose detrás de mí, se inclinó y puso la mano en mi hombro preguntándome tiernamente: "¿Está usted enfermo, Tagore?" Era una pregunta bien simple, pero no la olvido. Ignoro lo que experimentarían mis camaradas, pero yo, yo sentía en él la presencia de un alma grande. Hoy mismo, su recuerdo me hace el efecto de entrar en la intimidad silenciosa de un templo de Dios.

Otro Padre anciano era querido por los alumnos: el padre Henry. Era profesor de las clases superiores, de modo que yo no lo conocía. Recuerdo, sin embargo, un pequeño incidente a su respecto. Sabía bengalí; un día preguntó a uno de los alumnos de su clase, llamado Nirada, qué significaba ese nombre. El pobre Nirada¹ fué siempre un perfecto indolente; nunca le habían preguntado eso y no estaba

¹ Nirada es una palabra sánscrita que significa nube; nira, quiere decir agua, y da, el dispensador.

preparado para responder. Pero confesar que no se sabe el sentido del propio nombre, cuando el diccionario contiene centenares de palabras difíciles y poco usadas, habría sido tan ridículo como ser aplastado por el propio equipaje. Nirada, sin vacilar, respondió valientemente: "Ni: negación; rode: rayo de sol; Nirode: lo que causa la ausencia de los rayos del sol".

XVII

MIS ESTUDIOS EN CASA

GYAN BABU, un hijo del Pandit Vedantavagish, era entonces nuestro preceptor en casa. Viendo que no conseguiría fijar mi atención sobre los temas de estudio indicados en el programa escolar, me llevó a otro camino: me hizo emprender la lectura del *Nacimiento del dios de la guerra*, por Kalidasa, traduciéndome a la par el texto. Después, me leyó *Macbeth*, explicándome primero un pasaje en bengalí y encerrándome luego en la sala de estudio hasta que lo hubiese vertido en verso. A continuación me hizo traducir al bengalí todo el drama. Por fortuna, la traducción se extravió, y el peso de la responsabilidad por esa obra no se agrega a mi *Karma*.

El Pandit Ramsarvaswa tenía entonces por tarea vigilar nuestros progresos en el estudio del sánscrito. También él renunció pronto a la carga estéril de iniciar en la gramática a un alumno tan reacio como yo, y en su lugar, me hizo leer *Sakuntala*. Un día se le ocurrió mostrar mi traducción de *Macbeth* al Pandit Vidyasagar, y me llevó a casa de ese hombre célebre. Rajkrishna Mukhieji estaba precisamente visitándolo. Mi corazón latía con fuerza en el gabinete de trabajo del gran Pandit, una pieza completamente llena de libros. La cara severa del maestro no contribuyó a tranquilizarme. Pero como era mi primera audiencia en casa de un personaje tan eminente, experimentaba un ardiente deseo de

distinguirme. Tuve, me parece, motivos para entregarme a un acceso de entusiasmo a mi regreso. Rajkrish Babu, por el contrario, se contentó con exhortarme a presentar el lenguaje de las hechiceras con un ritmo diferente al que adoptaba para los personajes humanos.

En mi infancia, la literatura bengalí era de bastante pobre envergadura, y creo que yo había absorbido todos los libros legibles e ilegibles que entonces se podían conseguir. Las obras destinadas a la juventud no habían adquirido aún un carácter distintivo, pero juzgo que ello no me causó perjuicio alguno. El flúido acuoso en que se deslíe hoy el néctar literario, para servirlo a los jóvenes, se adapta, por cierto, a la puerilidad de los lectores, pero para nada tiene en cuenta sus facultades en vías de desarrollo. Los libros para niños deberían estar concebidos de tal modo que sus lectores pudieran comprender una parte, mientras otra escapara a su entendimiento. En nuestra infancia, leíamos todos los libros a que podíamos echar mano. Lo que comprendíamos y lo que quedaba incomprendido, seguían trabajando juntos en nuestro espíritu. Del mismo modo obra el mundo sobre la inteligencia infantil. La joven mentalidad asimila lo que comprende, y lo que la excede la lleva un paso más lejos.

Cuando aparecieron las sátiras de Dinabandhu Mitra, no había llegado yo a la edad en que ese libro pudiera convenirme. Una de mis parientas leía un ejemplar, pero a pesar de mis instancias, no conseguí que me lo prestara. Guardaba el volumen bajo llave. El hecho de no poder conseguirlo lo hizo más deseable a mis ojos, tanto que, perdida la paciencia, lancé la audaz apuesta de que leería ese libro costase lo que costase.

Una tarde, mi prima jugaba a las cartas, y sus llaves, anudadas a una punta del *sari*, estaban echadas por encima de su hombro. Nunca había prestado yo la menor atención a las barajas; a decir verdad, no podía sufrir esos juegos.

Nadie lo hubiera pensado ese día, al verme absorto en la observación de los jugadores. Por fin, en el momento culminante en que uno de ellos anunciaba un flux, aproveché la ocasión para deshacer el nudo que sujetaba las llaves. No estuve muy diestro y la excitación me hizo temblar. Fuí sorprendido in fraganti. La propietaria del *sari* y de las llaves quitó sonriendo la falda de tela de su hombro, y poniéndola sobre sus rodillas, continuó jugando. Pero entonces recurrí a una estratagema: Mi prima tenía predilección por el *pan*¹. Se me ocurrió ofrecerle un poco. Al cabo de un momento, tuvo que levantarse, para deshacerse de la hoja masticada, y al hacerlo, la falda del *sari* resbaló de sus rodillas. Hubo que echarla atrás y esta vez las llaves fueron robadas; el ladrón se esquivó y no tardó en devorar el libro. Mi prima quiso retarme, pero no pudo, porque nos atacó una risa loca.

El doctor Rajendranai Mitra editaba entonces una revista mensual ilustrada. El tercero de mis hermanos tenía en su biblioteca la colección de un año, encuadrada en un volumen. Conseguí apoderarme de ella y recuerdo la deleitación que experimentaba leyéndola y releyéndola, desde el principio hasta el fin. Más de una tarde de vacaciones transcurrió entera, acostado yo en mi cama, con el grueso volumen cuadrado apoyado en mi pecho, leyendo los relatos de la ballena del Narval, o cómo se administraba la justicia entre los antiguos Kasis, o la historia novelesca de Krisna-Kumari. ¿Por qué no tenemos hoy este género de revistas? Se nos dan artículos de filosofía o de ciencia, o si no, insípidas novelas y fastidiosos relatos de viajes, pero nunca esa miscelánea sin pretensiones, que ofrece a quienquiera que sea, un menú sencillo y satisfactorio, procurando así el mayor placer posible al número más grande de lectores.

Un pequeño periódico, intitulado *Abodhabandi* (El Ami-

¹ Hoja de betel que se masca con especias.

go del Ignorante), cayó en mis manos. Descubrí una colección de él en la biblioteca de mi hermano mayor y día tras día lo devoré, sentado en el umbral de un gabinete de estudio que daba sobre una terracita, hacia el sur. Allí se produjo mi primer encuentro con los poemas de Viharila Chakravarti que entonces me gustaron más que cualquier otro. Su lirismo sin artificio, como un sonido de flauta, evocaba en mí la música de los campos y de los claros de bosque. Allí encontré una traducción patética de *Paul et Virginie*, sobre la que vertí más de una lágrima. El mar espléndido, los bosques de cocoteros en las playas, las colinas donde brincaban las cabras montañosas, ¡qué espejismo para contemplar desde una azotea de Calcuta! Y más lejos, ¡oh!, los amores románticos que se desarrollaban en los senderos de aquella isla solitaria, entre el joven bengalí y la pequeña Virginia con su abigarrado pañuelo en la cabeza.

Vino después el *Bangadarsan* de Bankim, que me tomó por asalto el corazón. Era duro esperar la continuación en el próximo número; pero esperar, además, a que todos mis mayores hubiesen terminado de leerlo, ¡eso colmaba la medida! Hoy, cualquiera devora de un bocado todo el *Chandrashekhar*, o el *Bishabrisha*, pero cuando aparecieron esos relatos, ¡qué impacencias y qué anticipaciones, qué arrobamiento concentrado en esos cortos instantes de lectura seguidos de largos intervalos en los que se rumiaba cada episodio al infinito, en espera del siguiente! ¡Qué mezcla de placer gustado y de deseo insatisfecho, de curiosidad ardiente y de apaciguamiento! Ya nadie conocerá nunca las prolongadas delicias que proporcionaban esas publicaciones por entregas.

También me interesaron mucho las compilaciones de nuestros poetas antiguos, publicadas por Sarada Mitter y Akshay Sarkar. Nuestros hermanos estaban suscritos, pero las leían irregularmente, de modo que yo podía obtenerlas sin trabajo. La extraña lengua Maithili de Vidyapati me cautivaba, por ininteligible. Me ingeniaba para descubrir el

sentido sin recurrir a las notas del compilador. Anoté en un cuadernito las palabras más oscuras, con su traducción, y también algunas particularidades gramaticales.

XVIII

EL CÍRCULO DE MI FAMILIA

UNA de las grandes ventajas que tuve en mis años juveniles fué la atmósfera artística y literaria que se respiraba en nuestra casa. Muy niño aún, ya me asomaba por encima de la balaustrada de la galería que daba frente al edificio aislado, donde estaban los salones de recepción. Todas las noches, esos departamentos estaban alumbrados. Soberbios carruajes se adelantaban bajo el pórtico, y a cada rato llegaban o se iban visitantes. No pudiendo adivinar qué pasaba allí, miraba durante mucho tiempo las ventanas y puertas iluminadas. El espacio que me separaba era mínimo, pero un abismo se extendía entre esas luces y mi pequeño mundo infantil.

Mi primo Ganendra había encargado al Pandit Tarkaratna que compusiera un drama que se puso en escena en nuestra casa. Su entusiasmo por las letras y las artes no tenía límites. Él era el centro de un grupo que trabajaba deliberadamente, entonces, para preparar el renacimiento que se manifiesta hoy. Había dado la señal de un nacionalismo pronunciado en el traje, la literatura, la música y el arte dramático. Sus estudios abarcaban la historia de los diferentes pueblos y había emprendido la redacción de una obra histórica sobre Bengala, que no pudo terminar. El drama sánscrito *Vikramorvasi* fué traducido por él, y bastantes himnos hoy muy conocidos, él los compuso. Puede

afirmarse que fué él quien dió el primer impulso a los autores de nuestros poemas y cantos patrióticos. En el momento de que hablo, el *Mela* hindú se celebraba todos los años, y se escuchaba este canto, cuyo autor era mi primo: "Me avergüenzo al cantar las glorias de la India".

Yo no era más que un niño cuando Ganendra murió, en todo el esplendor de su juventud. Pero ninguno de quienes lo vieron una sola vez, pudo olvidar nunca su bella, grande y noble figura. Su influencia era irresistible. Atraía y retenía en su torno a personas que ya no podían dejarlo. Era uno de esos hombres, de tipo particular de nuestro país, que por su magnetismo personal llegan a ser el centro de su familia o de su aldea. En otros países, donde existen agrupaciones políticas, sociales o comerciales, hombres tales se colocan como jefes de la vida nacional. Entre nosotros, ese genio especial, que organiza a los hombres en cuerpos colectivos, se desperdicia miserablemente. Es tan lamentable como hacer de una estrella un fósforo.

Me acuerdo todavía más de Gunendra, el hermano menor de Ganendra. Él también llenaba la casa con el prestigio de su personalidad. Parientes, amigos, invitados, subordinados, todos encontraban igual lugar en su gran corazón generoso. Era la hospitalidad en persona, cuando presidía reuniones en su gran galería del sur, o sobre el césped, cerca de la fuente, o al borde del estanque, en la plataforma destinada a la pesca. Su apreciación luminosa de las capacidades artísticas y los talentos lo mantenía en una continua radiación de entusiasmo. Era el mecenas siempre pronto a patrocinar cualquier nuevo proyecto de festejo: una excursión, una representación teatral, u otra diversión, que nunca dejaba de tener éxito bajo sus auspicios.

Nosotros éramos demasiado jóvenes para participar en ninguna de esas actividades, pero la ola de regocijo y animación que levantaban, repercutía en la puerta de nuestra curiosidad. Una vez, se repetía en el gran salón de mi primo una

comedia compuesta por mi hermano mayor. Desde nuestro puesto de observación, contra el parapeto de la galería, por las ventanas abiertas de la casa de enfrente, oíamos las carcajadas mezcladas a las coplas de una canción burlesca. Hasta percibíamos, de cuando en cuando, alguna de las bufonadas de Akshay Mazumdar. Incapaces de captar de qué se trataba en esas cancioncitas, nos consolábamos con la esperanza de saberlo alguna vez.

Una circunstancia insignificante me conquistó la estima particular de mi primo Gunendra. Nunca, salvo una vez por buena conducta, obtuve premio en la escuela. De nosotros tres, Satya era el mejor estudiante. Un día, por haber dado un buen examen, le fué discernido un premio. Al regreso, salté vivamente del coche para anunciar esa gran noticia a mi primo, que estaba en el jardín. "Satya ha recibido un premio", exclamé, corriendo hacia él. Atrayéndome a sus rodillas y sonriendo, me preguntó: "¿Y tú no has tenido también un premio?" —"No —le dije—, yo no, Satya". El placer que me causaba el éxito de Satya pareció conmoverlo. Volviéndose hacia sus amigos, lo hizo notar con elogio, y con gran asombro mío, pues yo no había considerado mi sentimiento bajo ese aspecto. Esta recompensa, que me tocó por no haber ganado recompensa, no me hizo bien. No es saludable para un chico que se lo haga consciente de sus méritos.

Después de la comida de mediodía, Gunendra tomaba parte en las conferencias sobre negocios, en las oficinas de la propiedad, situadas en el cuerpo de edificio habitado por nosotros. Esas oficinas de nuestros hermanos mayores eran una especie de club, donde la conversación y las bromas alternaban con el examen de los negocios. Mi primo se estiraba en un sofá, y yo aprovechaba la ocasión para acercarme a él.

Él me contaba, con gusto, episodios de la historia de la India. Un día me asombró mucho refiriéndome cómo Clive,

después de haber establecido en las Indias la supremacía británica, volvió a su país y a poco se degolló. Aquí un gran hecho histórico realizado, y allá, una tragedia oculta en el sombrío misterio de un corazón humano. ¿Cómo explicar ese derrumbamiento, en el momento mismo de un éxito exterior tan grande? Durante todo el día, aquel problema se agitó en mi espíritu.

A veces, mi primo Gunendra no podía seguir ignorando el contenido de mi bolsillo. Al más ligero signo de aliento de su parte, sacaba sin avergonzarme mi volumen manuscrito. No hay por qué ocultar que mi primo no era un crítico feroz. Sus apreciaciones habrían hecho buen papel como propaganda. Pero cuando la infantilidad se delataba demasiado en mi poesía, mi primo no podía contener un alegre: ¡Ja!, ¡ja!

Una vez, en un poema titulado *Nuestra madre, la India*, al final de una línea me fué imposible hallar otra rima que una palabra que significaba carreta. Me vi, pues, obligado a introducir esa carreta sin el menor rastro de camino por donde conducirla. La exigencia de la rima permaneció inexorable ante todos los argumentos de la razón. Pero la carcajada con que mi primo Gunendra acogió esa carreta la hizo tomar el camino insólito por donde había venido, y ya no se oyó hablar de ella.

El mayor de mis hermanos trabajaba entonces en su obra maestra: *Viaje del ensueño*. Se instalaba en su sillón cubierto de almohadones, en la galería del sur, ante un pupitre poco elevado. Gunendra pasaba allí, todas las mañanas, algunos momentos con él; como una brisa de primavera, su inmensa capacidad de goce hacía brotar la poesía. Mi hermano, alternadamente, escribía y leía en alta voz lo que acababa de escribir. La galería temblaba con las carcajadas desatadas por su fantasía. Su imaginación poética era tan fecunda, que escribía mucho más de lo que luego podía introducir en su obra. Las páginas suprimidas, inutilizadas

para el *Viaje del ensueño*, yacían dispersas por todo rincón de la casa, como las superfluas hojas del mango que tapizan el suelo, en primavera, a la sombra del gran árbol. Si se las hubiese recogido, esas páginas adornarían hoy nuestra literatura de Bengala, como una cesta de flores.

Escondidos detrás de las puertas, u ocultos en los rincones, gozábamos aparte de festines poéticos, copiosos y desbordantes. Mi hermano estaba entonces en el cenit de su magnífico talento. De su pluma se esparcían, onda tras onda, las olas de un mar de imágenes, de rimas, de estrofas, que, como una marea, inundaban sus playas en el triunfo de una alegría exuberante.

¿Comprendíamos del todo el *Viaje del ensueño*? ¿Necesitábamos comprenderlo para gozar con él? No llegaríamos, sin duda, a los tesoros del fondo de los mares. ¿Qué habríamos hecho con ellos si hubiésemos llegado? Pero nos deleitábamos con las olas que se rompían sobre la playa, y a su impulso, se lanzaba gozosa, y corría en nuestras venas, la sangre de nuestros corazones.

Cuanto más pienso en esa época, más y más veo que ya no tenemos lo que se llamaba entonces un *mujlis*¹.

Asistimos, en nuestra infancia, a la decadencia de esa sociabilidad íntima, característica de la generación que nos precedió. Las relaciones de vecindad eran tan amistosas, que las reuniones de los *mujlis* respondían a una necesidad, y quienes podían contribuir a animarlas se veían festejados en todas partes. Hoy las personas se visitan por asuntos de negocios, o por obligación social; ya no, como en los *mujlis*, por el placer de verse. Ahora no tienen tiempo para eso, y las relaciones no son bastante íntimas. ¡Qué idas y venidas observábamos, qué alegres rumores de conversación, qué olas de risa resonaban en los salones y galerías! Ha desapare-

¹ En bengalí, esta palabra significa una reunión familiar sin invitación.

cido esa facultad, que tenían nuestros mayores, de convertirse en el centro de grupos animados, de atraer y de sostener placenteras conversaciones. Las personas van y vienen todavía, pero esas mismas galerías y esos mismos salones parecen desiertos.

En aquella época, todo, desde el moblaje hasta los programas de las fiestas, estaba destinado al placer de la mayoría; lo que podía haber allí de magnificencia o de pompa no daba nunca la impresión de un rebuscamiento orgulloso o altanero. Los accesorios han aumentado mucho desde entonces, pero las personas se han vuelto frías, e ignoran hoy el arte de dejar igualmente complacidos a grandes y pequeños, a eminentes y modestos. A las personas pobremente vestidas ya no se les permite participar con toda libertad por la sola simpatía de sus rostros amables. La gente a quien tratamos de imitar, en la construcción y el arreglo de nuestras moradas, tiene su propio género de sociabilidad y hospitalidad. Pero la desgracia es que hayamos olvidado nuestros usos, sin haber podido crear otros nuevos, sobre los modelos de Europa, y en consecuencia, nuestras casas han perdido la alegría. Todavía nos reunimos con fines políticos o de negocios, pero ya no por el placer de encontrarnos. Ya no nos ingeniamos para crear ocasiones de invitar a ciertas personas por la sola razón de resultarnos gratas. No puedo imaginar nada más feo que esta sociabilidad mezquina, y cuando, mirando hacia atrás, reconozco a los que por su alegría cordial nos aliviaban antes el trá-fago de los cuidados cotidianos, me parece estar viendo aparecidos.

XIX

CAMARADERIAS LITERARIAS

TENIA yo en esa época un amigo que fué ayuda inestimable para mis progresos literarios. Akshay Chowdury, en otro tiempo compañero de clase de mi cuarto hermano, había obtenido el grado de Maestro de Artes en literatura inglesa, rama de estudios a la que dedicaba un amor tan grande como la erudición que en ella había adquirido. Por otra parte, amaba con la misma intensidad a nuestros antiguos escritores de Bengala y a los poetas Vaishnava, y conocía centenares de cantos bengalíes de autores ignorados, que entonaba en alta voz, indiferente a la melodía, al efecto producido, y aun a las muestras inequívocas de desaprobación. Nada podía impedirle que batiera fuertemente, con los dedos, el compás de la música, en la mesa o el libro más cercano, tal vez para estimular una apreciación más viva en el auditorio.

Estaba dotado de una capacidad sin límites para extraer alegría de todo lo que se presentase, absorbiendo cada partícula de placer con avidez pareja al entusiasmo que ponía en seguida en celebrarla. Con brío extraordinario improvisaba versos líricos y producciones musicales, no desprovistos de mérito, pero a los que no demostraba el menor amor propio de autor. No le preocupaba saber dónde iban a dar los montones de hojas de papel que garabateaba con el lápiz. Su talento le era indiferente en la misma medida de su

fecundidad. Una de sus obras más importantes fué muy apreciada cuando apareció en el *Bangadarsan*, pero he oído sus cantos repetidos por infinidad de personas, que no conocían la procedencia.

Un sincero entusiasmo por la literatura es cosa mucho más rara que la erudición. Y en casa de Akshay Babu era lo que estimulaba en más alto grado mis facultades de apreciación. Mi amigo no era menos generoso de su amistad que de sus críticas literarias, y mientras en medio de extraños parecía un pez fuera del agua, rodeado de amigos ignoraba las diferencias de edad y de madurez de espíritu, tanto y tan bien, que con nosotros, muchachitos, él era un muchachito. Cuando se retiraba de los *mujlis* de mis hermanos mayores, tarde ya, yo le salía al paso y lo llevaba a nuestra sala de estudio. Allí, sentado sobre la mesa, desplegaba su más genial alegría para hacerse el alma de nuestro pequeño círculo. ¡Cuántas veces lo oí allí comentar con fervor alguna obra poética inglesa, empeñarse en ardientes controversias o entregarse a brillantes disertaciones! Otras veces, le leía mis versos, y era abundantemente recompensado por sus elogios.

Otro factor de primera importancia en nuestra educación emocional y literaria fué mi cuarto hermano, Jyotirindra. Entusiasta él mismo, le gustaba cultivar el entusiasmo en los demás. No admitió nunca que nuestra diferencia de edades fuese algún obstáculo en nuestra identidad de afectos y pensamientos. Ningún otro me habría consentido el privilegio de libertad que así me concedía; muchos hasta lo vituperaban por ello. Gracias a esas amistosas relaciones, me fué posible sacudir ante él la reserva de una sensibilidad recelosa, lo que me resultó tan saludable, después de la represión rigurosa sufrida en mi infancia, como las nubes del monzón para la tierra, después de un verano de sequía. Si yo no hubiese podido desentumecerme así las coyunturas, habría podido quedar anquilosado para toda la vida.

Los que detentan la autoridad no cesan de alegar los abusos a que la libertad puede conducir, como una razón para rehusarla. Pero, sin esa posibilidad de abuso, la libertad no sería tal. El único modo de aprender a usar una cosa como conviene, es usarla mal. Por lo que a mí toca, puedo afirmar que todas las pequeñas desgracias que resultaron de mi libertad, me llevaron a encontrar el modo de repararlas. Nunca asimilé lo que se quería imponerme a la fuerza, ni en el sentido propio ni en el figurado, y no recogí más que pesadumbre mientras no se me dejó sin sujeciones.

Mi hermano Jyotirindra me permitía seguir libremente el camino hacia el conocimiento de mí mismo; ello permitió a mi naturaleza prepararse para dar sus espinas, pero también sus flores. Esta experiencia me enseñó a temer menos el mal, que los esfuerzos tiránicos por hacer el bien. Siento saludable horror por la policía correccional, lo mismo política que moral. El estado de sometimiento que engendra es una de las peores formas de cáncer que la humanidad puede sufrir.

En aquel tiempo, mi hermano pasaba días enteros al piano, absorto en la composición de nuevos cantos. Torrentes de melodías surgían bajo sus dedos, en tanto que Akshay y yo, sentados a su lado, nos apresurábamos a adaptar palabras a la música, a medida que tomaba forma, para fijarla en la memoria¹.

Tal fué mi aprendizaje de compositor de cantos. Cuando nos acercábamos a la adolescencia, se hacía mucha música en nuestra familia. La ventaja que obtuve fué aprenderla sin esfuerzo, e impregnar todo mi cuerpo con ella. Pero la desventaja fué que no adquirí el dominio técnico, fruto de un estudio graduado y continuo. No llegué a ser, en grado alguno, lo que se llama un virtuoso.

¹ Entonces, la notación musical no se empleaba en Bengala. Uno de los sistemas de notación más generalmente usados hoy fué inventado, más tarde, por el hermano que aquí menciona el autor.

Desde mi regreso del Himalaya, todo contribuía a emanciparme cada vez más. La tiranía de los sirvientes había terminado. Me ingenié de mil modos para relajar las cadenas de la escuela; y nuestros preceptores en casa tenían poco imperio sobre mí. Gyan Babu, después de haberme piloteado de modo bastante errabundo a través del *Nacimiento del dios de la guerra*, y de una o dos obras más, nos dejó para dedicarse a la carrera jurista. Braja Babu, que lo reemplazó, me propuso desde el primer día traducir *El Vicario de Wakefield*. Al comprobar que ese libro no me disgustaba, se creyó alentado para planear el acrecentamiento de mis conocimientos. Pero desde que lo noté, me esquivé y me mantuve a distancia.

Mis hermanos mayores, como he dicho, ya no esperaban nada de mí. Ni ellos ni yo nos preocupábamos por mi porvenir. Podía, pues, dedicarme con toda libertad a llenar las páginas de mi cuaderno manuscrito. Las producciones que allí se reunieron fueron lo que era de esperar. Mi espíritu no contenía más que vapor recalentado. Las burbujas del vapor giraban en un vórtice fantasmagórico, sin objeto ni sentido; se hinchaban, reventaban y se resolvían en espuma. La poca sustancia que podía hallarse allí no me pertenecía, había sido tomada de otros: tan sólo la inquietud y la tensión hirviente provenían de mi propio fondo. Y cuando el movimiento se desata entre fuerzas no equilibradas, resulta el caos.

Mi cuñada¹ tenía pasión por la literatura. No leía para matar el tiempo; las obras bengalíes que iba conociendo agitaban su espíritu. Yo me asociaba a sus designios literarios. Ella consagraba al *Viaje del ensueño* una admiración profunda. La mía no lo era menos. Habiendo crecido en la atmósfera en que esa obra nació, las fibras de mi corazón estaban como envueltas por sus bellezas. Por fortuna aquella obra poética excedía tan completamente mi poder de imita-

¹ La joven esposa del cuarto hermano, antes mencionado.

ción, que nunca concebí la idea de ensayar nada parecido.

El *Viaje del ensueño* se podría comparar a un edificio alegórico, lleno de salas innumerables, de vestíbulos, de antecámaras, ornamentado de esculturas y cuadros, de concepción tan noble, como perfectos en su ejecución técnica. Y todo alrededor, jardines en profusión, plantíos, fuentes y umbrías. Allí no solamente se despliegan el pensamiento poético y la imaginación; también la riqueza y la diversidad de la lengua participan de lo maravilloso. La facultad creadora, en obra tan acabada hasta en sus menores detalles, parece, en verdad, prodigiosa. Yo estaba tan convencido de ello, que la idea de imitarla no podía presentármese.

La revista *Arya Darsan* publicaba entonces una serie de poemas de Viharilal Chakravarti, titulados: *Sarada Mangal*, que encantaban a mi cuñada. Aprendió de memoria muchos, y a menudo invitaba a nuestra casa al autor, a quien obsequió una vez una silla con almohadones bordados por su mano. Así tuve ocasión de relacionarme con ese poeta, quien me honró con mucho afecto. Comencé a frecuentar su casa a toda hora, por la mañana, a mediodía, a la noche. Su corazón era tan grande como alta su estatura; parecía rodeado de una aureola poética, como de un cuerpo astral, que reflejaba su verdadera imagen. Radiaba siempre alegría creadora, y algo de ella recibía yo cada vez que iba a verlo. Lo sorprendía en su cuartito, en el primer piso, extendido en el suelo liso de cemento, en medio del gran calor del mediodía, y escribiendo poemas. Me acogía, a mí que era un chico, con tan cordial bienvenida, que me le acercaba sin la menor timidez. En el éxtasis de la inspiración, sin pensar en lo que lo rodeaba, me leía sus versos o me cantaba sus cantos, con voz no muy diestra, pero que quedaba bastante bien al carácter de la melodía. Cuando, con los ojos cerrados, elevaba aquella voz vibrante y profunda, la expresión de su canto suplía la falta de arte de la ejecución. Todavía me parece oírlo cantar así. Otras veces le

cantaba yo melodías que había compuesto para sus poemas.

Era un gran admirador de Valmiki Kalidasa. Después de haber recitado en alta voz una de sus descripciones del Himalaya, me dijo un día: "Observa esta sucesión sonora de la misma vocal prolongada: a, a, a; no es fortuita. El poeta repite de intento este sonido en todo el pasaje, desde Devatatma hasta Naghdiraja, para evocar en el lector la impresión de los espacios inmensos del Himalaya".

Mi mayor ambición, entonces, era llegar a ser un poeta comparable a Vihari Babu. Y tal vez habría llegado a creer que escribía como él, si mi cuñada, su admiradora ferviente, no se hubiese propuesto desengañarme, repitiéndome sin cesar una sentencia sánscrita: "Quien aspire indignamente a la gloria poética, tendrá que huir, perseguido por las pulgas". Temerosa de que la vanidad se apoderase de mí, pocas veces dispensaba elogios a mis dones poéticos, en tanto que no dejaba de alabar a algún otro a mi costa. También me convencí pronto de los serios defectos de mi voz, y me asaltaron dudas respecto a mis aptitudes poéticas. Sin embargo, en adelante fué la poesía el único dominio en que pude conservar alguna estima de mí mismo, y me era imposible dejarme apartar de ella por la opinión de nadie. Por lo demás, mi impulso interior era tal, que nada en el mundo habría podido detenerme en mis tentativas.

XX

YO PUBLICO...

Mis escritos habían quedado hasta entonces confinados en el círculo de la familia. Pero en ese momento surgió una revista mensual titulada *Gyanankur* (El saber en brote) y como para justificar su nombre, aquella publicación solicitó el concurso de un embrión de poeta; comenzó a publicar, sin distinción, todas mis lucubraciones, tanto que aun hoy, en un rincón de mi espíritu, se oculta una aprensión: ¿Qué pasaría si, en el día del juicio, un agente de policía literaria emprendiese una inquisición en la *zenana*¹ de las publicaciones olvidadas y exhibiera esas producciones a los ojos despiadados del público?

Mi primer escrito en prosa vió la luz también en las hojitas del *Gyanankur*. Era una crítica literaria, y tiene su pequeña historia.

Acababa de aparecer una colección de poemas titulada *Bhubanmohini Pratibha* (El genio de Bhubanmohini). Akshay Babu, en el *Sadharani* y Bhudab Babu, en *La Gaceta de la Educación*, saludaron con entusiasmo la aparición del nuevo poeta. Al mismo tiempo, un amigo mayor que yo me mostraba cartas dirigidas a él, y firmadas Bhubanmohini. Él también estaba bajo el encanto del libro y con frecuencia

¹ Nombre hindú del harén o gineceo.

enviaba al autor, que se decía era una mujer, ofrendas respetuosas de libros o de telas ¹.

Pero algunos de esos poemas eran tan poco circunspectos en el pensamiento y las expresiones, que yo no podía creer que su autor fuese una mujer. Las cartas que me habían comunicado me hacían más intolerable esa idea. Sin embargo, mis dudas no turbaban el culto que mi amigo rendía a su ídolo.

Entonces me sentí impulsado y me puse a hacer la crítica del novel escritor. Me atreví, sin ninguna vergüenza, a señalar, con pretendida erudición, los rasgos que distinguen la poesía lírica de otros géneros de composiciones poéticas, prevaliéndome del hecho de que bajo páginas impresas se disimula muy bien la medida verdadera del saber de un autor.

Mi amigo se presentó pronto, muy irritado, y con indignación me anunció que un B. A. (Bachiller en letras) iba a publicar una réplica. ¡Un B. A...! Quedé mudo. Me sobrecogió una emoción como la que tuve cuando Satya me había anunciado un gendarme. Ya veía, en mi imaginación, venirse abajo el edificio de mis sutiles distinciones, bajo el asalto de citas irrefutables, y la puerta por donde podía presentarme al público, cerrada ante mí para siempre.

¡Mi pobre crítica, ¡ay!, bajo qué nefasta estrella te había puesto en el mundo! Un día siguió a otro, en los trances de una expectación ansiosa. Pero exactamente como el gendarme de Satya, el B. A. nunca se mostró.

¹ Se acostumbra ofrecer telas para vestiduras, como signo de afecto u homenaje.

XXI

BHANU SINGHA

ESTUDIABA yo entonces con ardor las obras de los antiguos poetas Vaishnava, reunidas y publicadas en series por Akshay Sarkar y Saroda Mitter. Apenas las comprendía, pues esos escritores se expresaban en una lengua mezclada con numerosos términos Maithilis. La dificultad aguijoneaba mi celo y frente a esos poemas me dominaba una curiosidad intensa, como ante el embrión acurrucado en el centro de una semilla antes de su germinación, o frente a la idea de los secretos que nos oculta la corteza terrestre. En tanto me sumergía cada vez más en la oscuridad de esos tesoros, la esperanza de descubrir en ellos alguna joya poética todavía ignorada, sostenía mi entusiasmo.

Mientras me encariñaba con ese trabajo, tuve la idea de envolver también mis poesías en un ropaje misterioso... Akshay Chowdury me había hablado del poeta inglés Chatterton, muchacho como yo. Sus obras me eran desconocidas; sin duda mi preceptor también las ignoraba: si las hubiésemos conocido, quizá la historia de su autor habría perdido su prestigio. El elemento melodramático contenido en el relato fué lo que me cautivó. Chatterton, me dijo, había imitado los clásicos con perfección tal, que gran cantidad de lectores se habían engañado. Y el desgraciado muchacho, al cabo, había puesto fin a sus días. Dejando de lado el suicidio, resolví hacerle competencia en sus hazañas.

Un día que espesas nubes tamizaban gratamente el ardor

de mediodía, acostado en mi cama para la siesta, me puse a escribir en una pizarra una imitación de poema en Maithili. Encantado con mi obra maestra, me apresuré a leérsela al primero que me salió al paso. Éste, que no corría riesgo alguno de comprender ni una palabra, no pudo, en consecuencia, más que aprobar gravemente con la cabeza, diciendo: "Bien, muy bien".

Con todo, al amigo que he mencionado más arriba le dije un buen día: "Acaba de descubrirse, haciendo indagaciones en la biblioteca de Adi-Brahmo-Samaj, un viejo manuscrito deteriorado, del cual he copiado algunos versos. El autor es un antiguo poeta Vaishnava, llamado Bhanu Singha ¹.

En seguida le leí algunas de mis imitaciones. Quedó profundamente impresionado. "Esos versos —exclamó en su entusiasmo— no habría podido escribirlos Vidyapati mismo, ni Chandidas. Tienes que darme ese manuscrito para Akshay Babu, quien lo publicará." Entonces, abriendo mi cuaderno, le mostré de un modo concluyente que, en efecto, esos poemas no podían haber tenido por autor a Vidyapati ni a Chandidas, puesto que su autor era yo. Mi amigo, desconcertado, murmuró: "¡Bueno, bueno, eso no está mal!"

Cuando esos poemas de Bhanu Singha aparecieron en el *Bharati*, el Dr. Nishikanta Chatterjee vivía en Alemania, y preparaba una tesis sobre la poesía lírica de la India comparada con la de Europa. En ese trabajo se dió un lugar de honor a Bhanu Singha, como a uno de esos poetas antiguos que ningún escritor moderno puede lisonjearse de igualar. Y fué esta tesis la que valió a Nishikanta Chatterjee el grado de doctor en filosofía.

Sin embargo, lo juro, si los escritos de Bhanu Shinga me hubieran caído entre manos en la edad viril, no me

¹ Los poetas Vaishnava tenían costumbre de introducir en la última estrofa de sus poemas su nombre, a guisa de firma. Las palabras Bhanu y Rabi significan ambas: sol.

habría engañado. La lengua habría podido engañarme, tal vez, pues nuestros antiguos poetas no escribían en su idioma materno; usaban un lenguaje artificial, que difiere de un autor a otro. Pero los sentimientos que yo describía no tenían nada de artificial. Si se les hubiese ocurrido juzgar la poesía de Bhanu Singha por su musicalidad, se habría revelado el metal vulgar de que estaba hecha, pues en lugar del timbre encantador de nuestros antiguos caramillos, no daba sino el tintineo áspero de un organillo.

XXII

PATRIOTISMO

MIRÁNDOLA desde afuera, podía parecer que nuestra familia había adoptado más de una costumbre extranjera, pero en su corazón ardía una llama de orgullo nacional que jamás ha vacilado. El respeto sincero que mi padre sentía por su país no lo abandonó nunca, a través de las vicisitudes revolucionarias de su vida. En sus descendientes, ese sentimiento tomó la forma de un patriotismo ferviente. Pero el amor al país no estaba a la moda en el momento de que hablo. Nuestros hombres instruídos se mostraban indiferentes a la lengua y a las ideas de la tierra natal. Mis hermanos mayores, al contrario, siempre cultivaron la literatura de Bengala; en cuanto a su lengua, he aquí un ejemplo del honor en que la teníamos: habiendo un nuevo primo, emparentado, por casamiento, con nuestra familia, escrito a mi padre una carta en inglés, éste se la devolvió inmediatamente.

La fiesta del *Mela* hindú era una solemnidad anual, que nuestra familia había contribuido a instituir. El Babu Nabagopal Mitter era el organizador de ella. Fué, tal vez, el primer ensayo de manifestación destinada a celebrar la India como nuestra tierra natal. El himno nacional bien conocido, "Bharater Jaya", fué compuesto para esa ocasión por el segundo de mis hermanos. Cantos a la gloria de la patria, recitaciones de poemas patrióticos, exposiciones de artes y oficios indígenas y premios de estímulo a los talentos y personalidades nacionales, figuraban en el programa

de esas fiestas. Con motivo del *darbar* de Lord Curzon, en Delhi, escribí un artículo en prosa; después compuse un poema, cuando la jira de Lord Lytton. El gobierno británico temía entonces a los rusos, a decir verdad, pero no a la pluma de un poeta de catorce años. Y aunque no faltaba en mi poema alguno de los sentimientos inflamados propios de mi edad, ningún signo de alarma se dejó ver en las filas de las autoridades, desde el comandante en jefe hasta el comisario de policía. Y ninguna carta lacrimosa anunció, en el *Times*, la ruina próxima del imperio, a causa de esa indulgencia de sus representantes. Recité mi poema bajo un árbol, en la fiesta nacional. Uno de los que me oían era Nabin Sen, el poeta. Él me lo recordó más tarde, cuando yo ya era un hombre.

Jyotirindra, mi cuarto hermano, tomó entonces la iniciativa de fundar una asociación política, de la que el anciano Rajnarain Bose fué el presidente. Sus asambleas, rodeadas de misterio, tenían lugar en un edificio destartado, en el fondo de una calle apartada de Calcuta. Ese carácter clandestino no tenía más objeto que impresionarnos, pues, en realidad, nada se trataba allí que pudiera perturbar al gobierno o al pueblo. El resto de la familia ignoraba completamente dónde pasábamos nuestras tardes. La puerta de entrada al local tenía echado el cerrojo, el cuarto era mantenido a oscuras, el santo y seña era un *mantra védico*, y hablábamos en voz baja. Era lo bastante para procurarnos una sensación, y no pedíamos más. Pese a mi niñez, también yo era miembro. Nos rodeábamos de una atmósfera de fervor tal, que parecíamos remontarnos en el aire, en alas de nuestro entusiasmo. De timidez, de temor o de duda, nada teníamos; nuestro objeto era bañarnos en la intensidad de nuestros propios sentimientos.

La bravura no siempre deja de tener inconvenientes, pero en todas partes ha conservado su prestigio en el espíritu de los hombres. En todos los países, la literatura se complace

en honrarla. También sucede que en cualquier parte, y cualquiera sea la disposición de espíritu de un grupo de personas, sus miembros no pueden escapar a la atracción del ambiente. Nosotros cedíamos a él entonces, y no sabíamos nada mejor que reunirnos para pronunciar discursos enfáticos y cantar fervientes himnos. Cerrar las salidas y obstruir las vías a un sentimiento innato de la naturaleza humana, es favorecer actividades malsanas. Dar acceso a los empleos burocráticos en el gobierno imperial de las Indias, no basta; si no se deja abierta ninguna válvula al espíritu de valerosa aventura, algunas almas aspirarán a la emancipación, e iniciarán la búsqueda de vías secretas, de caminos tortuosos, que no se sabe adónde llevan. Si en aquellos tiempos el gobierno hubiese manifestado temores y sospechas, creo firmemente que la comedia inaugurada por los jóvenes miembros de aquella asociación habría podido derivar hacia lo trágico. Pero el espectáculo terminó, ni un ladrillo de Fort William sufrió por su culpa, y hoy sonreímos al recordarlo.

Mi hermano Jyotirindra pensó entonces en un traje nacional, que pudiera ser adoptado por todos los hindúes. Al efecto, presentó diferentes dibujos a nuestra asociación. El *dhoti* se juzgaba poco práctico, y los pantalones demasiado extranjeros, por lo que concibió la idea de una especie de convenio entre ambos. La pieza resultante se alejaba considerablemente del *dhoti*, sin mejorar mucho el pantalón. Se añadían a este último dos faldones, tomados al *dhoti*, que formaban un pliegue que caía adelante y atrás. De la combinación del turbante con un *sola-topee*¹ resultó un sombrero que el más entusiasta de nuestros miembros no habría osado calificar de ornamental. Ningún hombre dotado de la sola valentía corriente se habría arriesgado a llevarlo; pero mi hermano, sin vacilar, enarboló el traje completo en pleno

¹ Casco de corcho que se usa en los países cálidos.

día, y atravesó toda la casa, una tarde, para subir al coche que lo esperaba en la puerta, desafiando con indiferencia las miradas de parientes y amigos, del portero y el cochero. Más de un hindú estará pronto a morir por su país, pero pocos habrá, estoy seguro, que, aun por el bien de la nación, consentirían en mostrarse por las calles con ese traje.

Todos los domingos, mi hermano organizaba, en común, una partida de *shikar*¹. Se agregaban, sin invitación, hasta personas que no conocíamos: un carpintero, un herrero, y otros, de todas las clases sociales. No faltaba, en esas expediciones, más que la efusión de sangre; a lo menos, no guardo el menor recuerdo de haberla visto.

El resto del programa era tan copioso y tan satisfactorio, que la ausencia de muertos y heridos nos parecía un detalle sin importancia. Partíamos por la mañana, al despuntar el día, y mi cuñada nos proveía de amplio surtido de *luchis*, con los sazonzamientos usuales. Y como esas provisiones no dependían en nada de la fortuna de la cacería, nunca volvíamos decepcionados por no haber cazado. En los alrededores de Maniktola hay buen número de villas rodeadas de jardines. Al fin de nuestros paseos entrábamos en cualquiera de esos recintos, nos instalábamos en las gradas de la pieza destinada a los bañistas, y todos, los de cuna ínfima como los de ilustre prosapia, la emprendíamos con los *luchis*, hasta que no quedaban sino las envolturas. Uno de los más ardientes participantes de estos *shikaris* incruentos era Braja Babu, antes preceptor nuestro, y entonces director de un Instituto Metropolitano. Un día tuvo una idea luminosa. Acercándose al *malí* (jardinero) de la villa donde acabábamos de introducirnos, lo interrogó: "Hola, ¿mi tío ha venido en estos últimos días?" — El *malí*, saludando con presuroso respeto, respondió: "No, señor; nuestro amo no viene

¹ Término con que se designan los preliminares de una cacería de tigre.

desde hace tiempo". — "Bueno, no importa; recójanos, haga el favor, algunas nueces de coco frescas, de los árboles." Así fué cómo, ese día, rociamos nuestros *luchis* con una bebida deliciosa.

Uno de nuestros camaradas era dueño de una villa al borde del río. A despecho de todas las prescripciones de nuestras castas, una vez hicimos allí un "pic-nic". Una tormenta formidable estalló después de mediodía. De pie sobre las gradas de la escalera que baja al río, cantábamos hasta desgañitarnos, para acompañar la tormenta desencadenada. En el canto de Rajnarain Babu la entonación no era impecable. No por eso alzaba la voz con menos vigor, y así como en los himnos sánscritos de la antigüedad las palabras se ahogaban en la música, así en sus tentativas musicales la energía de los gestos y los juegos de la fisonomía ahogaban los esfuerzos ineficaces del cantor. Marcaba el compás moviendo la cabeza a derecha e izquierda, mientras el huracán se encarnizaba contra su lengua barba flotante. Regresamos a casa, ya muy entrada la noche, en un vehículo de alquiler. La tempestad se había calmado y titilaban las estrellas. Todo estaba silencioso en la espesa oscuridad, y a ambos lados del camino desierto, enjambres de luciérnagas remolineaban, como en un carnaval de chispas.

Uno de los fines de nuestra asociación era alentar la fabricación de fósforos y otras pequeñas industrias indígenas. Cada miembro contribuía, para ello, pagando el diezmo de sus entradas. Se trataba, pues, de hacer fósforos, pero procurarse madera era difícil. Sabemos con qué ardor inflamado pueden, manos expertas, blandir un paquete de *Khangras*¹,

¹ *Khangras*: de las hojas de cocotero desecadas se descortezan la vena central, con la que se hace un bastoncito bastante largo, del espesor de una cerilla ordinaria. Con haces de esos bastoncitos se fabrican en Bengala las escobas, que según es fama, en manos hábiles pueden tener en orden toda la casa, incluso al marido. Aquí se hace alusión al efecto causado por esa escoba en una espalda desnuda.

pero lo que arde a su contacto no es una mecha de lámpara.

Al fin, después de bastantes peripecias, logramos fabricar una caja de fósforos, mercadería preciosa, no sólo como testimonio patriótico, sino también porque el dinero gastado en producirla habría bastado para costear el fuego de una familia durante un año. Nuestros fósforos tenían un pequeño defecto: para que se encendieran había que arrimarlos al fuego. ¡Lástima que no heredaran nada de la llama patriótica a que debían su existencia! No siendo así, estarían todavía en el mercado.

Por aquel entonces llegó a nuestro conocimiento que un estudiante había intentado construir un telar. En el acto fuimos a verlo. Ninguno de nosotros tenía nociones técnicas para juzgar de su excelencia, pero en capacidad de fe y esperanza no teníamos par. El pobre muchacho se había endeudado un poco para construir la máquina; le reembolsamos sus gastos, y un buen día apareció en casa Braja Babu, con la cabeza envuelta en un delgado trapo de tejido indígena. "¡Hecho en nuestro telar!", exclamó, alzando ambos brazos al aire para ejecutar una danza guerrera. Y sin embargo, la cabeza de Braja Babu mostraba ya los signos grisáceos de la madurez.

Poco después, algunos nuevos miembros, duchos en las cosas de este mundo, se unieron a nuestra asociación. Ellos nos hicieron probar el fruto del conocimiento y dieron fin a nuestro pequeño paraíso.

Cuando conocí a Rajnarain Babu, era yo demasiado joven para apreciar la multiplicidad de sus méritos. Aquel hombre era una mezcla de contrastes. A pesar de su barba y de sus cabellos grises, era tan juvenil como el más joven de nosotros. Su venerable exterior no le servía, al parecer, más que como un manto blanco, para conservar su juventud en estado de permanente frescura. Su erudición misma, que era grande, no le había aportado ningún perjuicio, lo

había dejado absolutamente sencillo. Hasta el fin de su vida, la ola constante de su risa jovial no pudo ser detenida por la gravedad de los años, la enfermedad, los pesares domésticos, los pensamientos profundos, ni por todas las clases de conocimientos que poseía en abundancia.

Había sido uno de los alumnos predilectos de Richardson y se había desarrollado en la atmósfera de los círculos científicos de Inglaterra. Esto no le impidió deshacerse de todos sus hábitos de juventud, para consagrarse con amor y abnegación a la literatura de Bengala. Siendo el más dulce de los hombres, ardía en un fuego que se consumía en patriotismo intenso, como si hubiese querido reducir a cenizas todas las imperfecciones y miserias de su país. El recuerdo de este hombre santo, de dulce sonrisa iluminada de fervor, joven hasta el término de su vida, es digno, con seguridad, de ser amado por todos sus compatriotas.

XXIII

EL "BHARATI"

LA época de que aquí hablo fué, en su conjunto, un tiempo de singular excitación. A veces pasaba yo las noches sin dormir, por el solo placer de proceder de otro modo que el acostumbrado. Me quedaba leyendo en nuestra sala de estudio, débilmente alumbrada. El reloj de una iglesia lejana daba los cuartos como si cada una de esas horas nocturnas saliese a remate. De tiempo en tiempo se oían los ruidosos *haribols*¹ de los hombres que transportaban los muertos al crematorio de Nimtollah, siguiendo el camino de Chitpore. En verano, durante las noches de luna, rondaba yo como un fantasma entre los claros y las sombras de los cajones y tiestos de las plantas que formaban un jardín en la azotea. Si sólo se viera en esto una excentricidad poética se incurriría en error. Nuestra tierra misma, aunque entrada en años, se aparta a veces, con sorpresa nuestra, de la estabilidad de sus hábitos, y en su juventud, cuando el suelo no estaba todavía endurecido como costra, era volcánica que daba gusto y se entregaba con frecuencia a desmesuradas trapisondas. No sucede otra cosa con el hombre, en su juventud. Mientras los materiales de que se formará su vida no han tomado forma definitiva, crisis de turbulencias acompañan a ciertas fases de su desarrollo.

¹ Oraciones dirigidas a Krishna por los portadores de los muertos.

Por aquel entonces, resolvió mi hermano Jyotirindra fundar el *Bharati*, con nuestro hermano mayor como redactor en jefe. La empresa significó nuevo alimento para nuestro entusiasmo. Se me nombró miembro de la redacción, aunque sólo contaba dieciséis años cabales. Poco antes, con la insolencia de mi vanidad juvenil, me había permitido escribir una crítica del *Meganabadha*. Por su acidez se distingue el fruto no maduro del mango; igualmente, la impertinencia es la cualidad característica de las críticas intempestivas de un mozalbete. A falta de otros poderes, se aguza el de pinchar. Creía inmortalizarme infligiendo mis rasguños a esa epopeya inmortal. Con aquella desvergüenza empezó mi contribución al *Bharati*.

Publiqué, además, en el primer fascículo, un largo poema que titulé: *Kavikahini* (la historia de un poeta). Era un producto de la edad en que todavía el escritor no ha visto nada del mundo, fuera de la imagen agrandada de su yo nebuloso. Naturalmente, el héroe del poema era su autor, no tal como existía verdaderamente, sino como se lisonjaba y deseaba parecer. Honradamente, no se podría decir que deseaba ser semejante al personaje que describía, no; el retrato representaba lo que él suponía que se esperaba de él, lo que haría decir al lector, con un movimiento admirativo de su cabeza: "Eso es; he ahí un poeta, un tipo de poeta". Se veía allí, pavoneándose, al amor universal, ese tema favorito de los poetas en cierne, tan grandioso en sus efectos como fácil de expresar en frases. Cuando no ha alumbrado aún el espíritu la menor verdad, y las palabras de otro son los únicos materiales de que se dispone, es imposible ser sencillo o saber contenerse. El esfuerzo para desarrollar magníficamente lo que ya es grande de por sí, no puede llegar sino a resultados grotescos y ridículos.

Cuando me sonrojo leyendo esas efusiones de mi adolescencia, siento aprensión de que mis escritos ulteriores no oculten también, bajo una forma tal vez menos visible, la

misma deformación provocada por la búsqueda del efecto. Mi voz demasiado ruidosa, sin duda, cubre aún a veces el sonido de lo que tendría que decir y un día u otro el tiempo me lo hará ver.

El *Kavikahini* fué el primero de mis escritos que apareció en forma de libro. Cuando fuí a Ahmedabad con el segundo de mis hermanos, un amigo entusiasta me dió la sorpresa de publicarlo y de enviarme un ejemplar. No puedo pretender, por cierto, que mi amigo haya estado bien inspirado, pero la impresión que me produjo esa sorpresa no se pareció a la indignación de un juez. La iniciativa no dejó de ser castigada, si no por el autor del libro, a lo menos por el público. He oído decir que el peso muerto de todos esos volúmenes gravitó enormemente durante largo tiempo en los estantes de las librerías y en el espíritu del malhadado editor.

Las obras compuestas a la edad en que comencé a colaborar en el *Bharati* en ningún caso merecen ser publicadas. Nada es más cierto que la pesadumbre de un hombre maduro, por haberse apresurado a imprimir sus obras. Este yerro tiene, sin embargo, su buen lado, y es que el deseo irresistible de verse transcrito en caracteres de imprenta se agota así temprano. ¿Quiénes son los lectores de la obra, qué erratas de imprenta escaparon a la vigilancia del corrector? Esas preocupaciones, y otras semejantes, se disipan entonces y siguen su curso como las enfermedades de la infancia, y permiten en seguida al autor dedicar todo su tiempo a su obra literaria, en un estado de espíritu más normal.

La literatura bengalí es todavía demasiado joven para haber elaborado una disciplina que se imponga a sus neófitos. Un escritor bengalí debe encontrar en sí mismo la fuerza para contenerse. Por ello produce infaliblemente, durante un tiempo bastante largo, buen número de obras sin ningún valor. Está obseso, ante todo, por la ambición de hacer maravillas con sus modestos dones; y luego se observa

siempre, en los noveles, un esfuerzo por exceder los límites de sus fuerzas, lo que trae consigo la transgresión de los límites de lo verdadero y de lo bello. Verse a sí mismo tal como uno es, respetar las propias capacidades, es algo que sólo a la larga se consigue.

Sea como fuere, ennegrecí las páginas del *Bharati* con muchas tonterías pueriles, de las que tengo que avergonzarme. Lo que me humilla no es tanto la imperfección literaria de esas producciones, sino su impudencia detestable, su extravagancia y su *pathos* artificial. No obstante, puedo reconocer que mis escritos de ese período estaban animados de un entusiasmo que no carecía de valor. El error era propio de la edad, pero también lo era la facultad de esperar, de creer y regocijarse. Y si el combustible de muchos errores era necesario para alimentar el fuego del entusiasmo, una vez consumidas las cosas que merecían serlo, el buen efecto de la llama no se habrá perdido para mí.

XXIV

AHMEDABAD

CUANDO el *Bharati* entró en su segundo año de existencia, el segundo de mis hermanos propuso llevarme a Inglaterra, y como mi padre dió su consentimiento, ese favor de la Providencia, no solicitado, me fué concedido de improviso. Como primera etapa del viaje, acompañé a mi hermano a Ahmedabad, donde él ejercía las funciones de juez. Mi cuñada estaba entonces en Inglaterra con sus hijos, y en consecuencia, la casa estaba vacía.

La residencia del juez es un palacio de los antiguos *Badshahs*¹, que lleva el nombre de Shedibagh. Al pie del muro de una gran terraza, y por una estrecha franja de su lecho de arena, corre el hilo de agua del río Savarinati, decrecido en verano. Mi hermano iba con regularidad al tribunal, y yo quedaba solo en ese gran palacio, donde el arrullo de las palomas era lo único que rompía el silencio, en mitad del día. Una extraña curiosidad me impulsaba a deambular por todas las vastas piezas desiertas.

Mi hermano había dispuesto sus libros en un nicho en la pared de un espacioso cuarto. Había allí una edición de lujo de las obras de Tennyson, impresa en tipos grandes y adornada con numerosos grabados. Para mí, ese libro era tan mudo como el palacio, y lo recorría, de un

¹ Nombre dado a los asientos del gobierno de los antiguos mogoles.

grabado a otro, con la misma curiosidad. No era incapaz de adivinar, más o menos, el sentido del texto, pero esos poemas me daban la impresión de arrullos inarticulados, más bien que de expresiones verbales. Encontré también una colección de poemas sánscritos, editada por el doctor Habberlin, y salida de las antiguas prensas de Serampore. También esa obra excedía mi comprensión, pero los vocablos sonoros del sánscrito y su ritmo métrico me agitaban, todo a lo largo de los poemas del Amaru Shataka, como el sonido de un tambor.

Mi celda de ermitaño era la cámara alta del palacio. Allí vivía, con la única compañía de un nido de avispas, y allí dormía, solo, en la total oscuridad de las noches. A veces, una o dos avispas caían del nido sobre mi cama, y si me ocurría aplastar a una, al darme vuelta durante el sueño, el encuentro era desagradable para la avispa y vivamente molesto para mí. Uno de mis caprichos era caminar, en las noches de luna, alrededor de la vasta terraza, desde donde se ve el río. Durante esas caminatas, me puse una vez a componer melodías para mis cantos. Uno de los primeros a que puse música fué el canto dedicado a la *Joven hija de las rosas*, que figura también entre mis obras publicadas. Al comprobar que mi conocimiento del inglés dejaba mucho que desear, emprendí la lectura de algunos libros en esa lengua, con ayuda de un diccionario. Desde chico, había tenido la costumbre de no detenerme, cuando leía, por una comprensión imperfecta, contentándome con el edificio erigido por mi imaginación y fundado en los pasajes comprendidos aquí y allá. Todavía hoy recojo las buenas y las malas consecuencias de ese hábito.

XXV

INGLATERRA

PARTIMOS para Inglaterra después de haber estado seis meses en Ahmedabad. En un mal momento comencé a escribir relatos de viaje a mis padres y al *Bharati*. Es demasiado tarde para recordarlos ahora; no eran más que pruebas de presunción juvenil. A esa edad, el espíritu se niega a reconocer que su honor más grande reside en la facultad de comprender, de aceptar, de respetar, y que la modestia es el medio mejor para ensanchar sus dominios. Admirar o alabar hubiera parecido signo de debilidad o capitulación, y el deseo de demoler, de fustigar por la crítica o la reprobación, producía algo así como fuegos de artificio intelectuales. Hoy no podría divertirme con esfuerzos para establecer mi superioridad por la denigración; esa falta de recitud y de sencilla cortesía me es penosa.

Había vivido, desde la niñez, privado de toda relación con el mundo exterior. La brusca sumersión, a los diecisiete años y en ese estado de espíritu, en el océano social de Londres, hubiera podido inspirar graves aprensiones respecto a mis facultades de resistencia, pero gracias a que mi cuñada estaba con sus hijos en Brighton, el primer choque lo experimenté bajo su égida.

Se acercaba el invierno. Una noche, mientras conversábamos junto al fuego, los niños entraron corriendo, muy excitados, para anunciar que había nevado. Salimos en el

acto. El frío era mordiente, el aire estaba pleno de luz de luna y la tierra cubierta de nieve blanca. No era el rostro usual de la Naturaleza, sino un espectáculo muy diferente, semejante a un sueño. Todo lo que estaba cerca parecía lejos; no quedaba más que la imagen tranquila y blanca de un asceta, sumergido en el éxtasis de una contemplación profunda. Nunca una revelación de belleza maravillosa e inmensa se me había presentado tan de pronto, con sólo franquear el umbral de una puerta.

Mis días se pasaban alegremente, bajo la protección amistosa de mi cuñada y en diversiones locas con sus hijos. Éstos se divertían al oírme pronunciar el inglés, y yo, que me unía gustoso a todos los otros entretenimientos, no podía gozar de ése. ¿Cómo demostrarles, por ejemplo, que no existe ningún modo lógico de distinguir entre el sonido de la vocal *a* en "warm" y el de la vocal *o* en "worm"? Se me atribuía gratuitamente una ridiculez que era debida, en realidad, a las anomalías de la ortografía inglesa.

Me hice hábil en imaginar nuevas maneras de ocupar a los niños y de divertirlos. Ese talento a menudo me fué útil en lo sucesivo y lo sigue siendo, aunque hoy no tenga, como entonces, ideas en profusión. Era la primera vez que se me presentaba el caso de dar mi corazón a niños, y ese don de amor tuvo la frescura y la exuberancia de una primera ofrenda.

Pero el objeto de mi viaje no era cambiar un hogar de un lado del agua por otro del otro lado. Se había proyectado que yo estudiase derecho, y me recibiese de abogado. En consecuencia, un buen día entré en una escuela pública de Brighton.

La primera frase que el director me dirigió, después de haber observado mis rasgos, fué: "¡Qué cabeza soberbia tiene usted!" Esta sorprendente exclamación se grabó en mi memoria, porque en casa, mi cuñada, firme en su propósito de tener en jaque mi vanidad, me había persuadido fir-

memente de que mi cráneo¹ y mi cara en general eran de apariencia mediocre, comparados a los de muchos otros.

El lector me concederá, creo, una buena nota, por la fe que me había merecido ese veredicto, mientras deploraba, para mis adentros, la indiferencia del Creador hacia mi persona. Más tarde, cuando me vi objeto, por parte de mis amigos ingleses, de apreciaciones distintas a las de mi cuñada, me rompía la cabeza por explicarme esa divergencia de gustos entre los dos países.

Una cosa me sorprendió en la escuela de Brighton: los estudiantes no eran descorteses conmigo; al contrario, a menudo deslizaban naranjas o manzanas en mi bolsillo, y en seguida se esquivaban presurosos. No puedo atribuir esta conducta poco común sino al hecho de que yo era un extranjero.

Mi permanencia en aquella escuela fué corta, pero de ningún modo por culpa de la institución. Tarak Palit², que vivía entonces en Inglaterra, viendo que yo no haría grandes progresos si seguía así, obtuvo de mi hermano autorización para llevarme a Londres y dejarme en una pieza amueblada. El alojamiento elegido estaba frente al Regent's Park. Era el rigor del invierno. No quedaba ni una hoja en los árboles alineados frente a mi ventana, que tendían hacia el cielo sus ramas descarnadas, cubiertas de nieve. Ese espectáculo me helaba hasta los huesos.

Para un extranjero recién llegado no puede haber lugar de residencia más triste que Londres en invierno. Yo no conocía a nadie cerca, y para ir lejos no hubiera sabido cómo orientarme. Mi vida conoció de nuevo días solitarios, pasados en contemplar por la ventana el mundo exterior. Pero esta vez, ese mundo carecía de todo atractivo; tenía una cara ceñuda, el cielo estaba turbado, la luz tenue, como

¹ Se estaba entonces muy inficionado de frenología.

² Más tarde, Sir Tarak Palit, un amigo de juventud del segundo de los hermanos del autor.

la mirada de un muerto, el horizonte reducido. Ni una sonrisa acogedora en ese espacio triste e inhóspito. Mi habitación estaba pobremente amueblada, pero tenía por azar un armonio, en el que tocaba a veces a mi antojo, cuando cesaba prematuramente la claridad del día. Algunos hindúes venían a verme de cuándo en cuándo. Aunque sin relaciones de amistad con ellos, cuando los veía levantarse para irse, hubiera deseado retenerlos por los faldones de sus trajes.

Mientras estuve en esa pieza amueblaba, venía un maestro a darme lecciones de latín. Su figura extenuada, pobremente vestida, parecía tan incapaz de soportar la ruda mordedura del invierno, como los árboles de la avenida. Ignoro qué edad tendría, pero, evidentemente, parecía más viejo de lo que era. A veces, durante la lección, no encontraba una palabra y adoptaba un aire ausente y lastimoso. Su familia lo tenía por algo loco, porque estaba obsesionado por una teoría, según la cual en ciertos momentos de la historia, una idea dominante se manifiesta, al mismo tiempo, en todas las sociedades humanas, aunque revistiendo expresiones diversas en los ambientes de desigual civilización. Esta idea madre no se transmite, decía, de una persona a otra por persuasión; se propaga aun en ausencia de todo contacto entre los individuos.

La preocupación absorbente de mi maestro era recoger hechos en apoyo de esa teoría, y anotarlos. Mientras estaba ocupado en eso, su familia carecía de alimentos y él mismo de ropas. Sus hijas demostraban poca consideración hacia su teoría, y probablemente le reprochaban sin cesar su infatuación. Algunos días se le veía en la cara que había descubierto una nueva prueba, y que su tesis se había consolidado. Entonces tocaba yo el tema, y mi entusiasmo se acrecía en contacto con el suyo. Otras veces, al contrario, estaba sumido en desaliento y como aplastado por un peso excesivo. Esos días, nuestra lección de latín tropezaba a cada vocablo; los ojos del maestro erraban en el vacío y su

pensamiento se negaba a dejarse encadenar a las páginas de la primera gramática latina.

Yo compadecía a esa pobre alma, abrumada por una teoría y doblegada bajo el peso de un cuerpo hambriento. Aunque no guardaba ninguna ilusión con respecto a los resultados de mis estudios de latín, no podía resolverme a dejar a mi maestro. Ese simulacro de enseñanza duró lo que mi permanencia en aquella habitación. El día antes de dejarla, cuando quise pagarle lo que le debía, el pobre me declaró de un modo que daba lástima: "Yo no le he servido de nada. Usted no ha hecho más que perder su tiempo conmigo. No puedo aceptar ningún pago". Con gran trabajo lo obligué a recibir el importe de sus honorarios.

Aunque nunca cometió mi maestro la indiscreción de intentar exponerme las pruebas de su teoría, no niego, ni aun hoy, que está bien fundada. Estoy convencido, en efecto, de que los espíritus de los hombres están ligados entre sí por un intermediario continuo, profundamente situado, y en virtud del cual una conmoción sobrevenida en un punto se comunica secretamente a los otros.

El señor Palit me colocó en casa de un pasante llamado Barker, que recibía estudiantes en pensión para prepararlos para los exámenes. Nada, en aquel interior, fuera de la dulce y pequeña dueña de casa, podía pretender resultar grato. En rigor, se comprende que un maestro así pueda encontrar alumnos, pues los pobres muchachos rara vez tienen la libertad de elegir; pero da pena imaginarse las condiciones en que semejantes hombres lograron casarse. La señora Barker trataba de consolarse criando un perrito mimado; pero cuando Barker quería castigar a su mujer, atormentaba al perrito. De suerte que el afecto de la señora Barker hacia el pobre animal no hacía más que ensanchar el campo de sus sensibilidades dolorosas.

Cuando mi cuñada me llamó a su casa en Torquai, en Devonshire, dejé con júbilo aquel ambiente, para reunirmele.

Imposible decir lo dichoso que fuí allí, entre las colinas, al borde del mar, en medio de floridos prados, bajo la sombra de pinares, con mis dos turbulentos compañeritos.

Sin embargo, me inquietaba un poco no sentir ningún impulso poético, mientras mi vista se saciaba de belleza, mi espíritu se saturaba de placer, y pasaba mis días, de pleno ocio, nadando en el azul del espacio, gozando de una felicidad sin mácula. Un día, armado de un cuaderno y una sombrilla, me fuí a la playa rocosa, con la intención de proseguir mi destino de poeta. El lugar elegido para instalarme era de una belleza real, del todo independiente de mis rimas y mi imaginación. Un promontorio rocoso se adentraba en el mar, como para dominarlo con perpetuo ímpetu. Ante mí, las olas azules, tachonadas de espuma, se balanceaban por doquier. El aire asoleado se adormecía, como sonriendo a la música de su canción de cuna. Detrás de mí, la sombra de una franja de pinos se alargaba sobre el suelo, semejante a un vestido caído de los lánguidos hombros de una ninfa de los bosques. Sentado sobre ese trono de piedra me puse a escribir un poema titulado *Magnatari* (El barco hundido). Si entonces hubiese tenido yo la precaución de dejar que las olas se tragaran también mi poema, podría hoy suponer que fué logrado. Pero me está vedado tal consuelo, pues, desgraciadamente, el poema existe todavía. Aunque desterrado de mis obras poéticas, una citación ante la justicia podría obligarlo a comparecer.

Pero el heraldo del deber no holgaba. A su llamado tuve que regresar a Londres. Esta vez fué para hallar refugio en la familia del doctor Scott. Una linda tarde, con mi bolsa y bagajes, fuí recibido en su casa. El doctor, de cabellos blancos, su mujer y su hija mayor estaban solos. Sus dos hijas menores, alarmadas con la irrupción de un exótico hindú, habían huído a casa de una parienta. No volvieron, creo, hasta que recibieron la seguridad de que yo no era peligroso.

En muy poco tiempo me sentí como un miembro de esa familia. La señora Scott me trataba como a un hijo, y es raro encontrar, aun entre parientes, tanta cordial benevolencia como me mostraron las niñas.

Durante mi residencia en aquel lugar comprobé con asombro hasta qué punto la naturaleza humana es la misma en todas partes. Afirmábamos nosotros, y yo también lo creía, que la abnegación de una esposa hindú por su marido no tiene igual y no existe nada semejante en Europa. Sin embargo, no puedo discernir ninguna diferencia entre la señora Scott y la mujer ideal hindú. Estaba enteramente dedicada a su marido. Los módicos recursos de la familia no autorizaban una muchedumbre de sirvientes obsequiosos. La señora Scott hacía todo lo que necesitaba su esposo. Antes de que él regresara, a la noche, preparaba con sus propias manos el sillón y las pantuflas de lana, junto al fuego. Nunca perdía de vista las preferencias de él, ni la manera de ser que le gustaba. Seguida de la única sirvienta, recorría la casa, todas las mañanas, de la cocina al granero, y los balaustres de cobre amarillo de la escalera, los picaportes de las puertas y otros ajustes de metal, eran lustrados hasta relucir. Por encima de esa rutina doméstica, estaban las múltiples obligaciones y deberes sociales. Cumplida la tarea diaria, la señora Scott se asociaba con alegría, por la noche, a nuestras lecturas y nuestra música, pues no es el menor de los deberes de una buena dueña de casa contribuir a la alegría de las horas libres.

A veces, de noche, me reunía con sus jóvenes hijas para una sesión de mesas giratorias. Poníamos los dedos sobre una mesita de té y ésta empezaba a hacer cabriolas por el cuarto. Llegábamos tan lejos, que todo lo que tocábamos comenzaba a estremecerse y palpitar. A la señora Scott aquello no le gustaba. A veces, movía con gravedad la cabeza, declarando que dudaba que estuviese del todo bien. Sin embargo, se armaba de tolerancia, para no contrariar nuestro humor

juvenil. Pero una vez se nos ocurrió poner las manos en la galera de copa del doctor Scott, con intención de hacerla girar. Fué demasiado. Su esposa se levantó con pasión y ordenó que no la tocáramos. No podía soportar la idea de que Satán tuviera nada que hacer —ni por un instante— con el sombrero de su marido.

En todos sus actos se manifestaba el respeto profundo que sentía por él. El recuerdo de su exquisita ausencia de egoísmo me confirma en la convicción de que el amor femenino perfecto reside en un respeto sin límites, pues, siempre que ninguna causa exterior viene a contrariar su desarrollo, el amor de la mujer, por su naturaleza, culmina en adoración.

Pasé algunos meses en el seno de aquel hogar. Después vino el momento previsto del regreso de mi hermano a las Indias, y mi padre expresó el deseo de que yo lo acompañara. Me encantó esta perspectiva. La luz de mi país, el cielo de mi país, no habían cesado de llamarme silenciosamente. Cuando me despedí de la señora Scott, ella me tomó la mano llorando. “¿Por qué has venido —me dijo—, si debías dejarnos tan pronto?” El hogar del doctor Scott ya no existe en Londres. Algunos miembros de la familia han dejado este mundo, otros se han dispersado por lugares que no conozco. Pero aquel interior vivirá siempre en mi recuerdo.

Al pasar por el barrio de Tunbridge Wells, un día de invierno, vi a un hombre parado en el borde de la calle. Sus pies desnudos se veían por los agujeros de los zapatos, su pecho estaba en parte descubierto. No me dijo nada, tal vez porque mendigar estaba prohibido, pero alzó los ojos hacia mí. La moneda que le dí era de más valor de lo que él esperaba, pues mientras yo seguía mi camino, me alcanzó y me dijo: “Señor, usted me ha dado por descuido una moneda de oro”, y me la tendió, queriendo devolverla. Tal vez habría olvidado este incidente, si no me hubiese acontecido otro del mismo género, en otra ocasión. Al llegar

a Torquai, un changador de la estación tomó mi bagaje y lo llevó al coche de plaza. Habiendo buscado en vano una moneda menuda, le di una media corona cuando el coche partía. Un instante después el hombre nos alcanzaba corriendo y gritando al cochero que se detuviera. Supuse que, viéndome tan ingenuo, inventaba un pretexto para reclamarme más, pero cuando el coche se detuvo, me dijo: “Señor, usted ha confundido una media corona con un penique”.

No pretendo que no se me haya engañado alguna vez en Inglaterra, pero nunca en forma que se pueda, dignamente, guardar el recuerdo. Más bien me impresionó el hecho de que sólo las personas dignas de confianza saben demostrar confianza a otras. Yo era extranjero, desconocido, habría podido más de una vez desaparecer fácilmente; sin embargo, nunca un vendedor o dueño de tienda me demostró desconfianza.

Durante todo el tiempo que residí en Inglaterra, me vi mezclado en una comedia burlesca, en la que tuve que desempeñar mi papel hasta el fin. Conocí, por casualidad, a la viuda de un funcionario anglo-indio de alta categoría. Esa dama era tan amable que me llamaba “Ruby”. Algunos amigos que tenía ella en la India habían compuesto un canto fúnebre a la memoria de su marido. No mencionaré el valor poético de la obra ni el encanto de su estilo. Por desgracia para mí, y a indicación de los autores, el canto debía ser adaptado a la melodía *Behaga*. La viuda, en consecuencia, me pidió un día que se lo cantase. En mi inocencia, tuve la debilidad de consentir. Por desgracia, no había allí nadie que pudiera experimentar la atroz ridiculez de la combinación del *Behaga* con esos versos absurdos. La viuda pareció profundamente conmovida, oyendo la lamentación hindú en honor de su esposo, cantada con una melodía del país. Creí que el incidente quedaba terminado, pero me equivocaba.

Después encontré frecuentemente a esa señora, en diversas reuniones sociales; cuando terminada la comida, nos reuníamos con las damas en el salón, me rogaba que cantase el *Behaga*. Los otros invitados, con la esperanza de oír algún espécimen extraordinario de música hindú, unían sus instancias a las de ella. Entonces sacaba yo del bolsillo ejemplares impresos del funesto poema, y mis orejas empezaban a ponerse rojas y a zumbar. Por fin, con la cabeza baja y voz temblorosa, comenzaba... sabiendo que solamente yo, en esa sala, podía apreciar el carácter desesperante de la prueba. Terminado el canto, en medio de algunas risas ahogadas, se elevaba un coro de aplausos: "¡Gracias, mil gracias!" "¡Qué interesante!" Y aunque era invierno, sudaba yo copiosamente. ¡Quién hubiera dicho, en el momento en que nació o en el del deceso de ese estimable funcionario, el golpe que me descargaría su muerte!

Mientras moraba yo en casa del doctor Scott y seguía los cursos universitarios, perdí de vista a la viuda. Ella vivía en el distrito de Londres y me escribía, a veces, que fuese a verla, pero mi terror a la fatal elegía me impedía responder a las invitaciones. Al fin, recibí un telegrama urgente en momentos en que me dirigía a una clase. Mi estadía en Inglaterra tocaba a su término, y me dije que sería conveniente visitar una vez más a esa señora, antes de mi partida, y cedí a su importunas instancias.

En lugar de volver a casa después de la clase, fui derecho a la estación. El tiempo era espantoso, con frío intensísimo, nieve y bruma. La estación donde debía bajar era la última de la línea. Me acomodé, sin tomarme el trabajo de averiguar la hora de llegada.

Los andenes de las estaciones se encontraban del lado derecho del tren, me instalé a la derecha, y me sumergí en la lectura de un libro. Estaba tan oscuro que no se distinguía nada afuera. Uno tras otro, mis compañeros de viaje iban llegando a destino y salían del compartimiento.

Llegamos a la penúltima estación y en seguida la dejamos. El tren se detuvo de nuevo, pero no se veía a nadie, ni tampoco andén ni luz alguna. El viajero corriente no puede adivinar por qué los trenes paran a veces, sin razón aparente, en momento y lugar insólitos; renuncié a comprender aquella parada y continué mi lectura. Entonces el tren se puso en marcha a reculones. ¡Quién podría explicarse las excentricidades de un tren!, pensé, y volví a tomar el libro. Pero cuando nos encontramos de nuevo en la estación precedente, perdí la tranquilidad.

—¿Cuándo llegaremos a X...? —pregunté a un empleado.

—De allí acaba usted de llegar, precisamente —respondió.

—¿Y a dónde vamos ahora? —le pregunté un poco inquieto.

—A Londres.

Comprendí entonces que el tren hacía el trayecto en ambos sentidos. A mi pregunta de cuándo pasaría el próximo convoy, se me informó que no pasaría ninguno más esa noche. Supe, también, que el hotel más próximo estaba a cinco leguas de distancia.

Había salido de casa después del almuerzo de las diez, y no había tomado nada desde entonces. En ausencia de otra alternativa, no es difícil ser un asceta. Abotoné mi grueso sobretodo hasta el mentón, y reanudé la lectura de los *Principios de Ética*, por Herbert Spencer, que acababa de aparecer, consolándome con la idea de que nunca, tal vez, se me ofrecería tan buena oportunidad para concentrar mi atención sobre ese tema.

Poco después, sin embargo, apareció un empleado y me informó que acababa de anunciarse un tren que pasaría dentro de media hora. Me alegró tanto la noticia, que puse la *Ética* a un lado. Llegué, por fin, a destino. En lugar de las siete eran las nueve.

—¿En qué piensa “Ruby”? —dijo la dama—. ¿Qué ha hecho en todo este tiempo?

No podía sentirme muy orgulloso con la aventura cuyo relato le hice. Habían terminado de comer. Por no serme achacable mi mala suerte, no esperaba ser castigado, y menos por una dama. Sin embargo, todo lo que me dijo la viuda del gran anglo-indio fué: “Bueno, Ruby, venga a tomar una taza de té”.

Nunca fuí aficionado al té, pero la perspectiva de un alivio a mi hambre devoradora, me hizo tomar una taza con uno o dos bizcochos. Cuando por fin entré en el salón, encontré a un grupo de señoras de edad madura, que rodeaban a una joven americana, novia de un sobrino de la dueña de casa, y con quien se entregaba a los pequeños ejercicios amorosos que preceden al matrimonio.

—Bailemos un poco —propuso la viuda.

La animación y las condiciones físicas que disponen para la danza me eran igualmente extrañas. Pero son los espíritus dóciles quienes realizan lo imposible en este mundo, y aunque el baile estuviese destinado, en primer término, a la pareja de novios, tuve que decidirme y tomar parte en él, acompañando a las damas de respetable edad y sin más sostén contra el hambre que el té y los dos bizcochos.

Pero mis pruebas no habían terminado aún.

—¿A dónde va usted a pasar la noche? —me preguntó la viuda.

La pregunta me tomó desprevenido. Como me quedé mirándola, mudo, me informó que el hotel del lugar cerraba a las doce, y que me convenía ir sin demora. La hospitalidad no estuvo del todo ausente, pues no me dejaron librado a mis propias fuerzas para encontrar el hotel. Una sirvienta, armada de una linterna, me mostró el camino. Será una bendición inesperada, pensaba yo, y me apresuré a preguntar qué me podrían servir: carne, pescado, legumbres; caliente o frío, sin que importara qué. Me hicieron saber que todas

las variedades de bebidas estaban a mi disposición, pero no había nada para comer. Me quedaba el sueño, suprema fuente de olvido, pero ni siquiera en ese refugio, donde el mundo entero encuentra asilo, había de ser acogido. El piso del cuarto era de cemento helado, sus únicos muebles una cama de madera y una mesa tambaleante para lavarse.

Cuando llegó la mañana, la viuda anglo-india envió a invitarme para almorzar. Encontré servida una comida fría, sin duda el resto de la víspera. Ofrecidas la noche antes, algunas migajas de esa comida, tibias o frías, no habrían hecho mal a nadie, y mis proezas de bailarín se hubieran parecido menos a los saltos de una carpa salida del agua.

Después del almuerzo, la viuda me hizo saber que la dama para cuya delectación había sido invitado a cantar, estaba enferma, en cama, y que se me pedía que le ofreciera una serenata desde detrás de la puerta de su cuarto. Debí instalarme en el rellano de la escalera, de pie. Mostrándome con el dedo una puerta, la viuda me dijo:

—Ahí está.

Entoné entonces la elegía al modo *Behaga*, frente a la misteriosa incógnita que me ocultaba la puerta.

De vuelta en Londres, expié en cama las consecuencias de mi tonta complacencia. Las hijas del doctor Scott me suplicaron y me comprometieron a no ver en esa ingrata aventura un ejemplo de la hospitalidad inglesa. Me aseguraron que había que atribuirlo a los efectos del clima de las Indias en la viuda.

XXVI

LOKEN PALIT

MIENTRAS seguía los cursos de literatura inglesa en la Universidad, tuve por camarada a Loken Palit, unos cuatro años menor que yo. A la edad en que escribo estos recuerdos, una diferencia de cuatro años casi no significa nada; pero entre los diecisiete y los trece, constituye un abismo difícil de franquear. Como le falta el peso de los años, un jovencito se preocupa tanto más por mantener la importancia de la edad y la dignidad que ella le confiere. Sin embargo, no experimentaba yo nada parecido con respecto al joven Loken, pues no me daba cuenta de que él fuese menor que yo.

Estudiantes de ambos sexos se reunían en la biblioteca de la Facultad para trabajar. Allí solíamos conversar. Si hubiésemos guardado compostura, nadie habría tenido nada que objetar, pero mi joven compañero desbordaba alegría, hasta el punto de que su buen humor estallaba en risas locas a la menor incitación. Las muchachitas de todos los países se consagran al estudio con aplicación morbosa, y recuerdo contrito las numerosas miradas de reproche de ojos azules que vanamente protestaban contra nuestra alegría inmoderada. En aquellos momentos, no experimentaba yo la más leve simpatía por la aflicción que les causaba ese desorden. Doy gracias a la Providencia por no haber tenido nunca un dolor de cabeza, ni un instante de compunción, a causa de deberes de escuela interrumpidos.

A pesar del constante acompañamiento de nuestras risas locas, hallábamos el modo de continuar discusiones literarias, y aunque Loken no era fuerte, como yo, en la literatura de Bengala, lo suplía por la vivacidad de su inteligencia. Uno de nuestros temas de discusión era la ortografía bengalí.

He aquí cómo llegó a preocuparnos ese tema. Una de las señoritas Scott quería aprender el bengalí. Al enseñarle el alfabeto, manifesté mi orgullo de que nuestra ortografía posea una conciencia, y no se complazca en transgredir las leyes a cada paso. Le demostré lo ridículos que serían los caprichos de la ortografía inglesa, si no estuviéramos en la trágica obligación de conocerlos para nuestros exámenes. Pero mi orgullo provocó una respuesta. Se ategó que también la ortografía bengalí es caprichosa, y que el hábito me había cegado para sus arbitrariedades. Entonces me puse a buscar leyes que justificasen esos aparentes caprichos, y en la investigación se mostró Loken un maravilloso auxiliar.

Cuando entró en el Servicio Civil y regresó a su país, las investigaciones, tan alegremente inauguradas en la biblioteca de la Facultad, prosiguieron su curso, como un río que se ensancha. La delectación de Loken en la literatura infló las velas de mis tentativas de escritor. Y cuando, en el apogeo de la juventud, lancé mis corceles de prosa y poesía a gran galope, el aprecio ilimitado en que los tuvo Loken, no dejó que mis energías decrecieran un solo instante. ¡A cuántas empresas extraordinarias, en prosa o en verso, nos entregamos en su *bungalow* del Mofussil! Más de una vez, nuestras reuniones literarias, comenzadas bajo los auspicios de la estrella de la tarde, finalizaban cuando las lámparas se extinguían, con la llegada de la aurora, con los rayos del astro matutino.

De todas las flores de loto reunidas a los pies de *Saraswati* ¹ la flor de la amistad ha de ser su favorita. No he

¹ En Bengala se representa a *Saraswati*, la diosa del saber, vestida de blanco y sentada en medio de profusión de flores de loto.

recogido gran cosa del polen de oro de las otras corolas, pero nada se me escapó de los perfumes deliciosos de la buena camaradería.

XXVII

"EL CORAZÓN ROTO"

EN Inglaterra comencé a escribir un poema que continué componiendo durante el viaje y que terminé a mi regreso. Se publicó con el título de *Bhagna Hriday* (El Corazón Roto). Al principio, lo creí del todo logrado. Esta apreciación, por parte del autor, no tenía nada de particular, pero el poema obtuvo la misma aprobación entre los lectores. Cuando apareció, el primer ministro del Rajah de Tipperah me hizo llamar, con el solo objeto de hacerme saber que el Rajah admiraba ese poema y concebía grandes esperanzas en la carrera futura de su autor. A este respecto, permítaseme citar lo que escribí a los treinta años, acerca de esa composición:

"Tenía yo dieciocho años cuando empecé a componer el *Bhagna Hriday*; no era ya la infancia, pero tampoco aún la juventud. En esa edad de transición, no tocan el espíritu los rayos directos de la Verdad. Percibe algún reflejo aquí y allá, pero el resto queda en sombra. Y al igual que las sombras en el crepúsculo, sus imaginaciones son vagas y alargadas; dan al mundo real un aspecto fantástico. Cosa curiosa: no sólo yo tenía dieciocho años, sino que todos los que me rodeaban parecían tener la misma edad. Flotábamos en una región imaginaria, sin fundamento, sin sustancia, y donde los goces y las penas más ardientes se parecían a los goces y a las penas de un país de ensueño. Privado de

comparación con lo real, lo trivial usurpaba el lugar de lo grande”.

Aquellos años de mi vida, entre los dieciséis y los veintidós o veintitrés, fueron un período de gran confusión. En las edades primeras de la tierra, cuando el suelo y el agua no se hallaban todavía confinados en sus límites, enormes criaturas anfibias erraban en los bosques que cubrían el limo fangoso. Igualmente, en las épocas oscuras que preceden a la madurez, las pasiones, desproporcionadas e informes, frecuentan las regiones incultas del espíritu juvenil. Ignorándose a sí mismas, e ignorantes del objeto de sus vagabundeos, se inclinan siempre a la imitación. Igualmente, en esos años de actividad sin significación real, mis facultades embrionarias, inconscientes de su objeto e incapaces de lograrlo, se atropellaban unas a otras por abrirse paso, cada una de ellas empeñada en conquistar la preponderancia, exagerándose. Cuando los dientes de leche tratan de atravesar la encía, dan fiebre al niño; ese acaloramiento no se explica hasta que aparecen los dientes y empiezan a desempeñar su función. Así también nuestras pasiones precoces nos atormentan como una enfermedad, hasta que comprenden su verdadera relación con el mundo ambiente.

En todos los manuales de moral se encuentra lo que aprendí en aquella edad por la experiencia, pero no es ésa una razón para desdeñar las lecciones. Todo cuanto rechaza nuestros apetitos, confinándolos en lo hondo de nuestro ser, envenena en nosotros la vida y le impide extenderse hacia afuera; también el egoísmo, que restringe la libre expansión de nuestro ser y lo desvía de su verdadero objeto, va acompañado siempre de fallas corruptoras y extravagancias. Cuando, al contrario, nuestros deseos buscan desplegarse en un buen trabajo, sacuden su morbosidad y vuelven a su verdadera naturaleza, que es su fin real y la alegría de su existencia.

Las disposiciones de espíritu que acabo de mencionar se

hallaban favorecidas por las ideas reinantes y los ejemplos que entonces predominaban. No sé si el efecto de esas ideas y ejemplos se prolonga aún hoy. Retrocediendo a la época en que hablo, me sorprende comprobar que la literatura inglesa nos había proporcionado más excitación que alimento. Nuestras divinidades literarias eran entonces Shakespeare, Milton y Byron; y lo que en sus obras nos estimulaba, era el poder de las pasiones. En la vida de sociedad de los ingleses se tiene severamente en jaque toda explosión apasionada; tal vez por ello predominan tanto en su literatura, cuyo rasgo característico es la pintura de sentimientos vehementes, que, por su extravagancia, conducen a inevitables conflictos. A lo menos, aprendimos a considerar esa excitación sin freno como la quintaesencia de la literatura inglesa.

En la impetuosidad de la poesía que nos declamaba Akshay Chowdury, nuestro iniciador en la literatura inglesa, parecía haber un extravío de embriaguez. El amor frenético de Romeo y Julieta, el furor de las lamentaciones impotentes del rey Lear, el fuego consumidor de los celos de Otelo, despertaban nuestra admiración entusiasta. Nuestra restringida vida de sociedad y los estrechos campos de nuestras actividades, quedaban reducidos a una uniformidad tan monótona, que los sentimientos tempestuosos no encontraban espacio. Todo era calmoso y tranquilo al máximo. Y por eso nuestros corazones languidecían en el deseo de emociones vivificantes, cuyo choque recibíamos de la literatura inglesa. No era un goce estético, era la acogida de la ola turbulenta, saludada con júbilo por el agua estancada de una charca, aun cuando el barro de su fondo fuese removido y proyectado a la superficie.

La literatura del tiempo de Shakespeare es la expresión impetuosa de la época en que el Renacimiento arrastró a Europa a su violenta reacción contra el freno que había oprimido los corazones. El objeto principal no era entonces la apreciación del bien y del mal, de la belleza o de la

fealdad. El hombre se consumía en la necesidad de romper las barreras, para penetrar en lo hondo de su ser, y descubrir allí la imagen de su intenso deseo. La literatura de la época era la manifestación punzante, exuberante, desenfrenada, de esa necesidad.

El espíritu de aquella bacanal de Europa hizo irrupción en nuestros ambientes ordenados, de afectada pudibundez. Nos despertó y estimuló vivamente. Nos deslumbraba el ardor de la vida sin freno encendido en nuestros corazones, que hasta entonces vivieran ahogados bajo el peso de costumbres y convencionalismos, y devorados por el deseo de desnudarse.

Hubo otra época análoga en la literatura inglesa: aquella en que el aire lento y compuesto de Pope fué reemplazado por el ritmo atrayente de la Revolución Francesa. El poeta de ese momento fué Byron. Su impetuosidad apasionada conmovió también a la amante velada, reclusa en el fondo de nuestros corazones.

Tal fué la excitación causada por la literatura inglesa en los espíritus juveniles de mi tiempo, y la ola de emoción que me asaltó por todas partes. La edad del despertar es la del juego de las energías; no puede ser la de su represión.

Sin embargo, nuestras condiciones eran muy diferentes de las de Europa. Allá, la excitación y la resistencia al freno eran el reflejo directo, sobre el arte literario, de la historia contemporánea. La expresión verbal de ésta era consecuencia lógica. Se oía el ruido sordo de la tormenta, porque, en efecto, la tormenta se desencadenaba. Pero, al llegar a nuestras playas, ese viento tempestuoso ya no era, en realidad, más que una brisa, y su mugido un murmullo. Así atenuado, no nos satisfacía, y nuestras tentativas por imitar el soplo del huracán nos arrastraban a la exageración, tendencia que todavía persiste, y que quizá sea difícil de vencer.

Debemos atribuir todo esto al hecho de que la modera-

ción, ese carácter esencial del arte verdadero, todavía no encuentra lugar en la literatura inglesa. Porque la emoción no es más que uno de los factores de la obra de arte, no es el objeto de ella. Éste, sólo reside en la belleza de una plenitud completa, contenida en la simplicidad y la medida. Esta proposición no es todavía admitida como principio de la literatura de Inglaterra.

No obstante, por esa literatura, y por ella sola, se forman nuestros espíritus desde la infancia hasta la vejez. No nos iniciamos en las otras literaturas de Europa, clásicas y modernas, cuya forma artística muestra una cultura sistemática del dominio de sí mismo. Por eso tardamos, me parece, en concebir el verdadero objeto y el método auténtico de la obra de arte literaria.

Akshay Babu, que hizo nacer en nosotros la pasión por la literatura inglesa, era, por su parte, un adepto de la vida emotiva. Parecía menos sensible a la urgencia de comprender la verdad en toda su perfección, que a la de tomar conciencia de ella por el sentimiento. Le faltaba respeto intelectual hacia la religión, pero sus ojos se llenaban de lágrimas al oír los cantos de *Shyama* (la sombría Madre). No se sentía llamado a sondear la verdad última; todo lo que conmovía su corazón era para él momentáneamente verdadero. Ni la grosería manifiesta le repugnaba.

El ateísmo era la nota dominante en los prosistas ingleses entonces en boga. Bentham, Mill y Comte eran los autores favoritos. Nuestros jóvenes razonaban conforme a sus argumentaciones. La edad de Mill, que constituye una época en la historia de Inglaterra, representa una sana reacción del cuerpo político, operada momentáneamente por nociones destructoras, para liberarse de un cúmulo de ideas decrepitas. En nuestro país, esas nociones destructivas se admitieron en teoría, pero nadie trató de sacar de ellas consecuencias prácticas. Sirvieron sólo de estimulante para impulsarnos a

la rebelión moral. El ateísmo sólo fué para nosotros una intoxicación.

Por estas razones, los hombres instruídos de entonces se dividieron, en nuestro país, en dos clases. Unos se adelantaban constantemente para destrozarse, sin que se los provocara, toda creencia en Dios. Como el cazador que en cuanto distingue un ser vivo en la copa o al pie de un árbol, no puede dejar de matarlo, esos hombres, apenas informados de que alguien conservaba una creencia inofensiva, acurrucada en aparente seguridad, se sentían impulsados a atacarla y demolerla. Tuvimos, por poco tiempo, un preceptor para quien era ésa la diversión predilecta. Aunque yo era entonces un muchachito, no escapé a sus embestidas. Por lo demás, sus éxitos eran insignificantes y sus opiniones no procedían de ninguna investigación entusiasta de la verdad —eran copiadas, la mayor parte—, pero aun a pesar de las edades desiguales lo combatí con todas mis fuerzas, y experimenté más de un amargo fracaso. Esto me mortificaba tanto, que hubiera querido llorar.

La otra clase de personas se componía, no de creyentes, sino de religiosos epicúreos, que hallaban placer y consuelo en reunirse para entregarse a gratas impresiones visuales, auditivas y olfativas, bajo el ropaje de un ceremonial religioso; gozaban del lujurante aparato del culto. En ninguna de esas dos categorías de personas, ni la creencia ni la negación resultaban del trabajo de buscar la verdad.

Aunque apenado por esas aberraciones religiosas, me hallaba influído por ellas hasta cierto grado; no puedo negarlo. Con la desvergüenza innata de la juventud floreciente, también en mí se inició una rebelión. No quise asociarme a los servicios religiosos que se celebraban en nuestra familia, alegando sentirlos como algo ajeno a mi espíritu. Mi ocupación era atizar un brasero ardiente con el soplo de mis emociones. No era otra cosa que el culto del fuego; mis ofrendas sólo se proponían alimentar la llama, y como esos

esfuerzos no tenían otro fin, eran inmoderados, y traspasaban sin cesar todos los límites.

Así, para mi religión como para mis emociones, no sentía yo ninguna necesidad de verdad fundamental; mi excitación se bastaba a sí misma. Recuerdo algunas líneas de un poeta de ese tiempo:

*¡Mi corazón es mío,
A nadie lo he vendido,
Que sea desgarrado y gastado hasta la muerte,
Mi corazón es mío!*

Desde el punto de vista de la verdad, no tiene el corazón ninguna necesidad de gastarse así, pues nada lo obliga a destrozarse. El sufrimiento no es, en verdad, deseable, pero considerado en sí mismo, su aspereza puede parecer sabrosa. Nuestros poetas, a menudo, concedían gran importancia a este sabor, mientras dejaban de lado el dios que pretendían adorar. Aún no ha podido nuestro país desembarazarse de esa niñada. Todavía hoy, cuando no podemos ver la verdad de la religión, buscamos una satisfacción artística en sus observancias. Lo mismo, mucho de lo que constituye nuestro patriotismo no es servir a la madre patria, sino el placer de tomar cierta actitud ante nuestro país.

XXVIII

IMPRESIONES MUSICALES DE EUROPA

UNA vez fuí a oír, en Brighton, a una "prima donna" cuyo nombre he olvidado. Era tal vez la Milsson o la Albani. Nunca había yo presenciado tan extraordinaria maestría de la voz. Los mejores de nuestros cantantes no logran desterrar toda sensación de esfuerzo; no temen dar, mal que bien, notas demasiado altas o demasiado bajas, que exceden el registro de su voz. En nuestro país, la parte inteligente del auditorio suple gustosa con la imaginación las lagunas que deja la ejecución de una obra. No se irrita por crudezas de la voz o por impropiedad en los gestos del artista que hace oír una melodía impecable; al contrario, parece que opinara, a veces, que esas pequeñas incorrecciones ponen más de relieve la perfecta belleza de una composición, así como la pobreza del gran asceta Mahadeva hacía resplandecer su divinidad a través de la misma desnudez.

Todo esto es absolutamente desconocido en Europa. Se exige allí una perfección absoluta hasta en el menor detalle de la ejecución, y la más leve falla es infamada como indigna de aparecer en público. En nuestras veladas musicales, no se considera impropio templar los instrumentos durante media hora, ni batir con fuerza los tambores, chicos y grandes, hasta que den el sonido deseado. En Europa, estos preparativos indispensables se realizan de antemano, fuera de la sala; todo lo que debe presentarse al público ha de estar

listo. No se tiene tolerancia alguna para los puntos débiles en la voz de un cantor. Entre nosotros, lo principal es la reproducción fiel y artística de la melodía¹; en ella se concentra todo el esfuerzo. En Europa, es la voz lo que se cultiva y lo que realiza milagros. Nosotros nos contentamos con oír el canto; en Europa se va a oír al cantor.

Tal fué lo que me pareció en Brighton. Aquella audición fué para mí igual a una función de circo. Pero a pesar de lo admirable que me pareció la ejecución, fuí incapaz de apreciar la música. Me costó contener la risa cuando la cantante, con sus trinos, imitó el gorjeo de los pájaros. Cuando tocó el turno a un artista de sexo masculino, sentí alivio. Las voces del tenor, particularmente, me gustaron; las encontré más humanas, más corporales, por así decir, menos parecidas a voces de espíritus desencarnados.

Más tarde, cuando seguí oyendo música europea e instruyéndome en ella, me inicié gradualmente en su esencia, pero hasta hoy sigo convencido de que esa música y la nuestra habitan regiones diferentes y no penetran en los corazones por la misma puerta.

En Europa, la música parece entremezclada con la vida material, al punto de que el texto de los cantos puede ser tan variado como diversa es la vida. Si a nosotros se nos ocurriera adaptar nuestras melodías a significaciones tan múltiples, perderían algo de su carácter y podrían frisar en lo ridículo, porque esas melodías se elevan por encima del plano de la vida cotidiana; nos transportan a las profundidades de la piedad, o nos hacen volar sobre las cimas de regiones muy altas. Su función es hacernos alcanzar lo inexpresable, lo misterioso, lo impenetrable, esas regiones del alma donde el religioso puede hallar su santuario y el epi-

¹ En la música hindú, no se trata solamente de reproducir una melodía exactamente como está compuesta; el tema original de la obra es objeto de un desarrollo improvisado por el ejecutante, que se convierte así en intérprete.

cúreo su bosquecito, pero donde no hay lugar para el hombre del atareado mundo.

No pretendo haber penetrado en el alma de la música de Europa, pero lo poco que pude comprender de su exterior resultó sumamente atractivo para mí, en cierto sentido. ¡La encontraba tan romántica! Sería difícil analizar lo que entiendo por esta palabra. Quiero así expresar el aspecto de variedad y multiplicidad innumerable que revisten las oleadas sobre las ondas de la vida, los efectos cambiantes de luz y sombra que juegan en sus ondulaciones sin fin. El aspecto opuesto es el de la extensión del espacio, el inmutable azul del cielo, la sensación de lo inconmensurable sugerida por el círculo lejano del horizonte. Como quiera que sea, lo repito arriesgando el no ser comprendido claramente: todas las veces que me conmovió la música en Europa, me dije: es romántica, es el carácter efímero de la vida, expresado en melodía.

Tal carácter no falta por completo en ciertas formas de nuestra música; pero entre nosotros el efecto es menos pronunciado, menos total. Nuestras melodías prestan su voz a la noche estrellada, a las primeras luces del alba; hablan del dolor que llena la atmósfera cuando las nubes oscuras descienden, y de la embriaguez silenciosa de la primavera que vaga por el bosque.

XXIX

VALMIKI PRATIBHA

TENIAMOS un ejemplar, suntuosamente ilustrado, de las *Melodías Irlandesas* de Moore. Akshay Babu recitaba a menudo esos poemas con éxtasis, y en mi espíritu se combinaban con las estampas del libro, para componer un cuadro de ensueño de la antigua Irlanda. No conocía yo entonces las melodías originales, pero las imaginaba acompañadas del son de las arpas que se veían en las ilustraciones. Deseaba vivamente oír los cantos auténticos, aprenderlos y cantárselos a Akshay Babu. Ciertos vivos deseos nuestros se realizan ¡ay! en este mundo, y al realizarse, mueren. Oí cantar en Inglaterra algunas de esas melodías, y con ello desapareció mi afán de conocer otras. Eran simples, tristes y dulces, pero no concordaban con la música silenciosa que, en mis sueños, se había elevado en las salas de la antigua Irlanda.

Cuando estuve de regreso, canté a mi familia las melodías que había aprendido. “¿Qué le ha pasado a la voz de Rabi?”, exclamaron mis oyentes. “¡Qué resonancia extraña y singular ha tomado!” Se encontró que hasta mi voz hablada había cambiado de timbre.

De esa mezcla de música extranjera con la nuestra nació el *Valmiki Pratibha*. En este drama musical, la mayor parte de las melodías son hindúes, pero se apartan de su clásica majestad. Después de haberse remontado al cielo, han aprendido a caminar sobre la tierra. Los que asistieron a las

representaciones de esta obra dirán, lo espero, que esa adaptación de las formas melódicas de la India a una acción dramática, no fué ni una derogación ni una puerilidad. Tal asociación es el único rasgo original de *Valmiki Pratibha*. Me cautivó completamente ese intento de someter nuestras formas melódicas a un tratamiento nuevo.

Varios de los poemas de *Valmiki Pratibha* fueron adaptados a aires cuyo modo original era severamente clásico; otros cantos fueron compuestos por mi hermano Jyotirindra; un pequeño número están tomados de fuentes europeas. El estilo *Telena*¹ se presta singularmente bien para un texto dramático, y en esta obra se lo utiliza a menudo.

Dos aires ingleses se introducen como canciones báquicas de una banda de saltadores, y las lamentaciones de una ninfa de los bosques se cantan con una melodía irlandesa.

Valmiki Pratibha no se presta para ser leído. Su significación escapa, si no se lo oye cantar y se lo ve representado. No es lo que en Europa se llama una ópera; es un pequeño drama puesto en música. No son en él los cantos la expresión principal; solamente sirven de vehículo a la acción.

Antes de mi partida para Inglaterra, realizábamos a veces veladas literarias, en las que ofrecíamos, junto con recitaciones, música y ligeros refrigerios. Hubo, después de mi regreso, una de esas veladas, que fué la última. Para una de esas ocasiones fué compuesta *Valmiki Pratibha*. En su representación hice el papel de Valmiki, y mi sobrina, Pratibha, el de Saraswati. Este pequeño recuerdo de familia quedó consignado en el título.

Herbert Spencer dice en alguna parte que el lenguaje toma inflexiones musicales desde que la emoción se le aso-

¹ Ciertas melodías clásicas, en la India, están escritas con un sistema de acentos, donde la música se adapta no a palabras, sino a signos que indican golpes de tambor. Los tambores, en la música hindú, emiten sonidos muy variados, a cada uno de los cuales corresponde un signo de la notación. El *Telena* es uno de los modos de este sistema.

cia. No se puede negar, en efecto, que el tono de la voz contribuye tanto como las palabras para la expresión de la cólera, el dolor, la alegría o la admiración. La idea de Spencer, de que por el desarrollo de esas modulaciones emotivas el hombre inventó la música, me había llamado la atención. ¿Por qué, pensé, no poner en acción un drama por un recitativo musical, conforme lo sugiere esa idea? Los *Kathakas* de nuestro país (declamadores de leyendas puránicas) ensayan a veces hacerlo, cuando entonan aquí y allá una especie de canto llano que no llega a la forma melódica. Así como el verso blanco es más flexible que el rimado, ese canto llano, no desprovisto de ritmo, se adapta mejor a la expresión de un texto, por no estar sujeto a los intervalos regulares de sonidos y compás, requeridos por una melodía. Como el objeto no es otro que la manifestación de los sentimientos, esas irregularidades de forma no chocan.

Alentado por el éxito de la innovación tentada con el *Valmiki Pratibha*, compuse otro drama del mismo género, *Kal Mrigaya* (La caza fatal), tomando como tema un episodio conocido, en el que el hijo único de un ermitaño ciego es muerto accidentalmente por el rey Basaratha. El drama se representó en un escenario erigido *ad hoc* en la azotea de nuestra casa, y el auditorio pareció profundamente impresionado por su carácter patético. Una parte de la obra fué incorporada después, con ligeras refundiciones, al texto de *Valmiki Pratibha*, y el drama dejó de publicarse aparte.

Más tarde, compuse una tercera pieza de teatro de un género diferente: *Mayar Khela* (El Drama de Maya), cuya música, y no ya la acción dramática, fué la expresión principal. En las dos obras precedentes, situaciones dramáticas sucesivas estaban ligadas por un hilo melódico; aquí, una guirnalda de melodías se enroscaba en torno del hilo de la acción. Mientras la componía, estaba completamente absorbido en la música.

El entusiasmo que me poseyó mientras componía *Valmiki*

Pratibha y *Kal Mrigaya*, no acompañó la concepción de ninguna otra de mis obras. Lo que hallaba allí su expresión creadora era el impulso de la vena musical del momento.

En aquellos tiempos, mi hermano Jyotirindra estaba en el piano desde la mañana hasta la noche, ocupado en rehacer, según su fantasía, aires antiguos, que tomaban formas inesperadas, dando expresión a nuevos matices de sentimiento. Esos aires, que estábamos acostumbrados a oír desarrollarse con ademán antiguo y majestuoso, obligados a tomar un tiempo más vivo y menos convencional, revelaban caracteres desconocidos y producían una impresión del todo diferente. Sentados junto al piano, Akshay Babu y yo improvisábamos palabras para esos aires, a medida que volaban bajo los dedos de mi hermano, y oíamos que cada melodía nos hablaba un nuevo lenguaje. No pretendo que nuestro libreto fuese poesía impecable, pero, mal o bien, servía de vehículo a la música. En el turbulento gozo de esta actividad revolucionaria nacieron mis dos dramas musicales, y se lanzaron alegremente, danzando al ritmo de cualquier música, correcta o no, sin cuidarse de saber si los aires eran hindúes o extranjeros.

En más de una ocasión, el público de Bengala discrepó con mis opiniones o mis innovaciones literarias, pero resultó curioso comprobar que entonces la audacia con que trastornaba yo nociones musicales generalmente admitidas, no levantó ninguna protesta. Al contrario, los espectadores de mis dramas musicales se complacieron con ellos. Ciertas composiciones de Akshay Babu entraron también a formar parte de *Valmiki Pratibha*, lo mismo que algunas adaptaciones de los cantos de *Vihari Chakravarti*.

En la representación de esos dramas solía reservarme el principal papel. Desde mis primeros años, me atrajo la acción escénica, y me creía dotado de aptitudes para ella. Tal vez haya demostrado que esa opinión no carecía de fundamento. Antes, sólo una vez había desempeñado un

papel en una comedia, original de mi hermano. Tal fué mi primera experiencia en la escena. En aquel momento, parecía que nada podía fatigar mi voz.

Una verdadera cascada de música se derramaba en nuestra casa sin cesar, día tras día, hora tras hora, y sus torbellinos de espuma reflejaban en nosotros todo un arco iris brillante. Nuestras nacientes energías, flamantes de juventud, estimuladas por una curiosidad virginal, se abrían camino en todas direcciones. Queríamos ensayarlo todo, experimentarlo todo, y nada nos parecía imposible. Escribíamos, cantábamos, gozábamos, nos esparcíamos hacia todos los rumbos.

Así entré en mi vigésimo año.

Mi hermano conducía el carro de esas fuerzas juveniles que nos arrastraban triunfales. Era absolutamente intrépido. Una vez, siendo yo apenas un adolescente que no había subido nunca a un caballo, me hizo montar y partir al galope tras él, sin la menor preocupación por su pequeño compañero. A la misma edad, en Shelidah (cuartel general de nuestra propiedad rural), al tenerse noticia un día de que habían avistado un tigre, fuí incorporado a la expedición que partió para cazarlo. No tenía fusil; si lo hubiese tenido, habría sido más peligroso para mí que para el tigre. Nos descalzamos al borde de la jungla y penetramos en ella con los pies desnudos. Por fin, al entrar en una espesura de bambúes, despojados en parte de sus varas espinosas, encontré el modo de acurrucarme detrás de mi hermano, mientras se cumplía el acto final. Si al tigre se le hubiese ocurrido darme un zarpazo, no habría podido pegarle ni siquiera con la sandalia.

Mi hermano me otorgaba una libertad sin límites, tanto dentro de casa como afuera, frente a cualquier peligro. Ni la tradición ni la costumbre lo estorbaban y así me desembarazó de toda aprensión y de mi natural timidez.

Al quedar así, en comunión conmigo mismo, no sé cómo resbalé fuera de la huella en que me había hundido. Tal vez el hecho de estar separado de aquellos a quienes había buscado agradar, y conforme a cuyo gusto se había amoldado la forma de lo que intentaba expresar, fué la ocasión propicia que me liberó del estilo impuesto por su influencia.

Comencé a escribir en una pizarra. Algo influyó esto en mi emancipación. Los cuadernos que usaba antes parecían exigir cierta altura de vuelo poético, que me esforzaba por alcanzar comparándome con otros. La pizarra, por el contrario, convenía a mi humor del momento. Parecía decirme: "No temas nada. Escribe de acuerdo con tu fantasía, la esponja se lo llevará todo".

Mientras, así liberado, componía uno o dos poemas, sentí que me inundaba un gozo enorme. "¡Al fin —dijo mi corazón—, esto que escribo es mío!" No se tome este gozo por un movimiento de orgullo. Este sentimiento habría podido experimentarlo por mis anteriores producciones, por ser el orgullo todo lo que eran capaces de inspirarme. Pero me niego a considerar como amor propio la realización de sí mismo. La alegría que procura a los padres su primogénito no proviene de su apariencia física, sino de que es su hijo. Si por acaso es un niño extraordinario, podrán también envanecerse, pero entonces el sentimiento será muy diferente.

En la primera expansión de esa alegría, dejé de prestar atención a las reglas de la métrica, y como un río no corre en línea recta, sino formando meandros, del mismo modo corrieron mis versos. Antes, hubiera creído cometer un crimen por semejante audacia, pero ahora no experimentaba ninguna compunción. La libertad viola la ley; después se hace para sí misma una ley y se la impone. Ésa es la verdadera autonomía.

Akshay Babu fué el único oyente de esos poemas irregulares. La primera vez que los oyó demostró tanto contento

como sorpresa, y su aprobación ensanchó aún más mi ruta hacia la libertad.

Los poemas de Vihari Chakravarti están escritos en un ritmo de tres tiempos, que produce un efecto de redondez, y contrasta con el efecto en cuadrado de los múltiplos de dos. Ese ritmo parece rodar, deslizarse en cadencia, danzando al tintineo de los aros de sus tobillos.

Sentía yo predilección por esta forma métrica, que me recordaba el rodar en bicicleta, más bien que la marcha. Y me había acostumbrado a él. En los *Cantos de la Tarde* rompí con ese hábito y no contraí ningún otro. Me sentía enteramente libre y despreocupado y no temía ninguna reprimenda.

La fuerza obtenida en ese trabajo libre de toda traba me mostró que había buscado en muchas regiones inaccesibles lo que poseía en mí. Cierta falta de confianza en mí mismo me había impedido encontrarme. Me pareció despertar de un sueño de esclavitud y verme libre. Dí saltos desordenados para convencerme de la libertad de mis movimientos.

Ese período fué, para mí, el más memorable de toda mi carrera. Los *Cantos de la Tarde* pueden no encerrar gran valor en sí mismos; en realidad, son bastante fallidos. Ni el metro, ni la lengua, ni el pensamiento encontraron allí su forma definitiva. Su único mérito residía en que, por primera vez, conseguía escribir, a mi modo, lo que quería expresar. Aun cuando esas composiciones carecieran de valor, ese gozo lo tenía, seguramente.

XXXI

A PROPÓSITO DE LA MÚSICA VOCAL

CUANDO mi padre me hizo regresar de Inglaterra, tenía yo intención de prepararme para el foro. Algunos amigos, lamentando que se me cerrase esa carrera, instaron a mi padre para que me enviara otra vez al extranjero. En consecuencia, me puse en camino, esta vez en compañía de un pariente, para un segundo viaje a Inglaterra. Pero el destino opuso un veto tan enérgico a mi acceso al foro, que ni siquiera había de llegar a Inglaterra. Tuvimos que desembarcar en Madrás y volver a Calcuta.

La causa de esa mala suerte no fué tan seria como sus consecuencias, pero como los burlones no se la tomaron conmigo, me abstendré de consignarla aquí. Así, de mis dos peregrinajes al santuario de Laksmana (la diosa de la riqueza) debí volver chasqueado. Espero, sin embargo, que el dios de la jurisprudencia me mire con buenos ojos, por no haber agravado la aglomeración en las cercanías del foro.

Mi padre vivía entonces en las colinas de Mussorie. Llegué hasta él con miedo y temblor; pero no manifestó ningún desagrado y pareció más bien satisfecho. Debió de ver en mi regreso el dedo de la Divina Providencia.

La víspera de mi partida para ese viaje, di una conferencia en el Aula de la Escuela de Medicina, por invitación de la Sociedad Bethune. El reverendo K. M. Bancrij presidía el acto. El tema de mi discurso fué la Música. Era la primera vez que hablaba yo en público.

Dejando aparte la música instrumental, me apliqué a demostrar que la música vocal tiene por objeto transmitir mejor lo que las palabras quieren expresar. El texto de mi discurso era bastante pobre, pero ilustré el tema con cantos y declamaciones. La única justificación de los elogios lisonjeros que el presidente me dirigió en seguida, debió de ser el efecto de mi voz juvenil, unida al ardor de mi exposición y la diversidad de mis esfuerzos. Pero hoy debo confesar que mis asertos, enunciados ese día con tanto entusiasmo, eran erróneos.

El arte de la música vocal tiene sus funciones especiales y sus rasgos individuales. Cuando está asociada con palabras, éstas no deben predominar sobre la melodía, de la que sólo son el vehículo. Si el canto es bello por sí mismo, ¿por qué preocuparse de las palabras? Más propiamente, la música comienza donde las palabras no bastan. Su poder reside en la región de lo inexpresable; dice lo que las palabras no pueden decir.

En consecuencia, cuanto menos cargado de palabras, mejor es el canto. En el estilo clásico de Indostán¹ las palabras son insignificantes; dejan que la música cumpla su mensaje a su modo. Cuando la forma melódica se despliega más libremente, la música vocal alcanza la perfección en su género. Conduce entonces nuestras percepciones hasta su propia altura.

En Bengala, al contrario, las palabras se han afirmado siempre, hasta el punto de que nuestro canto no ha desarrollado la plenitud de sus capacidades musicales. Se ha contentado con seguir siendo el acólito de la poesía. Desde los antiguos cantos Vaishnava hasta los de Nidhu Babu, la música vocal, en nuestra provincia, no ha revelado más que bellezas de segundo orden. Sin embargo, así como entre nosotros la mujer gobierna a su esposo, reconociéndose bajo

¹ Distinto en general de los estilos de provincia, pero sobre todo del estilo draviniano, que prevalece en el sur.

su dependencia, así también nuestra música, confesándose la servidora de la poesía, acaba por ser la reina.

Lo he comprobado a menudo, al componer mis cantos. Mientras tarareaba para mí mismo al escribir estas líneas:

*No guardes tu secreto para ti, mi amor,
Murmúralo a mi oído dulcemente, sólo a mí,*

sentí que las palabras no podían alcanzar, por sí mismas, la región adonde la música las llevaba. La melodía sugería que ese secreto, que estaba yo tan importunamente deseoso de escuchar, se mezclaba al misterio reverdecido de los claros en el bosque, se impregnaba de la blancura silenciosa de las noches de luna, miraba a hurtadillas a través del velo azul sin límites, por encima del horizonte, y era uno de los secretos íntimos de la Tierra, del Cielo y de las Aguas.

Un día, en mi primera juventud, oí algunas notas de un canto:

¿Quién te vistió, mi amor, como una extraña?

Este fragmento hizo brotar maravillosas imágenes en mi espíritu, a tal punto, que todavía me asaltan. Una vez me puse a escribir la letra para una de mis composiciones, mientras resonaba en mí el eco de ese pasaje. Tarareándolo, escribí estos versos:

*¡Te conozco, oh Mujer de una comarca extraña!
Tu morada se encuentra en la otra orilla del mar...*

Sin música, no sé qué forma habría podido tomar el resto del poema. Pero la magia de la melodía hizo aparecer a la extranjera en toda su gracia cautivante. Es ella, me dijo mi alma, la que viene y se va, la mensajera de otra playa del océano del misterio. Ella es la que a veces vemos a través de las montañas de otoño mojadas de rocío, o de las noches embalsamadas de primavera, en el fondo de

nuestro corazón. A veces nos elevamos en el aire para oír la cantar. Así, la melodía me transportó hasta el umbral de esa extranjera encantadora, y le fué dedicado el resto del poema.

Largo tiempo después, en una calle de Bolpur, escuché a un mendigo que, caminando, cantaba:

*¡Cómo el desconocido pájaro revolotea
En su jaula y fuera de ella!
¡Ah, si pudiera retenerlo,
Mi amor pondría un aro en sus pies!*

Comprendí que ese *Baal* expresaba el mismo sentimiento. El pájaro exótico, entre los barrotes de su jaula, quiere gorjear a veces algo de lo lejano ignoto. Pero si el corazón quiere guardarlo junto a él para siempre, siente que es imposible. ¿Quién podría expresar esas partidas y esos regresos, sino la música?

Por eso me disgusta siempre publicar las palabras de mis cantos sin su melodía; me parece que el alma ha de estar ausente de ellas.

XXXII

ORILLAS DEL RÍO

CUANDO volví de aquel fracasado comienzo de un segundo viaje a Inglaterra, mi hermano Jyotirindra y su mujer vivían en Chandernagor, en una casa de campo, adonde fuí a unirnos.

¡Eran de nuevo las orillas del Ganges! De nuevo días y noches inefables, llenos de feliz languidez y ardiente aspiración, junto al agua que huía burbujeando, bajo la sombra fresca de sus riberas boscosas. El cielo luminoso de Bengala, la brisa del sur, la corriente del río, esa indolencia real, ese amplio ocio que se extiende de un horizonte a otro, y de la verde tierra al cielo azul, todo ofrecía alimento y licores a un hambriento y sediento como yo. Allí hallé mi verdadera morada y me sentí como envuelto en los brazos de una Madre.

No han transcurrido muchos años desde entonces; pero el tiempo ha cambiado mucho esos lugares. Nuestros pequeños nidos, acurrucados en la verdura, al borde del agua, han sido desalojados por fábricas que yerguen sus cabezas silbando y vomitando humo, como dragones. En los enneguecedores mediodías de la vida moderna, nuestras horas de siesta mental han sido reducidas al mínimo extremo, y —como una hidra— la inquietud ha invadido todos los dominios de la existencia. Tal vez sea para bien, pero yo —aunque fuera el único en pensar así— no puedo reconocer en eso un progreso desde todo punto de vista.

Mis días exquisitos al borde del río transcurrieron como otras tantas flores de loto arrojadas en ofrenda al río sagrado. Algunas tardes lluviosas las pasé cantando, acompañado de armonio, antiguos poemas de Vaishnava, con aires compuestos por mí. Otras veces bogábamos en el río, siguiendo la corriente, y mi hermano acompañaba mis cantos con su violín. Comenzando por el modo *puravi*¹, proseguíamos de modo en modo, a medida que el día declinaba, y llegábamos al *Behaga* cuando el cielo de occidente cerraba las puertas de su fábrica de juguetes de oro, y al oriente la luna subía por sobre la franja de los bosques.

Entonces tomábamos los remos y volvíamos a abordar los escalones de nuestra villa, para ir a sentarnos sobre la manta extendida en la terraza, frente al río. Una paz argentada reposaba sobre la tierra y sobre el agua, pocas embarcaciones se veían, la línea festoneada de los árboles sobre la ribera no era más que una sombra y la luz de la luna se estremecía en la corriente lisa del agua.

La villa que habitábamos se llamaba "Jardín de Morán". Una escalera de piedra subía del río a una larga y espaciosa galería que formaba parte de la casa. Las piezas no estaban regularmente alineadas, ni todas al mismo nivel. A algunas se subía por escalones. El vasto salón abría sobre la escalera del embarcadero; tenía ventanas con vidrieras de colores que representaban cuadros. Uno de ellos figuraba una hamaca semioculta en el follaje, donde entre las manchas de luz y sombra se hamacaban dos personas. En otro vitral se veía una gran escalera que conducía a la gradería de un palacio, en cuyos escalones hombres y mujeres en traje de fiesta iban y venían. A los rayos del sol, esos vitrales tenían un brillo espléndido y llenaban la atmósfera como de una música de fiesta, que recordaba regocijos lejanos, desde largo

¹ Muchos de los modos clásicos de Indostán se supone que convienen particularmente a ciertas estaciones del año, y a ciertas horas del día.

tiempo olvidados. Los acentos de amor de la pareja enlazada en la hamaca animaban los bosquecillos del ribazo con su eterno retornelo.

El cuarto alto de la villa estaba en una torre redonda, cuyas ventanas se abrían en todas direcciones. Allí componía mis poemas. No se veía más que las copas de los árboles y el vasto cielo. Entonces escribí los *Cantos de la Tarde*, donde decía, refiriéndome a esa habitación:

¡Allá, donde se tienden a dormir las nubes del espacio inmenso,

Construí mi casa para tí, Poesía!

XXXIII

TODAVÍA LOS "CANTOS DE LA TARDE"

EN aquel entonces, mi reputación en los círculos literarios era la de un poeta de ritmo desigual, cuyo estilo no pasaba de un balbuceo. Se juzgaba que todo en mis obras era nebuloso e indeciso. Por poco que me gustara entonces esa apreciación, la crítica era fundada. En efecto, faltaba al cuerpo de mi poesía la espina dorsal de las realidades de este mundo. ¿Dónde habría encontrado la sustancia, en la total reclusión de mis años jóvenes? Pero me niego a admitir que esa vaguedad fuese afectación, como algunos insinuaban. El feliz propietario de una vista normal ridiculiza fácilmente al joven de anteojos, como si éste los usara por adorno. Es lícito hacer alusión al defecto del pobre diablo, pero no se puede, sin crueldad, acusarlo de que finge no ver.

La nebulosidad no es extraña a la Naturaleza: representa una de sus fases. Excluir toda poesía que no llegue a la plena claridad, no sería orientarse hacia lo verdadero en literatura. Cuando una fase cualquiera de la vida humana ha encontrado su expresión justa, ésta es digna de ser consignada. Sólo se puede rechazar, en principio, lo mal expresado. En ciertos momentos nuestros sentimientos son patéticos por inexpresables: experimentamos la angustia de lo vago. La poesía que tiende a expresar esto tiene su razón de ser; puede ocurrir que sea mediocre, pero no lo es necesariamente. El pecado, en la literatura, no es el estado del

espíritu que se expresa, sino la expresión defectuosa de ese estado.

Hay en nosotros un dualismo. El ser interior, oculto bajo la ola de los pensamientos, sentimientos y contingencias exteriores, permanece casi desconocido; se lo tiene poco en cuenta. Pero no se podría hacer abstracción de él en el curso de su desarrollo. Cuando la vida exterior está en desacuerdo con la interior, el ser íntimo sufre y su queja se exhala de manera indescriptible, más semejante a gemidos inarticulados que a una expresión verbal.

La tristeza y el sufrimiento que buscaban manifestarse en mis *Cantos de la Tarde* tenían su causa en lo más profundo de mi ser. Tal como luchamos, bajo el peso de una pesadilla, debatiéndonos por despertar, así lucha el yo sumergido, para librarse de sus complicaciones, revelándose. Esos cantos no son otra cosa que la historia de ese esfuerzo. Como toda creación, la poesía contiene una oposición de fuerzas. Si la divergencia entre esas fuerzas es inconciliable, o si ellas se acercan demasiado a la identidad, no hay, me parece, lugar para la poesía. Pero cuando el dolor de la discordancia busca resolverse en una armonía y se esfuerza por darle expresión, la poesía se hace musical, así como el sople que pasa por una flauta se convierte en música.

Cuando los *Cantos de la Tarde* vieron la luz, no fueron saludados con sonos de trompeta; sin embargo, no les faltaron admiradores. He referido en otra parte cómo, en las fiestas del matrimonio de la hija mayor de Ramesh Chandra Dutts, al presentarse en la puerta Bankim Babu, el anfitrión lo acogió, como es costumbre, ofreciéndole una guirnalda de flores. Viéndome llegar a mi vez, Bankim Babu tomó vivamente la guirnalda y la colocó en mi cuello, diciendo: "Ramesh, a él pertenece esta corona. ¿No has leído sus *Cantos de la Tarde*?" Dutts declaró que no los había leído todavía, y Bankim, entonces, proclamó su apreciación de

algunos de ellos, en términos que me recompensaron ampliamente.

Los *Cantos de la Tarde* me valieron también una amistad cuya influencia, como los rayos de un sol, estimuló y guió los vástagos con brotes de mis esfuerzos: la de Babu Priyanath Sen. Poco antes, *El Corazón Roto* le había hecho perder las esperanzas que concibiera respecto a mí. Reconquisté su estima con los *Cantos de la Tarde*. Quienes conocen a ese hombre saben que es un navegante de primera, en los siete mares¹ de la literatura, cuyas rutas conocidas y poco conocidas recorre en casi todas las lenguas hindúes y extranjeras. Conversar con él era poder contemplar los horizontes más ignorados del mundo de las ideas. Tal fué mi inestimable privilegio. Sus opiniones literarias se expresaban con toda firmeza, pues no se reducía solamente a sus propios gustos, para fundamentar sus impresiones. La autoridad de su crítica me fué más provechosa de lo que pueda expresar. Sometía a ella todo lo que escribía. ¡Quién sabe si, privado de los aguaceros oportunos de sus juicios altamente competentes, mis campos cultivados habrían producido las cosechas que han brindado!

¹ Los cuentos de hadas enseñan a los niños de la India que el mundo tiene siete mares y trece ríos.

XXXIV

"CANTOS DE LA MAÑANA"

DURANTE mi estada al borde del río, escribí también en prosa; no sobre un tema o con un plan determinado, sino como un colegial que caza mariposas. Cuando la primavera se presenta, mil efímeras fantasías nacen y revolotean, a menudo inadvertidas, en los alrededores de mi espíritu. En esos días de ocio, fué tal vez el humor del coleccionista lo que me llevó a reunir las, o era todavía una fase de la emancipación que me impulsaba a escribir todo lo que me pasaba por la cabeza. Más tarde, esas composiciones en prosa se publicaron con el título de *Vividha Prabandha* (Temas Diversos), pero después de una primera edición rindieron su alma, sin volver a tomar aliento para una segunda.

En ese momento, también, empecé a escribir mi primera novela: *Bauthakurannir Hat*.

Después de haber pasado algún tiempo a orillas del río, mi hermano alquiló una casa en Calcuta, en Sudder Street, cerca del Museo. Viví allí con él. Mientras trabajaba en mi novela y en mis *Cantos de la Mañana*, una revolución extraordinaria se operó en mí.

Caminaba un día por la terraza de nuestra casa, al anochecer, y el ardor del poniente se combinó con la palidez del crepúsculo, para dar a la llegada de la noche un aspecto de belleza extraordinaria y un encanto desconocido. Los muros mismos de la casa vecina me parecían transfigu-

rados. ¿Era la magia del sol poniente la que operaba el milagro, levantando el velo de la trivialidad del mundo ordinario? No. Discerní la causa en la impresión que me produjera ese espectáculo: había provocado un eclipse de la conciencia de mí mismo. Antes, todo a lo largo de la vida diaria, mi yo colmaba mi conciencia; todo lo que yo percibía estaba alterado y recubierto por él. En ese instante, por el contrario, mi yo acababa de ser rechazado al último plano y percibía yo el mundo bajo su aspecto verdadero. Nada había ya en él de trivial, irradiaba belleza y alegría.

Advertido por esa experiencia, me dediqué a hacer abstracción voluntaria de mi yo, contemplando el mundo como espectador. Hallé en ello un sentimiento de intensa satisfacción. Traté de explicar este hecho a uno de mis allegados, mostrándole el modo de ver el mundo en su verdadera luz, y describiéndole la sensación de aligeramiento de nuestra carga personal, resultante de esta visión: pero no conseguí que me comprendiera.

Poco después, me fué concedida una percepción más profunda, que quedó mía para toda la vida.

Desde nuestra casa se alcanzaban a ver el extremo de la calle y los árboles del parque de la Escuela Libre. Una mañana, de pie bajo la galería, miraba hacia ese lado, cuando el sol se levantó sobre las coronas de follaje de los árboles. Mientras seguía contemplándolo, pareció caer un velo delante de mis ojos. Ví el mundo bañado en un esplendor incomparable, olas de belleza y de gozo se levantaban por doquiera. Esta visión atravesó en un instante los repliegues de tristeza y desaliento que envolvían mi corazón y lo inundó de luz universal.

Ese mismo día, un poema, *El Despertar de la Cascada*, brotó en mí de un solo impulso, como una verdadera cascada. Terminado el poema, el velo no volvió a correrse sobre el aspecto bienaventurado del universo. Ya nadie ni nada volvió a parecerme trivial ni desagradable. Al día siguiente,

o en el que le siguió, se produjo un incidente que no dejó de impresionarme.

Un curioso personaje venía a verme de cuando en cuando y tenía la costumbre de formular toda especie de preguntas absurdas. Por ejemplo, un día me había preguntado: "Señor, ¿ha visto usted a Dios con sus propios ojos?" Y como yo le respondiera negativamente, declaró que él lo había visto. "¿Y qué vió usted?", le pregunté. "Se agitaba convulsivamente y palpitaba bajo mis ojos."

Es claro que no era el caso de entregarse a discusiones profundas con semejante individuo. Además, me encontraba en esos momentos enteramente absorbido por mi trabajo. Pero como era un ser inofensivo, no quería apenarlo y lo soportaba lo mejor que podía.

Ese otro día, cuando lo ví aparecer, me sentí realmente contento de verlo y le deseé una cordial bienvenida. El manto de su extravagancia y estupidez parecía haber resbalado de sus hombros, y el hombre que acogía yo tan alegremente era el ser verdadero, que yo sentía no me era en nada inferior, y que, además, estaba estrechamente emparentado conmigo. No descubriendo en mí ningún resto de disgusto al verlo, ni sentimiento alguno de que perdía mi tiempo, me llenó una inmensa alegría, y me sentí liberado del tejido de mentiras que me causara tantos disgustos e inútiles tormentos.

El modo de andar, el aspecto, la cara de uno de los transeúntes a quienes seguía yo con la vista desde el balcón, me parecían maravillosamente bellos, como otras tantas olas sobre el océano de la creación. Hasta ese momento, no había mirado más que con los ojos; ahora veía con toda mi conciencia. Dos jóvenes pasaban indolentemente, el brazo de uno en el hombro del otro. Ya no veía en eso nada insignificante. A través de ellos, mi mirada se sumergía en la profundidad de una fuente de eterno gozo, donde la risa, como una espuma, se lanzaba en un chorro. Nunca había

notado el juego de las líneas que acompaña los movimientos de los miembros, en los menores actos de los hombres; ahora estaba bajo el encanto de su variedad, que por todas partes me impresionaba. No observaba las cosas aisladamente, sino asociadas y formando juntas una grande y maravillosa danza, que abrazaba el mundo de los hombres, en sus casas, sus trabajos y actividades. El amigo sonríe a un amigo; la madre acaricia a su hijo; una vaca, echada al lado de otra, le lame el flanco, y en el último plano de todo ello, algo inconmensurable impresiona mi alma por contacto directo, con una intensidad casi dolorosa.

Cuando escribí las líneas siguientes aludiendo a ese período:

*De pronto, no sé cómo, mi corazón abrió sus puertas
Y dejó penetrar la multitud de mundos, que se estre-
chaban y saludaban uno a otro...*

no era, de ningún modo, una exageración poética. Más bien, era incapaz de expresar lo que sentía.

Quedé algún tiempo, sin interrupción, en ese estado de beatitud y olvido de mí mismo. Después, mi hermano proyectó un viaje a las colinas del Darjeeling. Tanto mejor, pensé; sobre esas vastas alturas del Himalaya, discerniré mejor aún lo que me fué revelado en la calle Sudder. En todo caso, veré cómo se despliega el Himalaya ante mi nueva visión.

Pero la casita de la calle Sudder conservó su privilegio. Cuando, desde la cima de las montañas, miré a mi alrededor, sentí de pronto que había perdido mi nueva visión. El error fué, sin duda, haber creído que de afuera podía llegarme más verdad. El rey de esos montes podía horadar con su pico el firmamento, sin tener nada que ofrecerme, en tanto que el Dispensador de los Dones, en un abrir y cerrar de ojos, podía hacer resplandecer la visión en la más oscura de las callejuelas.

Vagué entre los abetos, me senté al borde de las cascadas y me bañé en ellas, contemplé la grandeza del Kichinjunga en un cielo immaculado, y en esos lugares que parecían propicios, no recobré la visión. Mientras admiraba la joya, cayó la tapa y quedé ante el cofrecito cerrado; pero por perfecto que fuese su cincelado, ya no me arriesgué nunca a tomar ese estuche por una caja vacía.

Mis *Cantos de la Mañana* se terminaron; su último eco expiró con *El Eco*, escrito en Darjeeling. Este poema debió de parecer completamente enigmático, pues dos amigos hicieron una apuesta sobre su significado. Cuando vinieron juntos a buscar en mí la solución de sus diferencias, fuí incapaz de interpretarles el enigma, y tuve así el consuelo de ver que ninguno de los dos perdía el dinero apostado.

Habían pasado, para siempre, los días en que escribía poemas excesivamente comprensibles, por ejemplo: *El Loto*, o *Un Lago*.

Pero, ¿se escribe poesía para explicar algo? Lo sentido por el corazón busca corporeizarse en un poema. Cuando alguien, después de leerlo, dice que no lo ha comprendido, me siento reducido a silencio. Si aspiras el perfume de una flor y dices: "No comprendo", la respuesta es que no hay nada que comprender, que no es más que un perfume. Y si insistes, diciendo: "Lo sé, ¿pero qué significa todo esto?", no queda más remedio que cambiar de tema, o volverse aún más incomprensible, afirmando que el perfume es la forma que toma el gozo universal en una flor.

El inconveniente es que las palabras tienen un significado. Por eso, el poeta está obligado a disponerlas y entrelazarlas en versos, según modos métricos, para que su significado se atenúe un poco y el sentimiento pueda abrirse paso.

La expresión de un sentimiento no es la exposición de una verdad fundamental, ni el enunciado de un hecho científico o de un precepto de moral. Como una lágrima, como una sonrisa, no es más que una imagen de lo que

pasa dentro. La ciencia y la filosofía encuentran algo que espigar allí, sea. Pero no es ése el fin perseguido. Si al cruzar el agua en una balsa, atrapas un pez, has tenido suerte; pero de ahí no se deduce que una balsa sea un barco de pesca y nadie reprocha al batelero porque no ejerce el oficio de pescador.

Hace demasiado tiempo que apareció *El Eco*, para que siga llamando la atención, y ya no tengo que dar cuenta de lo que significa. Sin embargo, cualesquiera fuesen sus méritos o deméritos, puedo asegurar al lector que, al escribirlo, no era mi intención proponer un enigma, ni transmitir, por modo indirecto, una enseñanza erudita. Un deseo había nacido en mí; no encontrando otro nombre que darle, lo llamé *El Eco*.

Cuando de su fuente primera, en el centro íntimo del universo, brotan arroyuelos de melodía, su eco llega a nuestros corazones por los rostros de nuestras bienamadas y por los otros objetos bellos que nos rodean. Ha de ser ese eco lo que amamos, sugería yo, más bien que los intermediarios que, por azar, nos lo reflejan, puesto que tal cosa que un día nos interesa poco, puede llegar a ser para otros, otro día, objeto de devoción ferviente.

Por tan largo tiempo había contemplado el mundo por mis ojos externos, que había sido incapaz de percibirlo bajo su aspecto de gozo universal. Cuando, de pronto, un rayo de luz halló salida desde el fondo más secreto de mi ser, se expandió alrededor, iluminando todo el universo. El mundo cesó de aparecérseme como un amontonamiento de cosas y sucesos; se reveló como un todo. Esa experiencia me hizo conocer la ola de melodía que emana el corazón del universo, que se derrama en el espacio y en el tiempo, haciendo nacer por todas partes ecos, olas de alegría, que regresan en derecha a su fuente.

Cuando el artista alza la voz, del fondo de su corazón desbordante, su canto es auténtico gozo. Y este gozo se redobla cuando ese mismo canto vuelve a los oídos del autor.

Igualmente, cuando la creación devuelve una ola de gozo al Artista Supremo, si dejamos que ella inunde nuestra conciencia, percibimos en el acto, de modo inexpresable, hacia quién se dirige esa ola. Y así que lo realizamos, el amor toma impulso en nosotros, y nuestro yo se desprende de sus amarras para asociarse a la ola de alegría y dirigirse con ella a su objeto infinito. Tal es el sentido del deseo que nos conmueve ante la Belleza.

La ola que viene de lo Infinito y va hacia lo Finito es la Verdad, la Bondad. Tiene sus leyes y sus formas determinadas. Su eco, al volver al Infinito, es la Belleza, el Gozo, ambos intangibles e inasibles, que nos transportan fuera de nosotros mismos. Es lo que ensayé decir por medio de parábolas en el canto *El Eco*. No es sorprendente que el resultado del ensayo no fuese claro, puesto que la tentativa misma no lo era.

He aquí lo que escribí más tarde, en una carta, a propósito de los *Cantos de la Mañana*.

"En el mundo no hay nada; todo está en mi corazón", dice, a cierta edad, el hombre. Cuando su corazón despierta, abre los brazos para tomar el mundo entero; así como el niño, durante la dentición, cree que todo es para llevarlo a la boca. Gradualmente, el hombre llega a distinguir lo que le hace falta, de lo que le es inútil. Entonces, los vapores nebulosos que emitía su corazón se condensan, producen calor y lo exhalan.

"Querer el mundo entero, es no poder conseguir nada. Pero cuando el deseo se concentra y se orienta, con toda su fuerza, hacia un fin determinado, se hace visible una puerta de acceso al Infinito. Los Cantos de la Mañana eran el primer ímpetu de mi corazón hacia afuera. Por eso, no hay aún en ellos ningún signo de concentración."

Sin embargo, el gozo universal de ese primer ímpetu nos dispone para tomar conocimiento de las cosas especializadas. Un lago desbordante busca salida para extenderse, formando un río. En cierto sentido, este amor especializado es más estrecho que el primer amor universal; pero está mejor definido en su dirección, y mientras trata de abarcar el todo en sus partes, prosigue su impulso hacia el gran fin. Lo que en suma logra, no es ya la expansión indefinida del gozo del corazón, sino la inmersión de este gozo en la realidad, que le era externa; así es como se realiza plenamente la primera aspiración.

En la edición de Mohita Babu, estos *Cantos de la Mañana* han sido reunidos con los poemas titulados *Nishkram* (La Emergencia). En efecto, en ellos se manifiesta mi salida de los *Lugares desiertos del Corazón* y mi entrada en el vasto mundo exterior. En adelante, ese corazón peregrino ha debido tomar conocimiento de ese mundo, poco a poco, parte a parte, en sus múltiples aspectos y sus variedades de humor. Al fin, después de haber dejado atrás muchos puertos, al llegar a destinos sin permanencia, el barco arribará a su objeto, que será, no lo vago de posibilidades indeterminadas, sino la consumación de la Verdad en su plenitud.

En mi infancia, había conocido la comunión con la naturaleza, simple e íntima. Cada uno de los cocoteros de nuestro jardín tenía para mí una personalidad distinta. Cuando, al volver de la Escuela Normal, veía detrás de la línea de nuestro techo nubes de un gris azulado, en espeso montón, experimentaba una satisfacción inmensa, tan profunda, que la vuelvo a sentir en el recuerdo. Cuando abría los ojos, cada mañana, el mundo se despertaba alegre, llamándome a jugar con él, como un camarada. El cielo ardiente de mediodía, durante las largas veladas silenciosas de la siesta, me llevaba lejos de la agitación tumultuosa, hacia los retiros de las ermitas: y la oscuridad de la noche me abría la puerta de los senderos fantásticos, llevándome hasta los siete mares

y los trece ríos, a través de las cosas posibles e imposibles, en línea recta hacia el país de las maravillas.

Pero un día, cuando a la entrada de mi juventud mi corazón famélico clamó por su sustento, un cerco se elevó entre el mundo y yo. Todo mi ser comenzó a evolucionar en torno a mi corazón turbado, en un vórtice que aprisionó a mi conciencia en sus anillos. El pesar de la armonía perdida, de la comunión interrumpida, se expresa con dolor en los *Cantos de la Tarde*. En los *Cantos de la Mañana*, por el contrario, se ve abrirse la puerta que, atravesando de súbito el cerco de mi aislamiento, me devolvió mi privilegio, no tal como lo poseyera antes, sino más completo, más perfecto, después de la privación momentánea.

Así, por esos capítulos de unión, separación y reunión, terminó el primer libro de mi vida. O más bien, no es exacto decir que terminó, pues prosigue todavía con el mismo tema, a través de soluciones más laboriosas, de problemas aún más complejos, hacia una conclusión más vasta.

Los escritos en prosa del período de los *Cantos de la Tarde* fueron publicados, según he dicho ya, bajo el nombre de *Vividha Prabandha*. Otros, de la época de los *Cantos de la Mañana*, aparecieron bajo el título de *Alochana* (Discusiones). La comparación de los rasgos característicos de esas dos series daría una justa idea del cambio que se cumplió en mí entre las fechas de su composición.

XXXV

RAJENDRAHAL MITRA

EN ese entonces, más o menos, mi hermano Jyotirindra tuvo la idea de fundar una academia literaria que reuniera en su seno a todos los hombres de letras de reputación. El objeto de esa entidad debía ser la compilación de términos técnicos que pudieran ser incorporados autorizadamente, a la lengua bengalí, y en general, favorecer el desarrollo de esa lengua. Tal designio difería poco del que hoy tiene la Academia de Literatura *Sahitya Parishat*.

El doctor Rajendrahal Mitra acogió con entusiasmo la idea y fué presidente de esa fundación durante el poco tiempo que alcanzó a durar. Cuando fuí a ver al Pandit Vidyasagar para obtener su adhesión a la empresa, oyó la exposición del objeto propuesto y los nombres de las personas cuya colaboración se deseaba, y me dijo: "El consejo que les doy es que nos dejen a un lado. No realizarán nada con los grandes pelucones; nunca llegarán ellos a entenderse". Con esto, rehusó su participación. Bankim Babu, al contrario, consintió en ingresar, pero no puedo decir que demostrara gran interés en la iniciativa.

En realidad, mientras duró esa Academia, Rajendrahal Mitra realizó el trabajo él solo. Comenzó por los términos geográficos, hizo una lista de ellos, y una vez impresa, la hizo circular entre los miembros, para recibir sugerencias.

Proyectábamos también modificar la ortografía de los nombres de países extranjeros, a fin de expresar más aproximadamente, en bengalí, la pronunciación que tienen, en sus respectivas lenguas.

La profecía de Vidyasagar se cumplió. No pudo obtenerse nada de los grandes pelucones. Y la Academia murió, poco después de nacer. Pero Rajendralhal Mitra era un experto tan universal, que él solo constituía una academia. Me vi más que resarcido de mis trabajos en la empresa, por el privilegio de conocerlo. Encontré, en mi tiempo, muchos hombres de letras en Bengala, pero ninguno de ellos poseía un prestigio tan brillante. Lo visitaba a menudo, en su oficina de la Cámara de las Tutorías, en Miniktala; allí lo encontraba, por las mañanas, ocupado en sus estudios. Con la irreflexión propia de la juventud, no dudaba en molestarlo; pero nunca lo vi mal dispuesto, en absoluto, ante mi indiscreción. Conforme me veía, abandonaba su trabajo para dirigirme la palabra. Como se sabe, era algo duro de oído; por ello, rara vez daba lugar a formularle una pregunta. Abordaba en seguida un vasto tema y empezaba a conversar sobre él. El atractivo de esos discursos era lo que me llevaba a visitarlo tan a menudo. Nunca la conversación de otra persona me proporcionó semejante abundancia de ideas sugestivas, sobre tanta variedad de temas. Lo escuchaba fascinado.

Creo que era miembro de la Comisión de Manuales de Enseñanza, y cada libro sometido a su aprobación lo leía de cabo a rabo y lo anotaba con su propia mano. A veces, tomaba como tema una de esas obras, para exponerme sus ideas sobre la construcción de nuestra lengua en particular, o sobre la filosofía en general. De ello sacaba yo el mayor provecho. Pocos temas había que él no hubiera profundizado, y sabía presentar con claridad el fruto de sus estudios.

Si en lugar de esperar algo de los demás miembros de la academia, hubiésemos dejado todo en manos del doctor

Rajendralhal, la *Sahitya Parishat* habría encontrado mucho más adelantados los asuntos de que hoy se ocupa.

El doctor Rajendralhal Mitra no era solamente un profundo erudito; era una personalidad descollante, y los rasgos de su rostro irradiaban su alta distinción. Pleno de brío en la vida pública, sabía, no obstante, relajarse con perfecta buena voluntad, para hablar sobre los temas más difíciles con un jovencito como yo, y esto, sin el más leve tono de condescendencia. Me prevalí de su bondad para obtener de él una colaboración, *El Perro de Yama*, para el *Bharati*. No me habría atrevido a tanto con otros grandes hombres de letras, contemporáneos suyos, y en caso de haberme aventurado, no habría encontrado una acogida semejante.

Sin embargo, cuando estaba mezclado en una controversia, sus adversarios en la Corporación Municipal o en el Senado Universitario lo temían mortalmente. En aquel momento, el gran hombre político era Kristo Das Pal, pero el combatiente más formidable era Rajendralhal Mitra.

Para los trabajos de la Sociedad Asiática de Publicaciones e Investigaciones, debió emplear cierto número de *Pandits* sánscritos, a quienes distribuyó las tareas preparatorias. Algunos envidiosos y mezquinos detractores aprovecharon la ocasión para pretender que todo el trabajo lo hacían, en realidad, esos *Pandits*, y que Rajendralhal se lo acreditaba falsamente. También hoy vemos a empleados que a veces se arrojan la parte del león en el trabajo hecho, imaginándose que el que les lleva la mano no es más que un accesorio decorativo. Si una pluma pudiera pensar, podría quejarse, con igual razón, de recibir las manchas de tinta, mientras el escritor recoge toda la gloria.

Es singular que este hombre extraordinario haya sido objeto de tan poca apreciación, después de su muerte, por parte de sus conciudadanos. Una de las razones de esta anomalía fué, tal vez, la manifestación nacional que siguió a la muerte de Vidyasagar, sobrevenida muy poco antes, y

que desvió la atención de todo otro duelo. O quizá también, como los trabajos de Rajendral Mitra estaban fuera del dominio de la literatura de Bengala, tal vez no le dieron oportunidad de conquistar el corazón del pueblo.

XXXVI

KARWAR

DE la calle Sudder, nuestra familia se mudó a Karwar, sobre la costa occidental de Indostán. Karwar era el centro del distrito de Kanara, en la parte meridional de la presidencia de Bombay. Es la región de las colinas Malaya, mencionadas en la literatura sánscrita, y donde crecen el trepador cardamomo y el árbol de sándalo. El segundo de mis hermanos ejerció en Karwar las funciones de juez.

La pequeña bahía, rodeada por su corona de colinas, está tan alejada de todo movimiento, que no da la impresión de un puerto. La playa, en forma de media luna, abre al mar sus dos brazos; es la imagen de una aspiración que quiere abrazar el infinito. Flanquea la orilla arenosa un bosque de casuarinas, interrumpido por el curso del río Kalanadi, que viene a verterse en el mar, después de haber atravesado una garganta, entre dos cadenas de colinas.

Una noche, a la luz de la luna, remontamos el río en un bote. Desembarcamos en uno de los antiguos fuertes de Shivaji, y caminamos hasta ir a dar en el bien barrido patio de una casa campesina. Allí, en un lugar iluminado por la luna, nos sentamos para compartir los víveres que llevábamos. Al regreso, nuestro bote descendió por el río, abandonado a la corriente. La noche extendía sus alas sobre las colinas, los bosques inmóviles y el curso del pequeño Kalanadi, bañándolos en el encanto de la claridad lunar.

Tardamos en alcanzar la desembocadura del curso de agua, y renunciando entonces a regresar por mar, abordamos la playa y empezamos a caminar por la arena. Mediaba la noche, ni el más leve estremecimiento se percibía en el mar, y hasta el perpetuo murmullo de las casuarinas se había callado. La sombra de la franja de árboles, a lo largo de la vasta extensión arenosa, reposaba inmóvil, y el círculo de las colinas de un gris azulado dormía tranquilamente en el horizonte, bajo el cielo. A través del profundo silencio de esa blancura sin límites, marchábamos los tres junto a nuestras sombras, sin pronunciar una palabra. A la llegada, mi somnolencia se había sumergido en un estado aún más profundo que el sueño. El poema que escribí entonces permanece siempre inseparable, para mí, de aquella noche sobre la playa lejana. No sé si podrá agradar sin el acompañamiento del recuerdo a que lo asocio. En tal duda, la edición de Mohita lo dejó de lado. Pero tal vez sea lícito hacerle lugar en estos recuerdos.

Dejad que me sumerja y me pierda en las profundidades de la medianoche.

Que la tierra me exima de su compromiso, libertándome de su polvo, que es para mí un obstáculo.

Pese a la ebriedad del plenilunio,

Velad a la distancia, ¡oh estrellas!

Dejad que el horizonte extienda aún sus alas alrededor de mí

Que ya no haya ni canto ni palabras; ningún contacto,

[ni sonido; que no haya ya ni despertar ni sueño,

[nada, sino la claridad lunar, inundando el cielo y

[mi ser, anegados en éxtasis.

El mundo me parece un barco que lleva innumerables

[peregrinos, y que se aleja en el lejano azul del

[cielo; el canto de los marineros se va desvaneciendo en el aire, poco a poco.

Mientras me pierdo en el seno de la noche ilimitada,

[mi ser se aleja de mí, palidece y disminuye, hasta

[no ser más que un punto en el espacio.

Hay que notar, a este respecto, que el solo hecho de haber sido escrito bajo el imperio de un sentimiento muy profundo, no basta para dar a un poema valor literario. Suele ocurrir, por el contrario, que un sentimiento así obre como un freno sobre la expresión verbal y la tenga en jaque. Si bien el escritor no debe estar alejado de lo que quiere traducir en palabras, no encontrará por estar más próximo, la mejor forma poética para describirlo.

El pincel preferible para poner el color justo en poesía es la memoria. La proximidad inmediata del tema tiene algo de imperativo que no deja suficientemente libre la imaginación. No sólo para la obra poética, sino para toda obra de arte, es menester que el artista retroceda un poco para contemplar el motivo. La facultad creadora debe conservar su señorío absoluto. Si el asunto se impone con demasiada fuerza, resulta una repetición de la impresión recibida, y no la imagen de belleza que puede producir el espíritu del artista cuando esa impresión se refleja en él.

XXXVII

"EL DESQUITE DE LA NATURALEZA"

EN Karwar escribí un poema dramático: *Prakritir Pratihoda* (El Desquite de la Naturaleza). Su héroe, un *Sanyasi* (ermitaño), se había propuesto vencer a la naturaleza, emancipándose de todo deseo y todo afecto, a fin de llegar a un conocimiento verdadero y profundo de sí mismo. Una niña lo desvía de ese designio y lo hace volver al mundo y a los afectos humanos. El *Sanyasi* comprende entonces que lo muy grande puede hallarse en lo muy pequeño; el infinito, dentro de los límites de la forma, y la eterna libertad del alma, en el amor. Comprende que sólo a la luz del amor lo limitado se sumerge en lo ilimitado.

La bahía de Karwar es en verdad un lugar selecto para comprender que la belleza de la naturaleza no es un espejismo de la imaginación, sino que refleja el gozo de lo infinito y nos llama a sumirnos en él.

Donde el universo se manifiesta particularmente por la grandeza de sus leyes no es extraño que su infinito se nos escape, pero allí donde el corazón entra en contacto con la belleza de las cosas más íntimas, ¿en qué para el razonamiento?

La naturaleza condujo al *Sanyasi*, por el camino del corazón, a la presencia del Infinito, que reina sobre lo finito como un rey en su trono. En *El Desquite de la Naturaleza* se ve, por una parte, a los caminantes y a los

aldeanos, contentos con la trivialidad de su vida doméstica, e ignorantes de la existencia de cuanto la supera, y por otra parte, el *Sanyasi*, absorto por el esfuerzo del renunciamiento a todo y a sí mismo, para llegar a un infinito creado por su imaginación. Cuando el ermitaño y el aldeano se encuentran, y el amor ha tendido un puente sobre el abismo que los separaba, la apariencia trivial de lo finito y el vacío aparente del Infinito se desvanecen a la vez.

En forma algo modificada, era la historia de mi propia existencia; la de ese rayo de luz inefable que se abrió paso hasta el fondo del subterráneo donde me había separado del mundo, y me unió de nuevo y más completamente con la naturaleza.

El *Desquite de la Naturaleza* puede considerarse como una introducción a toda mi obra literaria ulterior; o, mejor dicho, tal ha sido el tema desarrollado desde entonces en todos mis escritos: la alegría de lograr el Infinito en el seno de lo finito.

Volviendo de Karwar, compuse en viaje algunos poemas para *El Desquite de la Naturaleza*. El primero de ellos me llenó de contento mientras cantaba y escribía en el puente del barco.

*Madre, confíanos tu hijo amado,
Déjanos conducirlo a la pradera donde pastan
[nuestros rebaños ¹.*

El sol se ha levantado, los brotes se abren, los jóvenes pastores van al pastoreo. No quieren que el sol, las flores

¹ Las compañeras de Yashoda, madre de Krishna, le dirigen estas palabras. Yashoda viste cada mañana a su pequeño bienamado con sus vestidos color azafrán y le coloca una pluma de pavo real en los cabellos. Pero llegado el momento, la inquieta la idea de dejarlo partir, tan joven, para unirse a los pastores en el prado. Por ello, deben insistir mucho para decidirla. Esta es una parte de la parábola Vaishnava, que representa el juego de Krishna con el mundo, bajo su aspecto infantil.

y los juegos queden vacíos de sentido; les hace falta la presencia de su *Shyam* en medio de todo eso. Quieren ver el Infinito en su arrobadora belleza; han venido temprano porque desean unirse a sus alegres diversiones en los bosques, los campos, las colinas, los valles, y no admirarlo a la distancia, en la majestad de su poder. Visten con la mayor modestia. Un simple vestido color azafrán y una guirnalda de flores del campo. Ése es todo el ornato requerido. Pues donde el gozo reina todo alrededor, perseguirlo penosamente, o buscarlo en la pompa o por medios accidentales, sería perderlo.

Poco después de mi regreso de Karwar se realizó mi matrimonio. Tenía yo veintidós años.

XXXVIII

"CUADROS Y CANTOS"

GHABY o *Gan* (Cuadros y Cantos) fué el título de un volumen de poemas, la mayor parte compuestos entonces.

Habitábamos una casa con jardín, situada en la calle Circular. Muy cerca, había un gran *busti*¹. Sentado al lado de una ventana, observaba a menudo esa pequeña colonia populosa. Me gustaba ver a los habitantes en sus tareas, en sus juegos y ocios, en su variado trajinar. Era para mí como un viviente libro de relatos.

Poseía entonces una facultad de visión inagotable. Enmarcaba cada pequeño cuadro en la luz de mi imaginación y el gozo de mi pecho. Al mismo tiempo, coloreaba cada escena entrevista un elemento patético que le era propio. El placer de trazar esas visiones se parecía mucho al de un pintor; ambos provienen del deseo de representar con el espíritu lo que el ojo ve, y de ver con los ojos lo que el espíritu imagina.

Si hubiese sido un verdadero pintor provisto de un pincel, sin duda habría ensayado conservar algo duradero de las visiones de esa época, en la que mi espíritu estaba tan bien dispuesto para responder a lo que me llamaba la aten-

¹ Un "busti" es un espacio de terreno cubierto de miserables casitas con techo de tejas, separadas por estrechas callejas que las comunican con una calle principal. Allí viven las personas de servicio y artesanos de la clase más pobre. Antes, estas aglomeraciones existían por todas partes, en la ciudad, aun en los barrios mejores, de los que hoy van desapareciendo.

ción. Pero, privado de pincel, sólo tenía palabras y ritmos, y ni siquiera había aprendido aún a trazar con ellos líneas firmes ni a poner colores de contornos netos. Sin embargo, como un niño encantado con su primera caja de pinturas, pasaba mis días coloreando las diversas fantasías de mi renovada juventud. Si se miran hoy esos cuadros a la luz de mis veintidós años, se pueden discernir en ellos algunos contornos, a pesar del imperfecto dibujo y de los defectos de color.

Dije que el primer libro de mi vida había llegado a su fin con los *Cantos de la Mañana*. Pero el mismo tema continuó desarrollándose en mí bajo otra forma. Muchas páginas del comienzo de ese nuevo libro carecen, por cierto, de valor; es menester, en efecto, pasar por bastantes preliminares superfluos, cuando se toma una nueva orientación. Si esos imperfectos bosquejos hubiesen sido las hojas de un árbol, habrían caído oportunamente; pero, por desgracia, las hojas de un libro no caen; resisten hasta cuando no se sabe qué hacer con ellas. El rasgo característico de esos poemas era la atención sostenida consagrada a cosas de poca importancia. En *Cuadros y Cantos* se aprovechó toda ocasión para dar precio a esas cosas, coloreándolas con los sentimientos brotados directamente del corazón.

Cuando el espíritu, como un instrumento de música, está acordado con el universo, el canto de la vida universal despierta en él vibraciones simpáticas, cualquiera sea el punto en que lo toque. El autor de ese libro no veía nada trivial, en parte alguna, porque esa música reinaba dentro de él. Todo lo que hería mis ojos evocaba en mí una respuesta. Los niños juegan con la arena, con guijarros y conchas, con no importa qué, porque está en ellos el espíritu del juego; igualmente, cuando el canto de la eterna juventud colma nuestro pecho, comprendemos que el arpa del universo tiene tensas todas sus cuerdas, y la que está más cerca, lo mismo que cualquier otra, puede servirnos de acompañamiento.

XXXIX

UN PERÍODO INTERMEDIO

ENTRE *Cuadros y Cantos* y *Picos Abruptos y Terrenos Llanos*, una revista para niños, llamada *Balaka*, apareció y desapareció como una planta anual. Una de mis cuñadas, al notar que nos hacía falta una revista ilustrada para niños, tuvo la idea de fundar una, redactada por los niños de nuestra familia. Para suplir lo que podía faltar en esos juveniles escritores, tomó la dirección y me pidió colaborar con ella. Habían aparecido uno o dos números, cuando fui un día de visita a casa de Raynarayan Babu, en Deoghur. Al regresar, en un tren atestado, sin poder dormir a causa de una lámpara enceguedora que ardía sobre mi camilla, quise aprovechar la oportunidad para idear un cuento destinado a la revista. Mis esfuerzos fueron vanos. Pero el sueño vino en mi ayuda. Vi, soñando, graderías de piedra que conducían a un templo, y sobre sus escalones, sangre, la sangre de un sacrificio. Una niña, de pie junto a su padre, exclamaba con acento desolado: "Padre, ¿qué es eso? ¿Por qué toda esa sangre?" Al despertar, ya tenía mi cuento. Bastantes otros, publicados en mis escritos, acudieron a mi espíritu de esa manera. Éste fué utilizado en los *Anales del Rey Gobinda*, e hice de él un pequeño folletín para el *Balaka*.

En aquellos días, vivía libre de todo cuidado. Nada parecía tener prisa por expresarse, ni en mi vida ni en mis obras. No me había reunido aún a la multitud de viajeros

en el camino de la vida; no era más que un espectador asomado a su ventana, al borde de la ruta. Veía pasar la gente que iba a sus ocupaciones, y de tiempo en tiempo, la primavera o el otoño, o las lluvias, entraban sin invitación a visitarme.

Pero no tenía que ocuparme solamente de las estaciones. Individuos de tipo extraño, que flotaban en el mundo como barcos a la deriva, irrumpían a veces en mi cuartito. Algunos buscaban su propio provecho a expensas de mi inexperiencia, con toda clase de invenciones impertinentes. Era tomarse demasiado trabajo para mortificarme. Absolutamente desprovisto de artificios, y con pocas necesidades, me faltaba toda perspicacia para distinguir la buena de la mala fe. Largo tiempo pagué los estudios y los libros de estudiantes que ya no estudiaban ni leían libros.

Una vez, un jovencito de larga cabellera me trajo una carta de una hermana ficticia, que me suplicaba que tomara bajo mi dirección a ese hermano, víctima de la tiranía de una madrastra, tan ficticia como ella misma. El hermano no era ficticio, evidentemente, pero la intervención de su supuesta hermana era tan superflua, tratándose de mí, como un aparato perfeccionado de pajarero, para atrapar un pájaro que no puede volar...

Otro hombre joven vino a contarme que trabajaba para obtener el grado de bachiller, pero que una enfermedad del cerebro le impedía dar examen. Lo escuché con interés, pero como ignoraba la medicina, así como toda otra ciencia, no supe qué consejo darle. Entonces me explicó que un sueño le había revelado que mi mujer había sido su madre en una existencia precedente, y que si él pudiera beber un poco de agua que hubiera tocado sus pies, él sanaría. "¿Usted no cree tal vez en estas cosas?", me preguntó sonriendo. Respondí que mi creencia no importaba nada en el asunto, pero si él creía poder curarse de ese modo, yo no me oponía. Le procuré un frasco con agua, supuestamente tocada por

los pies de mi mujer. Se sintió infinitamente mejor, según dijo. Después pasó al alimento sólido, y acabó por elegir domicilio en un rincón de mi cuarto, donde invitó a sus amigos a venir a fumar en su compañía, tan bien, que tuve que buscar refugio en otra parte. En adelante, exigí prueba sobre prueba cuando se me venía a hablar de hijos de existencias precedentes, pero mi reputación ya estaba hecha, pues pronto recibí una carta de una supuesta hija. Entonces puse, suave pero firmemente, punto final.

En realidad, todavía no había sido moldeado mi yo, ni desarrollado en una personalidad firme y definida, y mi vida flotaba ligera y sin resistencia, como una nube en otoño.

XL

BANKIM CHANDRA

EN aquel entonces entré en relaciones frecuentes con Bankim Babu. Mucho tiempo antes lo había conocido de vista. Los ex alumnos de la Universidad de Calcuta habían inaugurado asambleas anuales, de las que Babu Chandranath fué el inspirador. Tal vez en la esperanza de que yo lograría más tarde el derecho de formar parte, me había pedido que leyese un poema en esa ocasión. Chandranath, a la sazón muy joven aún, había traducido al inglés un poema marcial alemán, que se propuso recitar allí, y en su entusiasmo vino a darnos la primicia. Que una oda, dirigida por un guerrero a su querida espada, haya sido alguna vez objeto de sus predilecciones, es prueba evidente de que Chandranath mismo fué una vez joven. Da también una idea de aquellos singulares tiempos.

Mientras circulaba entre los estudiantes vi una figura que de golpe me impresionó por su distinción, y que en ninguna multitud hubiera podido pasar inadvertida. Los rasgos de aquel personaje rubio estaban iluminados por una radiación tan notable, que no pude contener mi curiosidad. Cuando supe que era Bankim Babu, me maravillé más aún, ante la coincidencia de ese exterior impresionante con la distinción de sus escritos. La nariz aguileña, de forma acentuada, los labios apretados, la mirada penetrante, indicaban un poder inmenso. Con los brazos cruzados sobre el

pecho, marchaba aislado, dominando la multitud, no solamente como un gigante intelectual, sino con el aire de un príncipe entre los hombres.

Un pequeño incidente me viene a la memoria todavía. En una de las salas, un Pandit recitaba versos sánscritos compuestos por él, y los vertía en seguida al bengalí, para comprensión del auditorio. Una de las alusiones de ese poema era, no precisamente grosera, pero algo trivial. Cuando el Pandit iba a interpretarla, Bankim Babu, cubriéndose la cara con la mano, salió rápidamente de la sala. Yo estaba cerca de la puerta, y me parece verlo todavía.

Después de aquel encuentro, sentí gran deseo de conocerlo, sin hallar la ocasión. Al fin, un día, me atreví a ir a verlo. Me recibió, y me desempeñé lo mejor que pude en la conversación; pero al llegar a casa, me sentí avergonzado de haber procedido como un jovencito presuntuoso, presentándome sin ser invitado ni recomendado.

Más adelante, con algunos años más, me convertí en el más joven de los hombres de letras de aquel tiempo. Pero no se sabía qué lugar asignarme en cuanto al mérito. La poca reputación que había adquirido estaba mezclada de dudas y mucha trascendencia. Era moda entonces, en Bengala, calificar a los escritores por su imaginada analogía con sus amigos de Occidente. Uno, por ejemplo, era apodado el Byron de Bengala; otro, el Emerson, y así sucesivamente. Algunos comenzaron a llamarme el Shelley bengalense. Era hacer una injuria gratuita a Shelley y exponerme al ridículo.

Mi sobrenombre más difundido era: el Poeta Balbuciente. Había producido poco, mi conocimiento de la vida era pobre, y en prosa como en poesía, demostraba más sentimiento que sustancia. No había, pues, motivo para grandes elogios. Mi exterior y mis modales eran igualmente criticables. Llevaba largos los cabellos y me complacía en maneras

ultrarrefinadas. En suma, era excéntrico, y no podía adaptarme, como todo el mundo, a la vida cotidiana.

Bankim Babu, después de haber dejado la dirección del *Banga Darsan* (Espejo de Bengala), se dedicó a discusiones de carácter religioso. Fundó, con ese objeto, un órgano mensual, *Prachar* (El Predicador), al que yo contribuí con algunos cantos y una apología inflamada de los líricos *Vaishnava*. Desde entonces, encontraba constantemente a Bankim Babu. Las frecuentes visitas que le hacía sólo permitían un intercambio escaso, pues yo estaba en la edad en que se escucha, más bien que se habla. Hubiera querido, ardentemente, entrar en discusiones, pero mi timidez prevaleció. Algunas veces, encontraba junto a Bankim Babu a su hermano Sanjib Babu, lo que me encantaba, pues era un alma genial. Hallaba gran placer en la conversación, y uno se deleitaba escuchándolo. Los que conocen su prosa, deben de haber notado cómo corre, rápida, animada y ligera, parecida a una conversación chispeante. Pocas personas poseen el talento de la conversación, y más raros aún son los que manifiestan algo de él en sus escritos.

En aquel entonces se hizo célebre el Pandit Sashadhar como portavoz de una curiosa iniciativa. Bankim Babu fué el primero que me habló de él, y el primero, creo, en presentarlo al público. La ortodoxia hindú trataba de reavivar su prestigio con ayuda de la ciencia de Occidente. Este movimiento, al cual la teosofía había preparado el terreno, se extendió pronto por todo el país. Pero Bankim Babu no se identificó con el nuevo culto. El hinduismo expuesto en el *Prachar* no tuvo nunca nada que ver con Sashadhar.

Esas controversias me sacaron de mi reclusión. Contribuí a ellas con versos satíricos, piezas de teatro, cartas a los diarios; pronto me puse a cruzar el acero con encarnizamiento. En el calor del combate, me ocurrió herir a Bankim Babu, y siguió después una polémica cuyas proezas fueron reproducidas

en el *Prachar* y en el *Bharati*. Al final de aquel período de antagonismo, Bankim Babu me dirigió una carta, cuyo texto, desgraciadamente, ya no poseo. Si pudiera citarla aquí, el lector vería con qué consumada generosidad Bankim Babu supo quitar el aguijón de ese malhadado episodio.

XLI

EL CASCO DE UN NAVIO

EMBAUCADO por un anuncio periodístico, mi hermano Jyotirindra fué una tarde a un remate, y a su vuelta nos contó que había comprado por siete mil rupias el casco de acero de un barco. Todo lo que faltaba era ponerle máquinas y camarotes, y se tendría un paquebote listo para salir al mar.

Mi hermano, al parecer, encontraba que nuestros ciudadanos debían tener vergüenza de mover tanto las plumas y la lengua cuando no habían podido aún poner en movimiento una sola línea de vapores. He contado ya que había querido encender fósforos para su país, pero que ningún frotamiento consiguió encenderlos; y que en seguida trató de hacer marchar un telar, el que después de producir un trapito, se detuvo. Y he aquí que, inflamado por el deseo de ver circular paquebotes indígenas, compró un viejo casco de barco, vacío, que debidamente provisto de máquinas y camarotes, debía, con el tiempo, conducirlo a la ruina.

Importa, sin embargo, recordar que los desastres y las penas causados por esos vanos esfuerzos recayeron todos exclusivamente sobre él, mientras que la experiencia adquirida quedó en reserva, para provecho de todo el país. Esos espíritus, desprovistos de sentido práctico e incapaces de calcular, que entre nosotros inundan el campo de los negocios con sus iniciativas, y la ola de cuyas empresas pasa tan pronto como ha subido, dejan tras sí un limo fertilizador

del suelo. Llegada la estación de las cosechas, nadie se acuerda de esos precursores; pero quienes en su vida arriesgaron y perdieron alegremente todo lo que poseían, no deben, después de muertos, de tomar muy a pecho el daño adicional de ser olvidados.

Por un lado, estaba la compañía europea "La Flotilla"; por el otro, mi hermano Jyotirindra completamente solo. Se recuerda, en Khulna y Barisal, la terrible guerra que se desencadenó entre esas dos flotas rivales. Bajo el aguijón de la competencia, un paquebote debió agregarse a otro, y una pérdida vino a agravar la anterior, tanto y tan bien, que ya no valió la pena imprimir billetes de pasaje. Entonces se inauguró la edad de oro en el servicio de paquebotes entre Khulna y Barisal. No solamente los viajeros circulaban sin pagar pasaje, sino que se les ofrecían, a título gratuito, ligeros refrigerios. Se formó un cuerpo de voluntarios, para llevarlos en cortejo, con bandera y cantos patrióticos, a la línea nacional de paquebotes. Pero si, en consecuencia, no faltaban pasajeros, todas las otras cosas faltaban cada vez más. La aritmética permaneció refractaria al fervor del sentimiento nacional, y mientras el entusiasmo llamaba a más y más altura, al son de las canciones patrióticas, tres veces tres continuaban siendo nueve, del lado malo de la balanza.

Una de las desventajas que persiguen a las personas poco aptas para los negocios, es que son fáciles de leer, como un libro abierto, en tanto que jamás aprenden a descifrar los caracteres de los demás. Y como necesitan toda la duración de su vida y la totalidad de sus recursos para darse cuenta de ese defecto de su naturaleza, no les es dado aprovecharse nunca de la experiencia.

Mientras los pasajeros se reconfortaban gratis, tampoco la dirección parecía sufrir hambre. Sea como fuere, a mi hermano le tocó la más bella ganancia: la ruina, a la que hizo frente con soberbio valor.

Los boletines cotidianos de la empresa nos mantenían en una excitación febril. Un día llegó la noticia de que el paquebote *Swadeshi* había chocado con el puente de Howrah y hacía agua. Este nuevo desastre excedió el límite de los recursos de mi hermano; no le quedó otra solución que liquidar la empresa.

XLII

DUELOS

HACIA aquel entonces, la muerte visitó nuestra familia. Antes, nunca la había encontrado yo frente a frente. Cuando murió mi madre, era todavía muy niño. Había estado enferma mucho tiempo, y no supimos cuándo se agravó su enfermedad. Antes dormía ella en el mismo cuarto que nosotros; después, durante su enfermedad, se la llevó a un viaje por el río, y a su regreso se le preparó un cuarto en el tercer piso de los departamentos interiores. La noche de su muerte, dormíamos en nuestro cuarto de niños cuando, no sé a qué hora, nuestra vieja niñera irrumpió en él llorando y diciendo: "¡Oh, mis pequeños, han perdido su todo!" Mi cuñada la hizo callar y la alejó, queriendo evitarnos el choque instantáneo en mitad de la noche. A medias despierto, sentí que el corazón me faltaba, pero sin comprender lo que había pasado. Llegada la mañana, no me dí cuenta de lo que significaba para mí la muerte que se me anunciaba. Cuando salimos a la galería, vimos a mi madre extendida en su lecho en el patio interior. Su apariencia no indicaba que la muerte fuese terrible; su aspecto era tan encantador y tan apacible como en el sueño y nada nos hizo comprender el abismo entre la vida y la muerte.

Solamente cuando llevaban el cuerpo por la alameda principal y cuando lo seguimos en cortejo hasta el crematorio, un transporte de dolor me acometió a la idea de que

nunca mi madre volvería a entrar por esa puerta, ni volvería a ocupar su lugar en la casa. Al final del día, cuando estuvimos de regreso, y al entrar en nuestras habitaciones, levanté los ojos hacia el departamento de mi padre, en el tercer piso. Estaba todavía allí, en la galería, sentado, inmóvil, en oración.

La más joven de mis cuñadas se hizo cargo de los huérfanos, vigiló ella misma nuestra alimentación y veló por nuestras necesidades, para que no sintiéramos demasiado duramente aquella pérdida.

Todo cuanto vive está dotado del poder de curar lo irreparable, de olvidar lo que está perdido sin remisión. Y ese poder es más grande en la infancia. Ningún choque penetra demasiado profundamente, ninguna cicatriz es permanente. Así, esa primera sombra de la muerte que cayó sobre nosotros no dejó tinieblas tras ella. Se disipó suavemente, como había venido, como una sombra.

Más tarde, cuando en los primeros días de la primavera corría yo al aire libre como un loco, con un manojo de jazmines anudado a una punta de mi echarpe de muselina, si esos botones suaves y redondeados llegaban a tocar mi frente, me recordaban de improviso la caricia de los dedos de mi madre. Y sentía también que la ternura que antes animaba esos dedos encantadores, era la misma que hallaba en la pureza de esas flores. Pues esa ternura está ahí, sobre la tierra, en medida infinita, lo sepamos o no.

Por el contrario, mi encuentro con la muerte, a la edad de veintitrés años, fué un golpe duradero, que se prolongó en duelos sucesivos, ligados entre sí como una cadena de dolores.

Nunca había supuesto que una brecha pudiera interrumpir la sucesión de gozos y penas de la vida, y a ésta la había considerado como un todo, no percibiendo nada más allá. Cuando de pronto vino la muerte y en un instante se hizo una desgarradura, abierta como un abismo en esa

trama unida, quedé completamente aturcido. Todo alrededor de mí, los árboles, el suelo, las aguas, el sol, la luna, los astros, permanecían inmutables y reales como antes; y la persona que en medio de ellos era más real que todos ellos, por sus mil puntos de contacto con mi vida, ella, había desaparecido como un sueño, en un momento. ¿Cómo conciliar jamás lo que restaba con lo que había desaparecido?

La oscuridad terrible que se me revelaba por esa desgarradura me fascinaba noche y día. Con renovada curiosidad volvía a colocarme ante ella, preguntándome qué quedaba en lugar de lo perdido. El hombre no puede avenirse a creer en el vacío. Lo que no existe es falso para él; lo que es falso no existe. De ahí nuestros infatigables esfuerzos por descubrir algo donde no vemos nada.

Como una joven planta, relegada a la oscuridad, se estira y alarga para encontrar un camino hacia la luz, nuestra alma, cuando la muerte de pronto la sumerge en la sombra, se esfuerza y se agota por hallar una salida afirmativa. ¿Qué angustia es comparable a aquella en que las tinieblas impiden ver la salida de las tinieblas?

Sin embargo, en el seno de ese dolor intolerable, fugaces claridades lucían de tiempo en tiempo en mi espíritu y lo atravesaban, sorprendiéndome. La misma idea que acababa de producirme tanta aflicción, la idea de que esta vida no es permanente, se ofrecía a mí como un alivio. El pensamiento de que no estamos encerrados en esta existencia como entre los muros de una prisión, surgía en mí como un relámpago de gozo. Lo que había poseído me era quitado; era una causa de angustia; pero cuando percibía en ello esa idea de libertad, una sensación de paz me invadía. El peso abrumador de la existencia, al poder ser aliviado por la muerte, cesaba de oprimirme. Hay, pues, para el hombre, una evasión, fuera de las fuerzas hostiles de una vida que no puede soportar; esta verdad se me presentó un día, como una revelación instantánea y bienhechora.

Relajados mis lazos con el mundo, la belleza de la naturaleza revestía para mí una significación más profunda. La muerte me había dado una nueva perspectiva para contemplar la creación, y al ver el universo destacándose sobre el fondo de la muerte, le hallé una belleza insospechada.

Una recrudescencia de excentricidad se manifestó en mis ideas y conducta. No podía someterme a las costumbres del día, ni tomarlas en serio. Toda preocupación acerca de lo que podría pensarse de mí, desapareció de mi espíritu. Se me pudo ver en las librerías de moda, vestido con una simple tela arrugada y sandalias en los pies desnudos. Con cualquier tiempo dormía al aire libre, en la galería del tercer piso. Allí las estrellas y yo podíamos conversar cara a cara, y al apuntar el alba, las saludaba.

Esta fase no tenía nada de común con tendencias ascéticas. Era más bien la fuga de un escolar, que acababa de ver que su magíster, la Vida, con su férula, no es más que un mito, y en consecuencia, se sacude los menudos reglamentos escolares. Si un día encontrásemos la ley de gravitación reducida a la cuarta parte, ¿seguiríamos caminando por la vereda? ¿No pasaríamos más bien por encima de las casas y los monumentos, para ahorrarnos el trabajo de contornearlos? Así, al no gravitar sobre mis pies el peso de la vida exterior, no podía yo sujetarme al curso usual de las convenciones.

Solo en la terraza, en medio de la oscuridad de las noches, tanteaba como un ciego, buscando sobre la piedra negra de la muerte una inscripción o un signo. Al despertar, cuando la luz de la mañana daba en mi cama sin mantas, sentía hacerse menos densa la niebla que me envolvía. Cuando las nieblas se disipan, las colinas, los ríos y los bosques del paisaje resplandecen; del mismo modo, la imagen del mundo, brillante de rocío, se desplegó entonces ante mí, renovada y más hermosa que nunca.

XLIII

LAS LLUVIAS Y EL OTOÑO

SEGÚN el calendario hindú, cada año está bajo la influencia de un planeta. He comprobado, también yo, que sobre cada época de mi vida ha ejercido su predominio una estación. Cuando me traslado a mi infancia, la estación de las lluvias envuelve mis recuerdos.

Un aguacero ha inundado la galería. Todas las puertas de los cuartos están cerradas. Peari, la solterona de la cocina, vuelve del mercado, con una canasta llena de legumbres en el brazo. Chorreando agua, chapotea a través de los charcos. Y yo, sin ton ni son, galopo a lo largo de la galería, con transportes de placer.

O estoy en la escuela. La clase se da en un peristilo, separado del exterior por mamparas de estera. Nube tras nube se amontonaron toda la tarde; ahora el cielo está cubierto. Mientras miramos al aire, empieza a llover; el trueno rueda largamente; los relámpagos atraviesan el espacio de parte a parte, como si una loca lo desgarrase con sus uñas. La pared de esteras tiembla; parece que el viento va a voltearla sobre nosotros. Ya no vemos nada en nuestros libros; el Pandit nos permite cerrarlos. Entonces, mientras el huracán aúlla y se desata, están bailando nuestras piernas, y mi espíritu se escapa y huye lejos, hacia la llanura donde pasa el príncipe de los cuentos de hadas.

¡Y la profundidad de las noches de *Sravan!*¹ El ruido crepitante por el aguacero se infiltra por los intersticios de mi somnolencia, procurándome un descanso delicioso. Cuando a ratos me despierto, ruego al cielo que la lluvia dure hasta la mañana, que nuestra alameda esté inundada y la escalera del estanque toda bajo el agua.

Pero a la edad de que acabo de hablar últimamente, el otoño reina sobre mi vida. Mis días se presentan bajo la clara transparencia de los ocios de *Aswin*². En el oro fundido del sol de otoño, reflejado por la verdura mojada de rocío, camino a lo largo de la galería, componiendo un canto al modo Gogiya:

En esta luz de la mañana, no sé qué desea mi corazón...

El día se adelanta. El gong de la casa ha sonado. Es mediodía.

El modo ha cambiado, pero no mi espíritu; lleno todavía de música, no tiene lugar que ofrecer ni al trabajo ni al deber. Y canto:

*¿Qué es ese juego pueril, corazón mío, que te absorbe en
[ti mismo, en esas horas sin objeto?*

A la tarde, extendido sobre la blanca alfombra de mi cuartito, trazo dibujos en un cuaderno, sin esforzarme en producir algo, sino por divertirme, por el placer de evocar imágenes. Entretanto, la serena jornada de otoño penetra a través de las paredes del cuartito y lo llena, como a una copa, de un líquido embriagador y dorado.

No sé por qué todos los días de este período me parecen como sumergidos en ese firmamento de otoño y en su luz. El otoño madura mis cantos, como madura los trigos para

¹ Mes que corresponde a julio-agosto, momento culminante de la estación de las lluvias.

² Mes que corresponde a septiembre-octubre, momento de las más largas vacaciones del año, en Bengala.

el segador; el otoño llena mis graneros con radiosas horas libres, el otoño inunda de espontáneo júbilo a mi espíritu aliviado de todo peso y deleitado con los cantos e historias que inventa.

He aquí en qué se diferencian estas dos estaciones características de mi infancia y juventud: durante la primera, el mundo de la naturaleza me envuelve, cautivándome con sus múltiples manifestaciones; durante la segunda, la fiesta a que concurre es la manifestación del mundo de los hombres. Los juegos de la nube y de la luz quedan en segundo plano. Mi espíritu se llena de los murmullos del gozo y del dolor humanos. Pues es nuestra mirada lo que da su expresión pensativa al azul del cielo de otoño; es nuestra nostalgia lo que pasa en el soplo de sus brisas.

Mis poemas han llamado a la puerta de los hombres. No es ya un vaivén sin consecuencias. Puerta tras puerta, se entreabren cámara tras cámara. ¡Cuántas veces regresamos sin traer más que el recuerdo de la claridad vista en una ventana, o el de una flauta oída tras la puerta de un palacio! Para que el intercambio pueda establecerse, el espíritu debe encontrar un espíritu, la voluntad debe medirse con una voluntad, triunfando de muchos obstáculos. El fondo de nuestro ser, en lucha con esos obstáculos, se lanza, rebota, desborda en risas o en lágrimas, y atraviesa remolinos cuyo curso resulta difícil distinguir.

XLIV

"KADI O KOMAL"

KADI o *Komal* (Picos Abruptos y Terrenos Llanos) es una serenata cantada en la calle, ante las casas de los hombres, para implorar acceso a las moradas misteriosas.

El mundo es dulce. No quisiera morir.

Quisiera vivir en la vida viviente, sin fin, del Hombre.

Es la plegaria que un alma individual dirige a la Vida universal.

En ruta para mi segundo viaje a Inglaterra, encontré en el barco a Asutosh Chauduri. Provisto del grado de bachiller de la Universidad de Calcuta, iba a Inglaterra para ser admitido en el foro. Pocos días viajamos juntos, de Calcuta hasta Madrás, pero bien se vió entonces que la amistad no depende de relaciones prolongadas; en esos pocos días, me atrajo tan vivamente, por las cualidades de su corazón, que toda nuestra vida anterior pareció llenarse retrospectivamente con nuestra amistad.

A su regreso de Inglaterra, Ashu llegó a ser de los nuestros ¹.

Por absorbido que estuviese en su profesión, continuaba saqueando con entusiasmo en los jardines de la literatura. Sus gustos poéticos, bien lejos de oler al encierro de las

¹ Alusión a su casamiento con la sobrina del poeta, Protibha.

bibliotecas, estaban embalsamados por los perfumes exóticos de la poesía de ultramar. Hice, siguiéndolo, más de un "picnic" en los bosques primaverales de esas lejanas regiones. Le gustaba particularmente la literatura francesa. Escribía yo entonces *Kadi o Komal*. Ashu creyó notar alguna analogía entre mis versos y las obras de antiguos autores franceses que conocía. Mis versos y los de ellos expresaban, en su opinión, el irresistible atractivo que ejerce sobre el espíritu del poeta la amplia vida del mundo de los hombres. Veía en el deseo insaciado de participar en ella, el rasgo más saliente de mi última obra.

Desearía publicar esos poemas, me dijo, y en consecuencia, le fué confiada la tarea. Las líneas arriba citadas figuraron a la cabeza del volumen, como nota dominante.

Probablemente, Ashu tenía razón. Así como el niño cautivo que era yo antes, ofrecía su corazón a la naturaleza, al contemplarla, ardoroso, desde lo alto de la terraza, por los intersticios del parapeto, el joven que era a la sazón sentía la atracción poderosa del mundo, y lo miraba desde afuera con apasionado deseo. Desde la ribera, gritaba al batelero que conducía la balsa al otro lado del río, y lo llamaba con gesto suplicante. Pues en mí la vida se consumía en ansias de partir para el viaje de la vida.

No era mi situación aislada lo que me impedía zambullirme en la gran corriente vital de mis semejantes. Aquellos de mis compatriotas que fueron hombres de mundo toda su vida, no entraron más adelante que yo en esa corriente. En nuestro país, la vida tiene sus costas escarpadas: tiene sus rampas con escaleras. Sobre las olas oscuras se extiende la fresca sombra de árboles seculares, en cuyas copas el *koel* arrulla con su dulce canto del pasado. Pero, con todo, esta vida es un agua estancada. ¿Dónde está la corriente? ¿Dónde están las olas? ¿Dónde se ve subir o descender la marea que llega del mar?

¿No podía yo oír, del otro lado de nuestra calleja, un

eco de esa corriente que, ola tras ola, se abre camino hacia el mar a través de los muros de piedra? ¡No! Mi vida, en su soledad, penaba al no ser invitada a participar en el gran festival de la vida del mundo.

Una profunda depresión invade el alma del hombre que, adormecido en esas horas pasivas de aislamiento, se ve privado de participar en la vida total de su tiempo. Contra esa desesperación tuve que luchar siempre, penosamente. Mi espíritu se negaba a dejarse seducir por la trivial intoxicación de los movimientos políticos de ese tiempo, vacíos, como me parecían, de toda fuerza brotada de una real conciencia nacional, completamente ignorantes de la realidad del país, y, en el fondo, indiferentes al verdadero servicio de la madre patria. Me atormentaba una impaciencia furiosa, vivía intolerablemente descontento de mí mismo y de todo lo que me rodeaba. ¡Preferiría, me decía, ser un beduino de Arabia!

Mientras en otros países la vida libre se extiende en impulsos innumerables, y clama jubilosa su impetuosidad, nuestra patria, como una mendiga, queda afuera y les dirige miradas de envidia. ¿Cuándo hemos podido vestirnos para tomar parte en esa fiesta? En un país donde el espíritu de separación reina supremo, y donde mil barreras ínfimas se yerguen entre los ciudadanos, para dividirlos, este deseo imperioso de participar en la gran vida colectiva queda forzosamente insaciado.

Así suspiraba yo por el mundo de los hombres, en ese momento, como antes aspiraba a salir del círculo trazado con tiza, donde me encerraban mis tiranos domésticos. ¡Cuán precioso, qué fuera de mi alcance, qué alejado, me parecía ese mundo! Y si no podemos entrar en contacto con él, si sus brisas no nos tocan, si su corriente no llega hasta nosotros, si ninguna ruta se abre para el libre vaivén del viaje, las cosas muertas que nos rodean se acumulan y nos sepultan, hasta que la vida toda es ahogada.

Como en mi vida interior, las estaciones también se

• sucedían en mi carrera literaria. Mientras la de la lluvia reinó sobre mi infancia, mi poesía fué puramente imaginativa, nebulosa, toda tormentas y aguaceros. La expresión poética era vaga, los versos desordenados. El otoño me trajo los juegos de luz y sombra, pero también promesas de cosecha. Con *Kadi o Komal*, los trigos comenzaron a brotar. Después, a medida que entré en relación con el mundo de las realidades, el estilo y el metro de los versos tomaron consistencia y se ensayaron en más variedad de formas.

Aquí debe terminar la evocación de mis recuerdos. El viaje de mi vida prosigue ahora entre las moradas de los hombres. El bien y el mal, las alegrías y las penas que encuentro en mi camino, no podrían ya ser mirados como se hojea un libro de imágenes. Demasiadas creaciones, destrucciones, victorias, derrotas, colisiones y fusiones se suceden y desenvuelven.

No me sería posible mostrar al desnudo ni describir el arte supremo con que mi Guía soberano conduce gozosamente mi vida a través de todos los obstáculos, antagonismos y tortuosidades de la existencia, para llevarme a conocer un día, en su plenitud, su íntima significación. Y puesto que no sabría revelar el secreto de sus designios, cualquier otra cosa que quisiese expresar sólo podría inducir a error.

Por eso, habiendo conducido a mis lectores hasta el umbral de mi santuario interior, debo ahora despedirme de ellos.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
I MUSEO ÍNTIMO	7
II COMIENZO A INSTRUIRME	9
III ADENTRO Y AFUERA	13
IV SIERVOCRACIA	23
V LA ESCUELA NORMAL	27
VI VERSIFICACIÓN	31
VII DIVERSAS ENSEÑANZAS	35
VIII PRIMERA RESIDENCIA FUERA DE LA CIU- DAD	41
IX ME EJERCITO EN LA POESÍA	45
X SRIKANTHA BABU	49
XI TERMINAN NUESTROS ESTUDIOS EN BEN- GALÍ	53
XII EL "PROFESOR"	57
XIII MI PADRE	63
XIV UN VIAJE CON MI PADRE	71
XV EN LOS MONTES HIMALAYA	81
XVI MI REGRESO	87
XVII MIS ESTUDIOS EN CASA	95
XVIII EL CÍRCULO DE MI FAMILIA	101
XIX CAMARADERÍAS LITERARIAS	107
XX YO PÚBLICO	113
XXI BHANU SINGHA	115
XXII PATRIOTISMO	119
XXIII EL "BHARATI"	127
XXIV AHMEDABAD	131
XXV INGLATERRA	133
XXVI LOKEN PALIT	147
XXVII "EL CORAZÓN ROTO"	151
XXVIII IMPRESIONES MUSICALES DE EUROPA .	159

XXIX	VALMIKI PRATIBHA	163
XXX	"CANTOS DE LA TARDE"	169
XXXI	A PROPÓSITO DE LA MÚSICA VOCAL .	173
XXXII	ORILLAS DEL RÍO	177
XXXIII	TODAVÍA LOS "CANTOS DE LA TARDE" .	181
XXXIV	"CANTOS DE LA MAÑANA"	185
XXXV	RAJENDRAHAL MITRA	195
XXXVI	KARWAR	199
XXXVII	"EL DESQUITE DE LA NATURALEZA"	203
XXXVIII	"CUADROS Y CANTOS"	207
XXXIX	UN PERÍODO INTERMEDIO	209
XL	BANKIM CHANDRA	213
XLI	EL CASCO DE UN NAVÍO	217
XLII	DUELOS	221
XLIII	LAS LLUVIAS Y EL OTOÑO	225
XLIV	"KADI O KOMAL"	229

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ARTES
GRÁFICAS BARTOLOMÉ U. CHIESINO.
AMEGHINO 838, AVELLANEDA, EL DÍA
22 DE ABRIL DE 1952.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE
PREVIENE LA LEY. RESERVADOS TODOS
LOS DERECHOS. COPYRIGHT BY
SANTIAGO RUEDA - EDITOR. FLORIDA
377 - BUENOS AIRES. 1952.